
HARLEQUIN
Deseo™
CAT
SCHIELD
PÍCARA Y DULCE



CAT SCHIELD

PÍCARA Y DULCE



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Pícara y dulce, n.º 2015 - diciembre 2014
Título original: At Odds with the Heiress
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-4892-4
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo Uno

Logan Wolfe aminoró el paso al entrar en el despacho del quinto piso y se tomó unos instantes para apreciar aquella estampa femenina con Las Vegas de fondo. Aunque las tres hermanas Fontaine fuesen morenas y tuviesen una altura y una complexión similares, no podrían haber sido más diferentes en actitud, en estilo y en pasado.

Las tres eran hermanastras que no habían sabido nada las unas de las otras hasta que su padre, Ross Fontaine, falleciera cinco años atrás. Cuando su abuelo, Henry Fontaine, presidente y director ejecutivo de la multimillonaria cadena hotelera Fontaine, descubrió que Ross tenía dos hijas ilegítimas, las localizó y las acogió en la familia. Ambas se habían cambiado el apellido por el de Fontaine y habían aceptado papeles importantes dentro de la empresa para participar en un concurso, ideado por su abuelo, para ver cuál de sus tres herederas dirigiría el imperio Fontaine cuando él se jubilase.

–Buenos días, Logan –dijo Violet Fontaine mientras le hacía gestos con la mano para que entrara–. Abuelo, Logan está aquí.

–Buenos días, Logan –la voz profunda de Henry Fontaine sonó por el altavoz del teléfono. Estaba en Nueva York, donde la empresa tenía la sede corporativa, y se mantenía en contacto con sus nietas mediante una conferencia telefónica semanal.

–Buenos días, señor Fontaine. Espero no interrumpir.

–En absoluto –contestó el presidente–. De hecho, tengo que irme a otra reunión. Violet, cariño, una vez más, siento mucho tu pérdida. Llámame si hay algo que pueda hacer por ti.

–Gracias, abuelo.

Cuando Henry Fontaine pulsó el botón que puso fin a la llamada, Violet señaló la silla vacía que había junto a ella. Logan se sentó y le estrechó la mano con cariño.

–Siento mucho lo de Tiberius. ¿Cómo lo llevas?

–A pesar de que supiéramos que tenía problemas cardiacos, ha sido terrible –contestó Violet con ojos vidriosos–. Parecía tan lleno de energía. Pensé que viviría para siempre.

Logan era amigo de Violet desde hacía siete años, desde que Lucas, su hermano gemelo, y él decidieran expandir su empresa de

seguridad a Las Vegas. La madre de Violet, Suzanne, había sido vedette en otra época, pero, tras una breve aventura con Ross Fontaine y el nacimiento de su hija, se fue a trabajar para Tiberius Stone, dueño del hotel y casino Lucky Heart. Veinte años mayor que ella, Tiberius se había enamorado de Suzanne y se habían ido a vivir juntos. De niña, Violet seguía a Tiberius por el hotel y, para cuando terminó el instituto, sabía más sobre cómo dirigir un casino que la gente que le doblaba la edad.

De hecho, Tiberius Stone era la razón por la que las tres hermanas estaban serias aquella mañana. El día anterior habían encontrado muerto al padrastro de Violet en su despacho del Lucky Heart, al parecer debido a un ataque al corazón.

Harper habló mientras Violet se secaba los ojos.

–¿Has desayunado, Logan?

Las hermanas Fontaine se reunían cada miércoles por la mañana para desayunar en uno de los tres hoteles de lujo que dirigían para su abuelo. Ubicados uno junto al otro en la avenida principal de Las Vegas, cada hotel era un reflejo único de la hermana que lo dirigía. Aquella mañana estaban desayunando en Fontaine Ciel, el hotel de Harper, y la última joya de la corona Fontaine. Harper había diseñado su torre de sesenta pisos para ofrecer vistas panorámicas de la avenida. En las suites más caras, situadas en lo alto, había ventanales de cinco metros y medio de altura, diseñados para que los huéspedes tuvieran la impresión de estar flotando bajo una cúpula de un azul intenso.

–Gracias, ya he desayunado –llevaba ya tres horas levantado. Primero el entrenamiento matutino, después una reunión con Lucas, y por último, el paseo hasta Fontaine Ciel para ver cómo iba el equipo encargado de probar el sistema de seguridad que su empresa había instalado en el hotel, que abriría sus puertas en breve–. Pero tomaré una taza de té verde si a Violet no le importa compartir.

–Hay más que suficiente para dos –mientras Violet servía una taza de té y se la acercaba, sus ojos color avellana brillaban con calidez. Después, miró a la hermana sentada a su izquierda.

–Claro –murmuró Scarlett–, no vaya a ser que Logan pruebe algo que sea malo para él por una vez.

Scarlett Fontaine, voluptuosa, carismática y muy sexy, tenía la capacidad de ponerle de los nervios. En su opinión, Scarlett, que anteriormente había sido actriz, era la última persona que debería dirigir un hotel y un casino valorados en millones de dólares. Sin título universitario ni experiencia empresarial de ningún tipo,

confiaba en su encanto para lograr las cosas, y a él le molestaba lo mucho que había conseguido con esa técnica.

Scarlett se metió un trozo de bollo en la boca. Su murmullo de placer hizo que a Logan se le pusiera el vello de punta. Aquel torrente de lujuria que le recorrió el cuerpo le dejó tras de sí una mezcla de deseo y de furia.

Desde que había entrado en la habitación, había hecho lo posible por ignorar a la antigua niña prodigio. Estar junto a ella amenazaba con hacerle perder la compostura. Exudaba energía sexual igual que Harper proyectaba profesionalidad y Violet irradiaba optimismo. En muchas ocasiones Logan había visto a Scarlett revolucionar una sala entera de hombres al aparecer por la puerta. Le molestaba que en él tuviera un efecto similar, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse inmune.

Le gustaban las cosas que pudiera controlar. Los sistemas informáticos. Los coches rápidos. Y los riesgos que corría estaban cuidadosamente calculados para obtener el mejor resultado posible. Su lema era «la suerte favorece al hombre preparado». El de Scarlett era «la fortuna favorece a los atrevidos».

–Me gusta llevar un estilo de vida saludable. Tanto física como mentalmente –evitar mirarle a los ojos verdes no le volvía inmune a su impacto.

Scarlett señaló a Violet con la barbilla.

–Sois perfectos el uno para el otro.

Logan estaba de acuerdo. Deseaba tener una mujer que estuviese a su altura. Alguien que compartiese sus opiniones sobre la vida sana y a la que le gustase mantener un equilibrio entre la vida laboral y la familiar. No una sirena fogosa que destrozase sus rutinas y pusiese su mundo patas arriba.

Violet negó con la cabeza.

–Nos parecemos demasiado. Nos mataríamos de aburrimiento. No. Creo que Logan necesita a alguien que le desafíe –se puso en pie y le dirigió una sonrisa perversa a Scarlett–. Alguien como tú.

Scarlett pareció vacilar un instante antes de carcajearse con desdén. Logan se recostó en su silla con los brazos cruzados y vio cómo Violet salía de la habitación. Aquella pausa no significaba que Scarlett hubiera barajado esa posibilidad. Nunca le había dado razones para creer que sufría la misma atracción sexual que le atormentaba a él. Más bien al contrario.

De hecho, Logan no sabía si a Scarlett le interesaba alguno de los hombres que iban detrás de ella. Repartía sus flirteos como si fueran caramelos que sus admiradores devoraban, pero siempre los

mantenía alejados. Lo cual a ellos les daba más ganas de poseerla.

Durante los últimos cinco años, desde que dejara atrás su carrera interpretativa en Los Ángeles y se mudara a Las Vegas para dirigir Fontaine Richesse, Logan la había visto decepcionar a un pretendiente tras otro. Había decidido que era una mujer fría que disfrutaba atormentando a los hombres, así que mantenía sus propios deseos bajo control. Todo un desafío, puesto que ella disfrutaba tomándole el pelo.

Logan se centró en la razón de su presencia allí y le dio a Harper el informe de lo que había descubierto durante la reunión con su equipo.

–No habrá problemas para ajustar las cámaras antes de la apertura –concluyó.

–Bien –Harper había estado tomando notas mientras él hablaba–. Una cosa menos de la que preocuparme –miró entonces el reloj–. Si no hay nada más, tengo una reunión en diez minutos –frunció el ceño al pronunciar aquella frase–. Eso suponiendo que se moleste en aparecer esta vez.

–De hecho sí que tenía una cosa más que decir –respondió Logan–. En realidad se trata de un favor.

Por el rabillo del ojo advirtió el súbito interés de Scarlett. Apoyó los codos sobre la mesa y observó atentamente. Logan habría preferido hablar con Harper en privado de aquello, pero, dado que el hotel abriría en diez días, el tiempo era limitado.

–Mi sobrina pasará en la ciudad el verano y me preguntaba si podría acompañarte durante un par de semanas. Observar a una empresaria en acción.

Harper, la mayor de las tres hermanas por un año, era la única hija legítima de Ross Fontaine. Tenía la preparación y la ambición necesarias para suceder a su abuelo cuando este se jubilase en dos años. La madre de Harper era de una familia adinerada de la Costa Este y había insistido en que su hija se criara en Nueva York y estudiara en una de las mejores universidades del país. Su estilo era elegante y profesional; desde el recogido del pelo hasta los zapatos negros de diseño.

–Eres el modelo perfecto –añadió.

–El modelo perfecto –repitió Scarlett con ironía–. La profesional definitiva.

Logan la miró con rabia. Pero la tarea que su hermana y su cuñado le habían encomendado era algo de lo que no tenía ni idea.

–Me encantaría ayudar –respondió Harper–. En cuanto abra el

hotel.

–Esperaba que pudieras empezar a mostrarle los entresijos un poco antes.

–No sé si podré… –Harper le lanzó una mirada esperanzada a Scarlett–. ¿Qué me dices de ti?

–Yo estoy libre –dijo Scarlett, con la mirada tan atenta como la de un psiquiatra–. Estaría encantada de ayudar.

Aquello no era en absoluto lo que Logan tenía en mente. Su relación con Harper era profesional y cordial. Lo que había entre Scarlett y él solo podía definirse como mordaz. Su sobrina ya era una chica problemática de diecisiete años. Con la influencia de Scarlett, la chica se volvería incontrolable.

–Salvo que Logan crea que no sirvo como modelo –continuó Scarlett al ver que no aceptaba de inmediato su oferta. Su capacidad para leerle el pensamiento le proporcionaba ventaja sobre él.

–No seas ridícula –Harper parecía ajena a la insinuación de su hermana–. Además, tu hotel está abierto. Así se hará una idea mejor de cómo funcionan las cosas. Ahora, si me disculpáis, tengo que reunirme con un grano en el culo famoso internacionalmente.

Logan se quedó mirando a Harper mientras salía y se maldijo. No debería haber sacado el tema delante de Scarlett.

–Háblame de tu sobrina –dijo Scarlett.

–No necesito tu ayuda –la sutileza no era la mejor forma de tratar a Scarlett.

–No –respondió ella con dulzura–. No deseas mi ayuda –se rellenó la taza de café, se acercó el borde a los labios y sopló sobre la superficie–. No es lo mismo.

Cautivado por la forma de O de sus labios rojos, Logan tardó demasiado en responder a su burla.

–Muy bien –dijo–. No deseo tu ayuda.

–¿Cuántos años tiene?

Logan se permitió un par de segundos para apretar los dientes. Estaba atrapado por la mujer que tenía sentada delante.

–Madison tiene diecisiete años. Es la hija pequeña de mi hermana –y en los últimos tres meses había agotado la paciencia de Paula y de Randolph, su marido.

–¿Madison? ¿Como la capital de Wisconsin?

–Como Madison Avenue –contestó Logan–. Su padre tiene una importante agencia de publicidad en Nueva York.

Y Paula era socia en un prestigioso bufete de abogados. Madison había heredado la inteligencia y la ambición de sus

padres. Se había graduado siendo la segunda de su clase y la habían aceptado en cuatro prestigiosas universidades. Si hubiera querido, habría podido ascender en el mundo empresarial. En vez de eso, para desgracia de sus padres, la adolescente había decidido ser actriz.

–¿Y él espera que siga sus pasos? A juzgar por tu expresión de amargura, me da la impresión de que no es eso lo que ella desea hacer.

–Se niega a ir a la universidad. En dos semanas cumple dieciocho años y está decidida a mudarse a Los Ángeles.

–¿Qué tiene de malo Los Ángeles?

–No es la ciudad, es el trabajo que ha escogido.

–En vez de tener que sacarte las palabras con sacacorchos, ¿por qué no me cuentas lo que sucede realmente? Y por qué querías que acompañara a Harper.

Compartir los problemas familiares con personas ajenas a la familia iba contra sus principios, pero necesitaba ayuda desesperadamente. La ayuda de cualquiera. Incluso la de Scarlett.

–Madison se escapó a Los Ángeles durante las vacaciones de Semana Santa. Está decidida a ser actriz.

Scarlett sonrió.

–Debió de ser un escándalo en tu familia –murmuró ella.

–Solo tiene diecisiete años.

–Y podría haber caído en las perversas garras de alguien.

A Logan no le gustaba que estuviese divirtiéndose a su costa.

–Por suerte, eso no ocurrió.

–¿Y qué ocurrió?

Nada. Madison se había ido a vivir con un chico que había conocido en Nueva York el verano anterior y se había apuntado a una clase de interpretación. Incluso la habían llamado para un anuncio.

–Su padre la encontró antes de que se metiera en un lío y la llevó de vuelta a Nueva York.

–¿Por qué no le permiten seguir su sueño? –preguntó Scarlett mientras se servía un poco más de café–. Ser actriz no es el peor trabajo del mundo.

–Paula y Ran no consideran que sea el mejor trabajo para una chica tan inteligente y capaz como Madison –explicó él–. Quieren que vaya a la universidad y se saque un título.

–Yo no fui a la universidad y creo que me va bastante bien.

Dijo la antigua niña prodigio cuyas hazañas habían mantenido entretenidos a los paparazzi con fotografías escandalosas durante

años. No le había pedido ayuda a ella precisamente porque no quería que apoyase los sueños de Madison.

–Y tienes un abuelo multimillonario que te trajo a Las Vegas y te dio un hotel para que lo dirigieras.

No se dio cuenta de lo insultante que había sonado hasta que el encanto seductor de Scarlett se esfumó. Por primera vez desde que la conocía, Logan creyó vislumbrar un instante a la verdadera mujer que se escondía tras la máscara. Y eso aumentó su deseo por ella.

¿Por qué diablos tenía que ser tan atractiva?

Tenía la piel clara y sin imperfecciones, un cuerpo que volvería loco a cualquier hombre: pechos grandes y firmes, cintura estrecha y piernas largas. Su manera de moverse invitaba a todos a quedarse mirando. Y su boca… Sus labios rojos y carnosos estaban hechos para besar.

–Tienes razón –dijo ella con tono sarcástico–. Es absurdo pensar que yo estaría dirigiendo Fontaine Richesse si a mi abuelo no se le hubiera ocurrido la descabellada idea de que sus nietas compitieran por el puesto de presidente. Seguiría en Los Ángeles, haciendo castings, trabajando en lo que pudiera y esperando el papel que relanzara mi carrera. Pero aun así tendría éxito y sería feliz.

–Mira, solo quería decir que nunca te habrían propuesto como directora de Fontaine Richesse si no hubieras sido hija de Ross.

Por primera vez en cinco años, Scarlett le había permitido ver lo molesta que estaba. Pero recuperó el equilibrio casi de inmediato.

–Y ya has dejado claro que no crees que este sea mi lugar.

–No lo creo.

–Gracias.

–¿Por qué?

–Por ser sincero por una vez. Me has mirado por encima del hombro desde que nos conocimos.

–No te miro por encima del hombro –eso no era del todo cierto. A pesar del éxito del hotel, no creía que Scarlett estuviese a la altura de Violet y de Harper a la hora de dirigir una empresa como la cadena hotelera Fontaine.

–Pero tampoco me aceptas.

–No es a ti a quien no acepto.

–Entonces, ¿qué es? –preguntó ella con determinación–. Eres simpático con mis hermanas. Debes de tener algo contra mí.

–No tengo nada contra ti.

–Crees que tanto Violet como Harper tienen lo necesario para dirigir la cadena –esperó la confirmación, pero él se mantuvo en silencio–. Y crees que yo no lo tengo. Ellas han trabajado duro para llegar a estar donde están. Yo soy una actriz inepta. Quieres protegerlas –le miró con una media sonrisa–. Eres un buen amigo, pero no tienes de qué preocuparte. Yo no tengo ninguna experiencia empresarial, lo que significa que no tengo oportunidad de superar a mis inteligentísimas hermanas. Mi abuelo simplemente estaba siendo justo al incluirme en el concurso. Me alegra que hayamos aclarado eso.

No habían aclarado nada. Logan seguía sin sentirse cómodo en su presencia. Pero, ¿qué podía decir? No iba a decirle que le había hechizado.

–Volviendo a tu sobrina y a su decisión de no ir a la universidad –continuó Scarlett–. ¿Qué esperas que descubra pasando dos semanas con Harper?

–Que el mundo empresarial no es tan aburrido como cree que es.

Scarlett soltó una carcajada.

–¿Y has elegido a Harper, la adicta al trabajo, para que la siga a ella? Se morirá de aburrimiento antes de que acabe el primer día. Estaría mejor con Violet –hizo una pausa–. Claro que, con la muerte de Tiberius, no es un buen momento para eso.

–Estoy de acuerdo.

–¿Por qué no le muestras todos los aspectos interesantes de tu empresa de seguridad?

–Cada vez que intento decirle algo a Madison, pone los ojos en blanco y empieza a enviar mensajes por el móvil. Pensaba que tal vez alguien que no fuera de la familia tendría más suerte.

Scarlett se quedó mirándolo y, tras decidir que probablemente ya le habría incordiado bastante, se abstuvo de comentar que la situación necesitaba un toque femenino.

–Probablemente tengas razón al pensar que estará más dispuesta a escuchar a una tercera persona que no tenga ningún interés.

Una tercera persona sin interés y con una titulación como Harper, o con diez años de experiencia dirigiendo un hotel y un casino como Violet. No una antigua niña prodigio sin las capacidades necesarias para dirigir un hotel de lujo. Logan llevaba razón en eso, pero la mala opinión que tenía de ella le dolía. No era que estuviera equivocado. Ni que fuera el único que pensaba lo mismo de ella. Estaba segura de que muchos dueños de hoteles y

casinos de Las Vegas pensaban lo mismo. Pero odiaba el desprecio de Logan más que el de todos los demás juntos.

–Por supuesto, si buscas a alguien que le explique lo difícil que es triunfar como actriz en Hollywood, yo soy tu chica –concluyó tirando la servilleta sobre la mesa–. ¿Cuándo quieres que comience?

–Si no vas a tomarte esto en serio, esperaré hasta que Harper o Violet estén libres –contestó él con el ceño fruncido.

–Creo que estás demasiado desesperado para eso –le dirigió una sonrisa victoriosa y se puso en pie–. Puede que no sea tu primera elección para este proyecto, pero soy lo único que vas a obtener.

–De acuerdo.

Logan se levantó también.

–Dejaré a Madison esta tarde en tu despacho. ¿En torno a la una?

–Allí estaré –Scarlett se apartó, ansiosa por escapar de su presencia intimidante, pero antes de dar cuatro pasos, él la agarró de la muñeca.

–Gracias –murmuró.

Nunca antes la había tocado. El contacto le recorrió el cuerpo como un rayo. Desconcertada por la fuerza de su reacción, Scarlett se zafó con más vigor del necesario.

–Es un poco tarde para que empieces a ser amable conmigo, Logan.

Sus ojos marrones se volvieron de hielo.

–De acuerdo.

Logan la miró de arriba abajo y a ella se le aceleró el corazón. Cada vez que se acercaba a él, se convertía en una adolescente excitada.

Y él parecía completamente inmune.

Con casi un metro noventa de estatura, aquel hombre musculoso tenía una presencia imponente. El pelo negro ondulado le rozaba el cuello de la camisa. Tenía las cejas pobladas, la nariz prominente y la mandíbula angulosa. Sus labios cincelados aparecían en sus fantasías, a pesar de que siempre los tuviese apretados con desprecio.

–¿Puedes al menos vestirte como una profesional? –preguntó él.

Con su vestido hasta el suelo, el escote pronunciado y las sandalias doradas, Scarlett sabía que probablemente pareciese más una huésped del hotel que la directora.

–Yo no visto de manera profesional –se dio la vuelta sobre sus tacones y salió del despacho.

A Logan no le costó alcanzarla.

–Estoy seguro de que entre tu amplio vestuario tendrás algo que parezca profesional.

–¿Qué te hace pensar eso?

–En cinco años, nunca te he visto llevar la misma prenda dos veces.

Sorprendida al enterarse de que Logan prestaba atención a su ropa, Scarlett le dirigió una mirada de soslayo.

–Me halaga que hayas prestado atención –comentó con actitud de flirteo para disimular la reacción de su cuerpo a aquella observación.

–Parte de mi trabajo como experto en seguridad consiste en prestar atención a los detalles.

–Lo tuyo sí que es una lengua de plata –respondió ella mientras entraba en el ascensor.

Cuando se cerraron las puertas, Logan se quedó junto a ella.

–Tú sí que sabes cómo hacer que una chica se sienta especial.

Esperaba que él se alejara. Siempre había mantenido la distancia. Sin embargo, para su sorpresa, se acercó más.

–¿Nunca te cansas de actuar? –preguntó Logan.

–¿A qué te refieres con actuar? –preguntó ella con una sonrisa.

–A las diversas mujeres en las que te conviertes para lograr que los hombres se crean tus fantasías.

¿Estaba refiriéndose a la fachada que utilizaba con él para impedir que se diera cuenta de lo mucho que le afectaba? Estaba loco si pensaba que iba a renunciar a la única defensa que tenía frente a él.

–¿No te refieres a la fachada que utilizo para manipularlos a voluntad? –preguntó.

Scarlett se enorgullecía de ser capaz de entender a los hombres. Normalmente era fácil. A casi todos les gustaba ser poderosos y tener mujeres hermosas a su disposición. Incluso aquellos que parecían corderitos llevaban dentro un pequeño cavernícola.

Logan no encajaba en ese patrón. Parecía verdaderamente inmune a sus trucos, y esa era la razón por la que le provocaba siempre que tenía oportunidad. Le desafiaba el hecho de que no se sintiese atraído por ella. Y, en cierto modo, como sabía que Logan nunca cruzaría la raya, su indiferencia le daba libertad para dar rienda suelta a su sensualidad. Era bastante liberador.

–Un día de estos, alguien verá más allá de tus flirteos y se dará

cuenta de la verdad –le advirtió Logan.

–¿Y cuál es la verdad? –preguntó ella con las cejas arqueadas.

–Que lo que necesitas no es un perrito faldero y dócil.

–¿No?

–No. Lo que necesitas es un hombre que te atraviese las defensas y te vuelva loca.

–No seas ridículo –respondió ella, y se esforzó por no quedarse mirando sus labios ni fantasear con recibir un beso suyo.

–Puedes mentirte a ti misma todo lo que quieras. Pero no te molestes en mentirme a mí.

Logan le agarró un brazo.Ella intentó zafarse, pero él la agarró con más fuerza.

–Suéltame.

–Has empezado tú.

–¿Qué mosca te ha picado hoy?

–¿Sabes? –preguntó él con una sonrisa–. Creo que es la primera vez que te veo perder la calma. Me gusta.

«Lo que necesitas es un hombre que atraviese tus defensas y te vuelva loca». Por suerte nunca descubriría lo mucho que le gustaba cómo sonaba aquello.

–En realidad no me interesa lo que…

No tuvo ocasión de terminar la frase. Sin darse cuenta de lo que pretendía hacer, Logan agachó la cabeza y la besó. Fue un beso lento y deliberado. Su murmullo de sorpresa se convirtió en un débil gemido de rendición cuando abrió la boca para sentir su lengua acariciándole los labios.

Ladeó la cabeza para que tuviera un mejor acceso, le deslizó los dedos por el pelo y se aferró. Si su intención era que se volviera loca, lo había conseguido en menos de tres segundos. Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo anhelaban sus caricias mientras.

Scarlett deseaba gritar mientras experimentaba el placer de sentir su torso firme contra sus pechos, pero se había quedado sin aliento. Entonces oyeron el sonido de las puertas abriéndose. Logan apartó los labios y tomó aire. Se quedó mirándola fijamente.

–¿Ahora te ha parecido que estaba actuando? –preguntó casi sin aliento.

Logan apartó las manos de su cuerpo con un movimiento lento y tortuoso. Dio un paso atrás, utilizó el pie para impedir que las puertas volviesen a cerrarse y le hizo un gesto para que saliese del ascensor.



–Tendré que investigarlo más a fondo antes de decidirme –contestó con una ceja levantada.

Capítulo Dos

Mientras su mente se llenaba de preguntas que no podía responder, Logan salió con su Escalade negro del aparcamiento del Fontaine Ciel y se dirigió a toda velocidad hacia Seguridad Wolfe. Seguía notando el sabor de Scarlett en la lengua.

El sol de julio se reflejaba en las ventanillas de los coches y le impedía ver bien, a pesar de las gafas de sol. Aunque eran poco más de las nueve de la mañana, ya hacía mucho calor. Se tiró del cuello de la camisa y puso el aire acondicionado del coche al máximo. El sudor hacía que la camisa se le pegara al cuerpo bajo la chaqueta del traje. Bueno, tal vez no todo el calor se debiese a la temperatura de fuera. Bajo la piel le ardía la sangre.

Besar a Scarlett había sido un gran error. Colosal. Si ya le costaba trabajo estar a su lado antes de que pegara aquel cuerpo de escándalo al suyo, ahora estaba completamente obsesionado. Pero nunca llegaría a más.

¿Qué diablos le pasaba? Le había salido el tiro por la culata al querer darle a probar de su propia medicina. No solo había prometido volver a besarla, sino que había revelado que estaba interesado en ir detrás de ella.

Le sonó el teléfono. Conectó el *bluetooth* del coche y respondió.

–He recibido tu mensaje sobre Tiberius –dijo Lucas Wolfe. La poca cobertura y el ruido de fondo hacían que resultara difícil entender a su hermano–. Siento que el viejo haya muerto.

–Acabo de dejar a las hermanas Fontaine. Violet está bastante afectada.

–Lo siento por ella –murmuró Lucas–. ¿Has podido preguntarle por los documentos de Tiberius?

–Lucas, el tipo acaba de morir.

–Y, si esos documentos salen a la luz, mucha gente de Las Vegas y de más allá correrá el riesgo de ver sus vidas arruinadas. Violet podría estar en peligro.

El gemelo de Logan había pasado demasiados años en el Servicio de Inteligencia del Ejército. Lucas veía enemigos en cada esquina. Cierto que había hecho bien en preocuparse en algunas ocasiones, tal vez incluso en aquella. ¿Cuánta basura podría haber recopilado Tiberius Stone a lo largo de cincuenta años? ¿En la

ciudad del pecado? Mucha.

–¿Realmente crees que existen? –le preguntó a su hermano.

–Creo que es el J. Edgar Hoover de Las Vegas.

–Yo nunca he encontrado nada raro en sus ordenadores –cuando Lucas había oído rumores sobre la tendencia de Stone a recopilar información, Logan se había infiltrado en sus ordenadores.

–Es de la vieja escuela –respondió Lucas–. Estoy seguro de que tiene copias en papel de todo.

Logan pensó en cuánta información podría haber y se imaginó una sala enorme llena de archivadores. ¿Dónde diablos habría almacenado el viejo sus papeles? La localización debía de ser un lugar seguro y accesible. Si los datos fueran digitales, Seguridad Wolfe habría sido el lugar perfecto para guardar la información. Tenían varios servidores seguros que sus clientes usaban para sus documentos más privados.

–¿Cuándo vuelves a Estados Unidos? –le preguntó a Lucas.

Lucas estaba en Dubái, reunido con un jeque que tenía una colección de tesoros y de arte digna de cualquier museo y que deseaba exponerla en diversas casas de todo el mundo. El desafío consistía en que el jeque deseaba que la seguridad fuese inquebrantable.

–Aún no estoy seguro –respondió Lucas–. Este trabajo es mucho más complejo de lo que pensé en un principio.

–¿Y la hija?

–Me distrae.

Logan colgó el teléfono con una carcajada y llamó a Violet. No le sorprendió que saltara el buzón de voz. Le dejó un mensaje pidiéndole que le devolviera la llamada. Después trabajó un par de horas más antes de irse a casa a comer con su sobrina y a decirle que sus vacaciones habían terminado oficialmente.

Encontró a Madison junto a la piscina, ataviada con un biquini y absorbiendo el sol de Las Vegas. Se había aislado con una revista de cotilleos y unos auriculares, así que no fue consciente de su presencia hasta que le hizo sombra.

–Hola, tío Logan. ¿Qué haces en casa?

–Pensaba llevarte a comer y después a ver a una mujer que conozco.

La expresión de resentimiento que tenía desde que llegara a la ciudad tres días atrás cambió de inmediato.

–No sabía que estuvieras saliendo con alguien. Así se hace, tío Logan.

–No estoy saliendo con ella. Es alguien que ha accedido a mostrarte cómo se dirige un hotel.

–Aburrido –respondió Madison recostándose en la tumbona–. ¿Cuándo os daréis cuenta mis padres y tú de que no quiero estar metida en un estúpido despacho? Quiero ser actriz.

–A tus padres les preocupa que no hayas barajado todas las opciones disponibles.

–Como si quisieran que explorase mis opciones. Quieren que vaya a la universidad que ellos elijan y haga Empresariales o Derecho y me vuelva como ellos. No es eso lo que deseo.

–A tu edad yo no sabía lo que deseaba.

–Eso no es cierto. Mi madre dice que te pasabas el tiempo rodeado de ordenadores. Y fundaste tu empresa de software de seguridad a los veinte. Eras multimillonario antes de graduarte.

–Pero aun así estoy graduado.

–Lo que tú digas. El caso es que tuviste éxito porque se te daban muy bien los ordenadores y eso era lo que te gustaba hacer, no porque tengas un master en ingeniería.

–De acuerdo, pero aun así terminé la universidad –levantó una mano al ver que su sobrina iba a protestar–. Asúmelo, Madison. Durante el próximo mes tendrás que aguantarnos a mí y mi opinión. Ve a ducharte y te llevaré a mi restaurante favorito.

Cuarenta minutos más tarde estaban sentados a una de las mesas de Luigi's. Madison miraba a su alrededor con asco.

–Esto es una pizzería.

–No es solo una pizzería. Sirven la mejor comida italiana fuera de Italia.

–Pensé que ibas a llevarme a un sitio agradable.

–Esto es agradable.

Después de pedir la comida, Madison comenzó a acribillarle a preguntas.

–¿Quién es la mujer con la que me vas a dejar?

–Scarlett Fontaine. Es la dueña de Fontaine Richesse. Te caerá bien. Antes era actriz.

–¿Era? –preguntó Madison–. ¿Quieres decir que fracasó y ahora podrá contarme el gran error que cometeré si no voy a la universidad?

–Quiero decir que era y que ahora dirige un hotel y casino multimillonario.

–¿Qué tiene, cincuenta? Tengo tiempo de sobra para elaborar un plan B por si lo de la interpretación no sale bien.

–Tiene treinta y un años –le sorprendió darse cuenta de que

sabía su edad. Y que su cumpleaños era dentro de un mes.

–¿Tan joven? ¿Por qué se rindió tan rápido?

–Supongo que porque le ofrecieron una oportunidad única.

–¿Dirigir un hotel?

–Uno de los mejores hoteles de Las Vegas.

Pero Madison no parecía convencida.

–No es más que una derrotista.

–Yo no la definiría así.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, entraron en el hotel de Scarlett y se acercaron a los ascensores que les conducirían a los exclusivos despachos del tercer piso. Cuando se abrieron las puertas, a Logan le sorprendió el hombre que salió de dentro. John Malcolm y él intercambiaron un saludo rápido antes de que el abogado se marchara.

Sorprendido por la presencia del abogado de Tiberius Stone en el hotel de Scarlett, Logan le señaló a Madison dónde estaban los lavabos y le dijo dónde encontrarlo cuando hubiera terminado. Segundos más tarde, entró en el despacho de Scarlett y la encontró sentada tras su escritorio, con los labios apretados y la atención puesta en la pantalla del ordenador. Se había cambiado de ropa. Ahora llevaba una blusa color lima sin mangas con una delantera de volantes que llamaba la atención sobre sus pechos. Se había dejado el pelo suelto, y la melena castaña le caía por los hombros.

–No sabía que Tiberius y tú compartierais abogado –dijo mientras se acercaba al escritorio.

Scarlett se puso en pie y él se fijó en la falda negra que se ajustaba a sus caderas. El traje era sexy y profesional.

–No es así –respondió mientras agarraba un sobre que había en el escritorio–. Me ha traído esto. Es de Tiberius.

–¿Qué hay dentro?

La sorpresa se reflejó en sus ojos verdes.

–Aún no lo he abierto. Probablemente sea algo que escribiera para despedirse. Era un gran hombre. Yo no estaba tan unida a él como Violet, pero nos veíamos mucho. Me enseñó lo que no se ve de esta ciudad. Me dijo en quién podía confiar, de quién debía desconfiar –de pronto dejó de hablar y ladeó la cabeza–. ¿Por qué sientes tanta curiosidad?

–Tiberius recopilaba información sobre la gente –no estaba seguro de cuánto quería contarle.

–¿Qué tipo de información?

–Secretos.

–¿Secretos sucios? –se quedó mirando el sobre, después volvió

a mirarlo a él y se carcajeó–. Y crees que tenía algo sobre mí –no fue una pregunta, sino una afirmación–. Siento decepcionarte, pero no tengo un armario lleno de esqueletos esperando ser descubiertos. ¿Eres así de cínico con todos o solo conmigo?

–Con todos.

–Con Harper y con Violet no. En ellas confías.

–Nunca me han dado razones para no confiar en ellas.

–¿Y qué te he hecho yo?

En eso tenía razón. Sus prejuicios sobre ella surgían de lo mucho que le afectaba. ¿Era justo culparla por cómo se le erizaba la piel cuando le rozaba?

–No es lo que has hecho, es porque te gusta jugar.

–Los juegos son divertidos.

Logan se vio asaltado por una visión de ella vestida con lencería negra, botas altas y una fusta. Al poco de aparecer en Las Vegas, se había emitido un episodio de una popular serie policíaca. Ella había hecho un cameo en el que interpretaba a la dueña de un club de fantasía. Desde que la viera en esa serie, aquella imagen erótica surgía en su cabeza en los momentos más inoportunos.

–Yo no juego –contestó con un gruñido.

–Entonces, ¿cómo llamarías al beso del ascensor? Me has besado para demostrar algo. ¿Eso no es jugar?

En vez de admitir que la había besado porque no había logrado controlar su deseo, Logan respondió:

–¿Qué estaba intentando demostrar?

Mientras Logan esperaba su respuesta con las cejas arqueadas, Scarlett se reprendió a sí misma por dejarse pillar de nuevo. ¿Por qué no podían tener una conversación civilizada? De acuerdo, tenía que admitir que era divertido provocarle. Y más ahora que sabía que frustrarle daba paso a besos impulsivos. Ardientes y apasionados. ¿Qué sucedería si le enfureciese de verdad?

–Que necesito un hombre como tú en mi vida –respondió y, para su sorpresa, le sorprendió.

–No es por eso por lo que te he besado.

–Desde luego que sí. Y cito textualmente: «Lo que necesitas es un hombre que atraviese tus defensas y te vuelva loca». ¿No es eso lo que estabas intentando hacer cuando me has besado?

–Estaba demostrando algo, no haciendo una prueba para el trabajo.

–Es una pena, porque has hecho una prueba muy buena.

Logan se cruzó de brazos y señaló el sobre.

–¿Sabes lo que te ha enviado Tiberius?

–Aún no. ¿Por qué te interesa tanto?

–Lucas cree que Tiberius podría haberle dejado a Violet los documentos que recopiló durante años–. Yo creo que podría habértelos dejado a ti.

–¿A mí? –se quedó mirando el sobre, pero su sorpresa no duró mucho–. Supongo que tiene sentido. A los dos nos gustaba la historia de Las Vegas. Si sus documentos se remontan a los años cincuenta, probablemente haya todo tipo de historias que nunca hayan llegado a saberse –la idea resultaba excitante–. Sería una gran adquisición para mi exposición Experiencia Mafiosa.

–Es peligroso que tengas tú esos documentos.

–Peligroso, ¿por qué?

–Mucha gente poderosa tiene secretos que querría mantener enterrados.

Aquello estaba poniéndose cada vez mejor.

–Apuesto a que sí.

Logan no parecía muy contento con su entusiasmo.

–Hasta ahora, la existencia de los documentos no era más que una especulación. Si alguien se entera de que los tienes, podría decidir venir a buscarlos. Puede que te hagan daño.

–Estás preocupado por mí –le dijo ella sonriendo–. Qué dulce.

–El hecho de que tú y yo no nos llevemos bien no significa que quiera que te ocurra algo malo.

–Podríamos llevarnos bien si dejaras de luchar contra tus sentimientos hacia mí.

–Si te refieres al beso en el ascensor…

–Al beso ardiente del ascensor –le corrigió ella con una sonrisa petulante–. Y además, no has llegado a responder a mi pregunta. ¿Estaba actuando?

Logan se quedó mirándola sin expresión alguna y no dijo nada.

–Tal vez otra demostración aclare tus dudas –Scarlett estiró la mano y le deslizó los dedos por la corbata.

Él le agarró la mano y la miró fijamente.

–Maldita sea, Scarlett.

Antes de que pudiera terminar de decir lo que fuera a decir, una joven apareció en la puerta.

–Hola. Soy Madison.

–Scarlett Fontaine –fue difícil apartar la mirada de la expresión turbulenta de Logan, pero lo logró–. Encantada de conocerte –agregó mientras salía de detrás del escritorio.

–Logan me lo ha contado todo sobre ti.

–¿De verdad? ¿Todo sobre mí? –preguntó Scarlett.

–Le he dicho que habías sido actriz –respondió Logan.

–No una simple actriz –le corrigió ella con un gesto dramático que sabía que le molestaría–. Una estrella.

–¿De verdad? –Madison pareció realmente interesada–. No recuerdo haberte visto en ninguna parte.

–Probablemente no me reconocerías. Yo tenía quince años cuando terminó la serie. Pero, durante cinco frenéticos años, fui Hilary en *Es nuestra Hilary*.

–Creo que nunca he visto eso. ¿Has salido en algo más?

–Artista invitada en diversos sitios. Una breve serie por cable –miró a Logan y le vio fruncir el ceño de nuevo. ¿Qué había hecho ahora para molestarle? Para distraerle le entregó el sobre–. Toma. Tal vez ver lo que hay dentro consiga que dejes de estar de mal humor.

–Tiberius te lo ha dejado a ti –Logan intentó devolvérselo, pero ella negó con la cabeza.

–Y no saber lo que contiene te está comiendo por dentro, así que ábrelo.

Logan suspiró con resignación, metió los dedos bajo la solapa del sobre y sacó varios papeles. Una tarjeta llave cayó al suelo. Madison pareció curiosa al agacharse a recogerla.

–Es un acuerdo de alquiler para un almacén –dijo Logan mientras examinaba los papeles. Le entregó una de las hojas a Scarlett.

Ella reconoció la letra ordenada de Tiberius. La carta iba dirigida a ella. A medida que la leía, se le fue cerrando la garganta. Maldito viejo truhán. En efecto, le había pasado a ella sus documentos. Le quitó la llave a Madison y se quedó mirándola.

–¿Un almacén? –repitió–. ¿Crees que hay algo más que documentos allí?

–Posiblemente. Espero que no estés pensando en ir allí sola.

Tal vez no le cayese bien, pero eso no le impedía querer protegerla. Scarlett podría trabajar con eso.

–¿Por qué no?

En ese momento el teléfono de Logan anunció que había recibido un mensaje. Lo sacó del bolsillo, miró la pantalla y suspiró.

–Acaba de surgir una cosa –dijo antes de volverse hacia Madison–. Volveré a por ti a las cinco.

–¿A las cinco? –repitió Scarlett–. Aquí no empiezan a pasar cosas hasta mucho más tarde. Tú vete a hacer lo que tengas que

hacer y yo me aseguraré de que Madison llegue a casa sana y salva.

–¿A qué hora?

–No sé. ¿Medianoche?

Logan frunció el ceño mientras que su sobrina arqueaba las cejas.

–A las diez –respondió.

–¿En serio? –intervino Madison–. Tengo diecisiete años. ¿No crees que ya he llegado alguna vez más tarde de las diez?

–Diez y media –dijo él.

–Tengo casi dieciocho.

–«Casi» es la palabra clave.

–Quedan dos semanas para mi cumpleaños.

–Diez y media.

–Cuando cumpla dieciocho no podrás decirme lo que tengo que hacer.

Scarlett observó la discusión con interés y vio que Logan desviaba la mirada de la una a la otra. Era bueno saber que ella no era la única mujer capaz de molestarle.

–¿Qué os parece a las once? –sugirió con una sonrisa amistosa.

–Perfecto –contestó Madison.

Para sorpresa de Scarlett, Madison se puso junto a ella y entrelazó el brazo con el suyo. Él no pareció muy contento.

–A las once –capituló al fin–. Y que no se meta en líos.

***

Scarlett le vio salir del despacho y el oxígeno regresó a la habitación con su partida. Aquel hombre sí que sabía cómo dominar una habitación. Y las hormonas de una mujer.

–Empecemos la visita por las reservas –murmuró Scarlett, y le hizo gestos a la chica para que saliese al pasillo.

–Pensaba que podríamos empezar por el casino.

Scarlett negó con la cabeza.

–Dejaremos lo mejor para el final.

Dos horas más tarde, Scarlett le había enseñado a Madison todo el hotel y estaba entrando en el casino cuando le sonó el teléfono. El corazón le dio un vuelco de alegría al ver el número de Logan. «Estúpida. Estúpida. Estúpida». El tipo había vuelto a dejar claro aquel día la mala opinión que tenía de ella, y aun así seguía colgada de él.

–A mí me va la marcha –murmuró antes de responder a la

llamada–. Hola, Logan. La visita va genial, por si te preocupa.

–¿Seguís en el hotel?

–¿Dónde si no íbamos a estar? –hizo una breve pausa–. Ah, claro. En el almacén.

–Te tomas el asunto de los documentos demasiado a la ligera.

Scarlett vio que la sobrina de Logan se acercaba a la vitrina que anunciaba la inauguración de la exposición Experiencia Mafiosa.

–Ya te prometí que no llevaría a Madison al almacén.

–No estoy hablando solo de la seguridad de Madison.

–Entonces, ¿cuándo quieres ir a investigarlo?

–Cuanto antes mejor.

–¿Mañana?

–Estaría bien.

–¿A qué hora pasas a recogerme?

–Me has malinterpretado –respondió él–. Voy a ir solo.

–Podrías. Pero te resultará difícil entrar sin la llave. Así que tenemos una cita.

–No es una cita.

–Podría serlo si me llevaras primero a cenar –mientras le avasallaba con su voz más seductora, Scarlett se preguntó si el ruido que oía al otro lado de la línea sería el de sus dientes rechinando.

–Te recogeré a las siete.

Scarlett sonrió triunfante.

–Estaré contando los minutos.

Primero un beso y después una cita. No podía creer que tuviera tanta suerte. Era una pena que no jugara en el casino. Atravesó la moqueta como en una nube y alcanzó a Madison.

–No puedo creer la de gente que hay aquí –dijo la chica mientras caminaban entre las mesas–. Son las tres de la tarde.

–Espera a más tarde. Esto estará abarrotado.

–Me gusta que los crupieres vayan vestidos como estrellas de cine.

–Mi amigo Tiberius me contó que en los años cincuenta era habitual entrar en el casino y ver a Lucille Ball, Debbie Reynolds o al Rat Pack. A las estrellas les encantaba venir aquí –Scarlett hizo una pausa y se preguntó si la adolescente sabría de quién estaba hablando, pero entonces vio aliviada que sí–. Como yo crecí en Hollywood, me pareció que tenía sentido traer parte de ese glamour a Las Vegas.

–Qué idea tan divertida.

En aquel momento Scarlett recordó que Madison era una aspirante a actriz.

–Tan divertida que a mí también me gusta participar de la acción –entrelazó el brazo con el de la chica y la condujo a los ascensores–. Vamos a mi suite y te enseñaré a qué me refiero.

Diez minutos más tarde, Scarlett abrió las puertas de su armario «especial» y aguardó la reacción de Madison.

–Mola.

La estancia, de dieciséis metros cuadrados, estaba llena de disfraces, zapatos, pelucas y joyas que Scarlett usaba para transformarse en diversas estrellas de los cincuenta y los sesenta.

–Los fines de semana me gusta disfrazarme y pasear por los casinos. A los jugadores les encanta y así finjo que todavía soy actriz –sintió una leve punzada de arrepentimiento al decir aquello.

–Obviamente te encanta serlo –Madison se dirigió a los disfraces de la pared del fondo–. ¿Por qué lo dejaste?

Scarlett vio cómo Madison pasaba los dedos por una réplica del vestido que llevaba Marilyn Monroe cuando cantaba *Diamonds Are a Girl's Best Friend*, del musical de 1953 *Los caballeros las prefieren rubias*.

–La respuesta fácil es que, cuando llegué a la pubertad, pasé de ser una chica inocente de cara dulce y me convertí en una bomba sexual con demasiadas curvas –se situó frente al espejo y contempló su reflejo con actitud crítica–. Ni los productores de *Es nuestra Hilary* ni mis seguidores, que no eran tan leales, estaban preparados para que Hilary creciera tan deprisa.

–¿Qué ocurrió?

–Hicieron otra serie con algunos de los personajes secundarios y a Hilary le dieron la patada.

–Eso es terrible.

–Así funciona el mundo del espectáculo –se pasó las palmas de las manos por las caderas y pensó que se había puesto la falda negra para despreciar la sugerencia de Logan de que se vistiera de forma más profesional. Él no parecía entender que, salvo que hiciera un tremendo esfuerzo por minimizar su atractivo, su sexualidad innata se notaba con cualquier ropa que llevara puesta.

Por eso todos los papeles que le llegaban después de interpretar a Hilary eran de ese tipo. Había rechazado tantas ofertas de papeles sexys que ya ni llevaba la cuenta. Estaba encasillada en el papel de la rival sexual y despiadada de la heroína, y no era ese el papel que quería interpretar. Deseaba que la tomaran en serio

como actriz, pero su agente decía que ninguno de los directores de casting con los que hablaba veía el talento más allá de su atractivo.

–Sé que mi tío quiere que me quites de la cabeza la idea de ser actriz.

–Eres una chica lista –Scarlett miró a Madison a través del espejo–. Lo suficientemente lista para tener un plan B por si no triunfas en Hollywood.

–Soy joven –respondió Madison–. Pensaba intentarlo unos años. Si no lo consigo, siempre podré estudiar después.

Scarlett pensó en la cantidad de veces en que había oído decir lo mismo a algún compañero actor. Era difícil renunciar al sueño de aparecer en la gran pantalla cuando el gran papel estaba esperando siempre en la próxima prueba.

–O podrías ver si a tus padres les parecería bien que fueras a la universidad en Los Ángeles mientras vas a clases de interpretación y haces pruebas –Scarlett se dio cuenta de que Madison no había tenido en cuenta esa opción–. Puede que sea más difícil de lo que pensabas, pero también podría ser la manera de que todos estuvieran contentos.

–Lo pensaré.

Pero Scarlett se daba cuenta de que la adolescente no estaba muy dispuesta a hacerlo.

–Mientras tanto, ¿quieres ser Judy Garland en *Repertorio de verano* o Greta Garbo en *Mata Hari*?

–¿Qué me dices de Marilyn?

Scarlett se rio.

–No tan deprisa, joven aprendiz. Primero has de demostrarme que tienes el talento necesario para ser Marilyn.

–Tengo el talento.

–Entonces no te costará trabajo hacer que un casino lleno de gente se crea que eres Mata Hari.

–En eso tienes razón.

Capítulo Tres

Eran las once y diez y Logan se encontraba dando vueltas de un lado a otro del porche de su casa. Estaba nervioso.

Por el auricular que llevaba en la oreja, escuchaba hablar a su hermano sobre los documentos de Tiberius.

–Así que teníamos razón.

–Lo sabré con seguridad mañana.

–Supongo que no habrá manera de que te entregue los documentos a ti.

–No la hay.

–Sí, se me olvidaba lo bien que os lleváis –Lucas sonaba fastidiado–. No sé cuál es tu problema. Es muy guapa y la química entre vosotros es evidente. Apenas tendrías que mover un dedo para encandilarla y que te diera la llave.

–Encandilar a la gente es tu trabajo –respondió Logan mientras bajaba los escalones del porche cuando el Audi de Scarlett se detuvo frente a la casa–. Llegas tarde.

–¿Llego tarde? –preguntó Lucas por el auricular.

–Diez minutos –protestó Scarlett.

–Pareces demasiado malhumorado para que se trate de una cita –comentó su hermano, que debía de haber oído la voz femenina–. Deduzco que la rebelde de nuestra sobrina no ha llegado a casa a su hora.

–Algo así. Ya hablaremos –puso fin a la llamada para no seguir oyendo las carcajadas de su hermano.

Frunció el ceño cuando Madison salió del coche.

–¿Qué lleva puesto?

–Soy Greta Garbo vestida de Mata Hari –anunció Madison, posando con los brazos extendidos, la cara de perfil y la nariz hacia el cielo.

Logan se quedó mirando la peluca que ocultaba la melena rubia de su sobrina y la túnica brillante que le cubría todo el cuerpo. Con aquel maquillaje y la expresión solemne, su sobrina parecía una Greta Garbo aceptable.

–¿No te parece que está fantástica? –preguntó Scarlett. Iba también disfrazada con una peluca rubia y un vestido rosa pálido con plumas de avestruz. Le dirigió una mirada muy breve antes de

centrar su atención en la adolescente.

–Sí. Fantástica –contestó él con un gruñido–. Madison, ¿por qué no entras y te quitas el disfraz para que Scarlett pueda llevárselo de nuevo al hotel?

–Ha dicho que podía llevarlo mañana cuando vuelva –explicó su sobrina.

–He estado pensando que puede que el hotel no sea el mejor sitio para ti.

–Tiene sentido que encuentre algo que me gusta y tú me lo arrebates –respondió Madison–. ¿Es que todos queréis que esté amargada? ¿Es eso?

–Pensaba que podrías pasar algo de tiempo conmigo en el despacho mañana.

–Eso ya lo intentamos, ¿recuerdas? Me dejaste sentada en el recibidor con la recepcionista mientras tú te encargabas de todos esos asuntos tan secretos. No, gracias.

Hasta ese momento, Scarlett se había mantenido callada. Pero decidió intervenir con actitud relajada.

–Madison, ¿por qué no entras? A tu tío y a mí se nos ocurrirá algo.

Para sorpresa de Logan, Madison obedeció. Le dio un rápido abrazo a Scarlett y le dirigió a él una mirada de súplica antes de entrar en la casa.

–¿Cómo lo has hecho? –preguntó él–. A mí me lo discute todo. Pero tú le dices que haga algo y accede sin rechistar.

–No sé. Quizá porque la he tratado como a la joven inteligente que es.

–¿Quieres decir que yo no?

–Tú eres bastante mandón.

–Tiene diecisiete años.

–Cuando yo tenía diecisiete años, había terminado la educación secundaria, lo compaginaba con mi carrera como actriz e iba a bailes con mis amigas.

–Ella no es como tú.

–No digo que lo sea. Pero es lista y ambiciosa. Si se comporta como una mocosa, puede que sea porque nadie le hace caso.

–Así que ahora eres una experta.

–No soy una experta –respondió ella con una mirada de advertencia–. Simplemente te doy mi opinión.

–Pues ya la he oído.

–Por favor, deja que vuelva mañana al hotel. Puede aprender de mi gerente. Lucille es justo lo que buscas en una mentora. Una

mujer profesional y con titulación en Empresariales. Trabajadora. Viste de manera tradicional. Te encantará. Por favor, Logan, déjame ayudar. Me preocupa que, si todo el mundo sigue diciéndole lo que tiene que hacer, Madison se empeñe aún más en no ir a la universidad e irse a Los Ángeles.

–Y crees que puedes hacerle cambiar de opinión.

–No te prometo eso, pero creo que escuchará lo que yo le diga.

Eso era justo lo que Logan temía. Ya había convencido a Madison para que regresara al hotel.

–¿Y quién se supone que eres tú? –preguntó al fijarse en su traje.

–Soy Ginger Rogers en *Sombrero de copa*.

Parecía preparada para salir a dar vueltas por la pista de baile o para recibir un beso entre los brazos de su amante. Y, gracias a los zapatos de casi diez centímetros de tacón, su boca estaba a poca distancia.

Logan se cruzó de brazos al recordar su suave gemido de rendición cuando la había besado en el ascensor. Sintió un ardor en la tripa y esperó el más mínimo movimiento por su parte que le invitara a pasar a la acción.

Pero, en vez de provocarle, Scarlett dio un paso atrás.

–Debería volver al hotel.

¿Había cierto temblor en su voz? ¿Se habría dado cuenta de que había estado a punto de hacer algo impulsivo y precipitado? ¿Por qué no le invitaba a actuar?

–Por supuesto.

–¿Traerás a Madison mañana?

–Puedo hacerlo.

–Sería mejor que formalizáramos las prácticas contratándola. Así podrá tomar posesión de las tareas que se le asignen.

Logan sabía que tener un trabajo que le gustara sería bueno para su sobrina, pero le preocupaba que tenerla trabajando para Scarlett fuese a subirle la tensión arterial.

–¿A qué hora quieres que esté allí?

–A las ocho.

Y entonces, como no se lo esperaba, Logan le colocó una mano en la nuca y la besó. Por un segundo, Scarlett se quedó paralizada, pero después se relajó con la suave presión de sus labios. La luz de la luna y los sonidos nocturnos incitaban a los besos románticos. Él le ladeó la cabeza y centró toda su atención en la textura de sus labios carnosos y en la fragancia de su piel.

Dos besos se convirtieron en diez. Logan sabía que aquello no

podía durar para siempre. Ya empezaba a sentirse molesto. Scarlett era una seductora sensual hecha para la pasión y el deseo, y allí estaba él, tratándola como a la protagonista de una comedia romántica.

Pero en aquel momento no deseaba otra cosa que saborear sus labios, disfrutar del modo en que su cuerpo se estremecía mientras le cubría de besos la barbilla y las mejillas.

–Gracias –dijo ella cuando al fin la soltó.

Logan se dio cuenta de que se había quedado mirando los botones de su camisa.

–¿Por besarte?

–Por dejar que Madison regrese mañana a Fontaine Richesse.

–Tenías un argumento convincente.

Sus dedos ya ansiaban tocarla de nuevo. Deseaba no haberla soltado tan pronto, pero, de haber seguido, se habría visto abrumado por la necesidad de meterla en casa y pasar el resto de la noche devorándola.

Scarlett se apartó, como si le hubiera leído el pensamiento.

–Será mejor que me vaya. ¿Sigue en pie lo de mañana por la noche a las siete?

–Sí.

–Entonces es una cita.

–No es una cita –murmuró él, pero el pulso acelerado le hizo preguntarse a quién estaría intentando convencer. ¿A ella o a sí mismo?

–Entonces, ¿no querrás darme un beso de buenas noches?

Cualquier respuesta que pudiera haberle dado habría quedado ahogada por el ruido del motor cuando Scarlett se subió al coche y lo puso en marcha.

Cuando las luces del vehículo desaparecieron, se dio cuenta de que estaba sonriendo.

Lo primero que hizo Scarlett cuando regresó a su suite fue encender el aire acondicionado. La brisa en la cara durante el camino de vuelta al hotel no había logrado bajarle la temperatura del cuerpo después de besar a Logan.

Se desnudó y se metió en la ducha. El agua fría le hizo estremecerse, pero no lo suficiente para eliminar por completo el calor que le recorría el cuerpo al recordar los labios de Logan.

Después de ducharse, se puso un albornoz y se sentó a contemplar la ciudad desde la ventana.

Nunca habría imaginado que un tipo tan directo como Logan podría besarla con tanta dulzura. La química explosiva que había entre ellos le hacía pensar que la desearía de forma voraz. No de manera tierna.

Llamaron a la puerta de la habitación y el corazón le dio un vuelco. ¿Logan la habría seguido hasta el hotel para retomarlo donde lo habían dejado? De ser así, no podría ser más inoportuno. Tenía el pelo mojado. No llevaba maquillaje. Lo único que tenía de sexy en aquel momento era que no llevaba nada debajo del albornoz.

Se quedó paralizada varios segundos. Volvieron a llamar con más insistencia, así que se acercó a la puerta y abrió.

–Ya era hora –dijo Violet con una botella del whisky favorito de Tiberius en la mano–. Ha sido un día horrible y largo y necesito una copa.

–Lo mismo digo –Harper se quedó mirando su atuendo y luego miró hacia el interior de la habitación–. No estaremos interrumpiendo algo, ¿verdad?

Scarlett se carcajeó.

–Nada de eso. Y tenéis razón en lo del día. Ha sido una locura. Voy a por vasos.

Las tres hermanas se sentaron en el cómodo sofá del salón de Scarlett, cada una con un vaso de whisky.

–Por Tiberius –pronunció Violet con solemnidad.

–Por Tiberius –repitieron Harper y ella mientras chocaban los vasos.

–¿Qué tal te ha ido con la sobrina de Logan? –preguntó Harper mientras Scarlett se rellenaba el vaso tras tomarse el primer chupito.

–Es genial. Quiere ser actriz. Su familia está horrorizada.

–Hay profesiones mucho peores –dijo Violet con el ceño fruncido.

–No para Logan –murmuró Scarlett–. Está convencido de que voy a corromper a Madison con mis malas artes.

–Deja de exagerar –Harper siempre era la voz de la razón–. Te gusta provocar a Logan porque te divierte.

Scarlett no podía negarlo.

–Me gustaría provocarle de otra forma, pero ya dejó claro desde el principio que no soy su tipo.

–¿Por eso se te queda mirando tanto? –preguntó Violet–. ¿Porque no eres su tipo?

Harper le dio una palmadita en la mano.

–Siento ser yo quien te lo diga, pero eres el tipo de cualquier hombre.

–No de cualquiera –aunque pocos eran inmunes. Hasta aquella noche, había pensado que Logan era uno de esos pocos. Pero el último beso había sido muy íntimo. Como si lo único que deseara fuese besarla. Scarlett sacudió la cabeza y puso fin a aquella tontería–. Hoy ha ocurrido algo raro. John Malcolm se ha pasado por aquí con un sobre para mí de parte de Tiberius.

–¿El abogado de Tiberius? –Harper parecía perpleja–. ¿Qué había dentro?

–La llave de un almacén –Scarlett miró a su hermana pequeña–. ¿Sabías que Tiberius tenía información de mucha gente?

Violet negó con la cabeza.

–¿Qué tipo de información?

–Por lo que me ha dicho Logan, son documentos con muchos secretos.

–Interesante. ¿Nunca te mencionó nada? –le preguntó Harper a Violet.

–No.

–¿Y cómo sabes tú todo esto? –le preguntó Harper.

–Porque Tiberius me ha dejado sus documentos –Scarlett asintió al ver la sorpresa y la confusión de sus hermanas–. Una locura, ¿verdad? Al menos eso es lo que Logan cree que hay en el almacén. Mañana por la noche vamos a ir a investigarlo.

–¿Logan y tú? –preguntó Violet con una sonrisa.

–Al parecer piensa que los documentos son demasiado peligrosos para que los tenga yo –Scarlett ignoró la mirada petulante de su hermana–. Los documentos son lo único que le interesa.

–Seguro –respondió Violet, aunque no parecía nada convencida.

–¿Es raro que te los haya dejado? –preguntó Harper.

–Puede –Scarlett hizo girar el vaso vacío entre las palmas de sus manos. Se había bebido los dos primeros chupitos demasiado deprisa y notaba un cierto mareo–. Tiberius y yo hablábamos mucho sobre la historia de Las Vegas. Si no hubiera sido por él, no inauguraría la exposición Experiencia Mafiosa el mes que viene. Él me dio la idea, me alentó y casi todos los objetos que se exhibirán son cosas que él ha recogido o las han donado personas que él conocía.

–Le encantaba que escucharas sus historias –dijo Violet–. A mí

me interesaba más el futuro que el pasado.

–A mí me fascinaba –contestó Scarlett–. Hizo que para mí Las Vegas cobrara vida.

Al ver la tristeza de Violet, Scarlett le pasó un brazo por los hombros. Cinco años atrás, al descubrir que tenía dos hermanastras viviendo en Las Vegas, le había preocupado que les molestara que Henry la hubiese incluido a ella en el concurso para decidir quién dirigiría la empresa. Al fin y al cabo, ¿qué sabía ella de dirigir un hotel? Pero, para su sorpresa, ambas se mostraron tan entusiasmadas con la idea de tenerla en Las Vegas como ella con la idea de estar allí.

–¿Qué tal con tu madre hoy? –preguntó Scarlett.

–Como era de esperar –respondió Violet–, está muy mal.

Tal vez Tiberius no hubiera sido el primer amor de Suzanne Allen, pero sí el mejor y más largo. Aunque no hubiera llegado a casarse con el dueño del hotel, había vivido con él durante veinte años.

–¿Te ha ayudado con los preparativos del funeral? –preguntó Harper.

–Ya conoces a mi madre –respondió Violet–. No puede tomar decisiones ni cuando tiene un buen día.

–¿Tienes fecha para el funeral? –preguntó Scarlett.

–Aún no.

–Qué extraño –comentó Harper con el ceño fruncido.

–No tanto –dijo Violet–. Hay algo que no os he contado. Hay algo sospechoso en la muerte de Tiberius.

–¿Sospechoso? –repitió Scarlett, y se le puso el vello de los brazos de punta.

–Creí que había muerto de un ataque al corazón –dijo Harper.

–Así fue, pero están esperando los resultados toxicológicos del laboratorio. El oficial que lleva el caso le dijo a mi madre que creen que la muerte de Tiberius podría haberse debido a una sobredosis de digitalina.

Capítulo Cuatro

«Una sobredosis de digitalina».

Las palabras le daban vueltas en la cabeza mientras Scarlett se vestía para su «cita» con Logan. Tenía que ser accidental. Cualquier otra teoría sería descabellada. ¿Quién querría matar al viejo? ¿Alguien que tuviera algo que ocultar? Desechó esa idea. Logan le había metido ideas absurdas en la cabeza. Pero aun así estaba nerviosa.

Dio un respingo al oír un golpe en la puerta. Dejó el pintalabios y tomó aliento para calmarse. ¿La velada sería estrictamente profesional o Logan la sometería a otro de sus increíbles besos?

Se quedó de pie frente a la puerta y se pasó las manos por las caderas. Se había decantado por unos pantalones negros ajustados y una blusa negra de tirantes anchos que le dejaban al descubierto los brazos. Con el pelo recogido en un moño y unos pendientes de perlas como única joya, aquello era lo más profesional que había encontrado.

Después, como no se le daba bien hacer lo que la gente esperaba de ella, Scarlett añadió al conjunto unas gafas de pasta negras. Ahora parecía una secretaria sexy. Se obligó a poner cara de aburrimiento y abrió la puerta.

Logan entornó los párpados al verla.

–¿A qué viene ese atuendo?

Scarlett lo miró por encima de la montura.

–¿No crees que parezco profesional?

–Estás… bien.

–¿Bien? Me he pasado la tarde rebuscando en el armario algo que ponerme para que no te sintieras avergonzado si te veían conmigo.

–Pensé que ya habías entendido que no me interesan tus actuaciones.

–¿De verdad quieres que pare? –preguntó Scarlett con una sonrisa auténtica.

–¿Por qué no iba a querer?

–¿Qué pasa si empieza a gustarte mi verdadero yo? ¿Qué harías entonces? –era una pregunta descarada, pero algo en el brillo de su mirada le decía que no era tan inmune a ella como le gustaría

que pensara.

–¿Por qué crees que iba a gustarme la verdadera tú?

–*Touché* –murmuró Scarlett, sin inmutarse con la pregunta. Le intrigaba. Eso estaba claro. No era el tipo de hombre que perdería el tiempo si no estaba interesado. Por el momento era suficiente.

–Puede que no sea la mejor preparada para dirigir un hotel multimillonario, pero tengo mi propio talento.

–¿Por ejemplo?

–Se me da bien saber lo que piensa la gente.

–Supongo que es tu manera de decir que sabes todo lo que yo pienso.

–En lo más mínimo. Siempre has sido un hueso duro de roer. Por eso resultas tan interesante.

Scarlett agarró su bolso y salió al pasillo. Compartir espacio con Logan le despertaba mariposas en el estómago. Entrelazó el brazo con el de él y le sonrió.

–¿Dónde vas a llevarme a cenar?

–Al nuevo local de Paul Rubin.

Scarlett suspiró satisfecha. Algo romántico y caro. Nunca hubiera imaginado que Logan fuera de esos.

–Estaba deseando probarlo.

Logan la acompañó por el pasillo.

–¿Sabías que la muerte de Tiberius está siendo investigada por posible homicidio? –preguntó él cuando al fin llegaron al ascensor.

–Anoche Violet mencionó que la policía pensaba que había algo sospechoso en su muerte.

–Tuvo una sobredosis de digitalina.

–Ya, pero tomaba eso para el corazón, ¿no? ¿Tomó demasiada por equivocación?

–La digitalina encontrada en su cuerpo tenía una composición química distinta a la que tomaba él. Alguien quería que pareciese una sobredosis accidental. Espero que esto te convenza de lo peligrosos que son esos documentos.

–Tu preocupación resulta conmovedora –si renunciara a los archivos, ¿Logan seguiría preocupado por ella?–. Pero no tienes idea de por qué alguien mató a Tiberius. Que sepamos, podría haber sido víctima de un crimen aleatorio.

–No fue aleatorio. Alguien sabía que sufría del corazón y quería hacer que su muerte pareciera debida a causas naturales.

–Tal vez Tiberius estuviera chantajeando a alguien. Con su muerte, ya no podrá hacerlo.

–A no ser que esa persona piense que tú vas a seguir donde él

lo dejó.

–Yo nunca haría eso.

–Lo sé, pero…

–¿Lo sabes? –tuvo que interrumpirle.

–Por supuesto. Mi opinión de ti no es tan mala como piensas.

–Gracias a Dios –suspiró de alivio.

–¿Dejas alguna vez de actuar?

–Solo cuando me besas –no sabía de dónde habría sacado el valor para hablar con tanto descaro, pero, cuando él la miró sorprendido, se sintió encantada de haberlo hecho.

Levantó la barbilla y le ofreció sus labios, pero las puertas del ascensor se abrieron en ese preciso momento. Logan soltó un gruñido y la arrastró al interior.

–Si no hubiera cámaras en cada rincón de este hotel, te obligaría a demostrar eso que dices –murmuró mientras pulsaba el botón para bajar.

–Podríamos volver a tu casa después de registrar el almacén –sugirió ella, y se estremeció al ver su mirada–. A no ser que tengas cámaras allí para uso personal –susurró.

La insinuación fue tan descarada que el se rio.

–Tienes una respuesta sabihonda para todo, ¿verdad?

–Una chica en Hollywood ha de aprender a manejarse sola. Hay mucha gente lista dispuesta a aprovecharse si no tienes cuidado.

–¿Le has contado eso a mi sobrina?

–Ella ya lo sabe.

–¿Qué tal van las cosas con ella?

–Hemos pasado la tarde en la piscina.

–¿La piscina? Se suponía que habías entendido que ha venido a aprender sobre la gerencia de un hotel.

–Relájate –le dijo Scarlett–. Todos los miércoles celebro un concurso de moda. Ya sabes, desfiles, ropa de baño. Las chicas se pasean con la ropa que vendemos en nuestra tienda.

–¿Y qué llevaba puesto Madison?

–Le he puesto el biquini más pequeño que he encontrado. Los hombres le metían billetes de diez en el tanga.

Logan tomó aliento y se preparó para explicarle las múltiples razones por las que no servía para ser mentora, pero entonces se fijó en el brillo de sus ojos. Estaba tomándole el pelo. Se metió las manos en los bolsillos para evitar estrangularla. O, peor aún, besarla.

Sus labios rojos se habían suavizado con una sonrisa mientras

lo observaba. Aquella boca iba a ser su perdición.

–¿Qué ha hecho en realidad?

–Pensé que participara en el desfile, pero después pensé que preferirías que presentara el evento. Y lo ha hecho genial. Con mucha naturalidad.

Logan sabía que debía darle las gracias a Scarlett por demostrar algo de sentido común, pero cualquier cosa que dijera probablemente sonara mal.

–Ha hecho muchas obras de teatro y ha hablado en público –dijo en su lugar.

–Se nota.

Llegaron por fin al vestíbulo y Logan la condujo hacia su Escalade.

–Te gustan los coches grandes –comentó ella mientras se montaba.

–Y ecológicos. Es un híbrido.

–Violet y tú estáis hechos el uno para el otro.

Logan cerró la puerta del copiloto con más fuerza de la necesaria y rodeó el vehículo. Scarlett tenía razón. Violet y él compartían la misma filosofía acerca del estilo de vida y el trabajo. ¿Por qué entonces le molestaba que no dejara de resaltar ese hecho?

–¿Sabes lo que creo? Creo que un día te despertarás y decidirás que te caigo bien.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Llámalo intuición femenina.

–¿Dices cosas así para molestarme?

–La mayor parte del tiempo sí. Me encanta cuando frunces el ceño. Lo cual es bueno, puesto que eso es lo único que haces.

–¿Y por qué ibas a querer caerme mal?

–Porque los demás hombres me encuentran guapa y deseable. Se hace aburrido. Nuestra relación es de adversarios y agradezco saber en qué punto me encuentro contigo.

–¿No crees que me pareces guapa y deseable?

–Puede que sí. Pero, aunque así sea, es secundario al hecho de que no te caigo bien. Tu sinceridad me resulta algo estimulante.

Solo que no estaba siendo sincero. Ni con ella ni consigo mismo. Scarlett le descolocaba como ninguna otra mujer. Lo cual era una pena, porque no confiaba en ella y jamás iniciaría una relación, física o emocional, con una mujer que guardaba sus secretos con tanto cuidado como Scarlett Fontaine.

Para cuando Scarlett terminó de lamer el chocolate de su cucharilla y la dejó sobre el plato vacío del postre, estaba convencida de que nunca había disfrutado tanto de una cena. Una parte de su satisfacción se debía a la comida, pero la mayor parte era producto de su acompañante.

Logan había estado de mal humor desde que le confesara que su sinceridad le parecía estimulante. No entendía por qué eso le molestaba. ¿No debería ser ella la ofendida? Era él quien había declarado que jamás confiaría en ella.

–Si querías postre –murmuró él–, deberías haber pedido uno para ti.

–Solo quería una cucharada.

–Te lo has comido casi todo –y Scarlett sabía que había disfrutado viendo cómo lo devoraba.

De hecho se preguntaba si lo habría pedido solo por esa razón.

–¿Pedimos otro? Esta vez no te robaré ni un bocado, te lo prometo.

–Se está haciendo tarde. Tenemos que ir al almacén –respondió él mientras pedía la cuenta con un gesto. Después de pagar, salieron del restaurante y se montaron de nuevo en el coche.

–¿Qué clase de secretos crees que tenía guardados Tiberius? –le preguntó ella.

–Secretos peligrosos.

Su tono serio le produjo escalofríos. Se quedó mirándolo mientras las luces de la avenida principal se desdibujaban tras ellos al entrar en una zona de la ciudad en la que los turistas nunca se aventuraban. Él estaba verdaderamente preocupado y ella se sentía menos segura con cada kilómetro que avanzaban.

–¿Qué crees que debería hacer?

–Destruirlo todo.

–Eso no ayudaría en nada. El asesino dará por hecho que tengo copias de todo. O al menos pensará que he revisado todos los documentos y sé todo lo que sabía Tiberius.

Logan gruñó, pero no dijo nada.

Para cuando llegaron al almacén, Scarlett ya había repasado la trama del asesinato y el chantaje desde diversos ángulos detectivescos. Si Tiberius había sido asesinado por los documentos, ¿estaría ella en peligro? Sintió un ardor en el estómago y se arrepintió de haberle arrebatado el postre a Logan.

–¿Estás bien? –preguntó él al detener el coche frente al almacén de Tiberius.

–He interpretado a una prostituta muerta y a una chica de compañía ahogada. No sé si estoy preparada para hacer de ejecutiva hotelera asesinada.

–Esto no es la televisión.

–A eso es a lo que me refiero.

Logan le estrechó las manos y se las apretó.

–Nadie sabe que tú tienes los documentos. No pasará nada.

–Estamos en Las Vegas. En esta ciudad no hay secretos.

–Hay miles de secretos enterrados aquí.

–¿Era necesario que usaras la palabra «enterrados»?

–Me aseguraré de que no te ocurra nada –le prometió él antes de soltarle las manos.

–Es una promesa encantadora, pero tú no estás cerca las veinticuatro horas del día –le recordó, y no pudo evitar sonreír–. A no ser que sea tu manera de decirme que quieres dar un paso más en nuestra relación.

Su gruñido le ayudó a recuperar el sentido del humor. Salió del coche y esperó frente al almacén a que Logan se reuniese con ella. Le entregó la llave y se quedó muy quieta mientras él abría la puerta y la levantaba. El olor a humedad que salió de dentro se parecía al de una librería antigua.

Logan se acercó a la pared y encendió la luz.

–Maldita sea.

La bombilla que colgaba del techo dejó ver que dos de las paredes estaban llenas de archivadores de cuatro cajones. Había cajas de cartón sobre los archivadores y también apiladas en palés en el suelo.

Scarlett dio un silbido.

–Hay ochenta y ocho cajones de secretos aquí, por no hablar de lo que haya en las cajas. Eso es mucha basura –miró a Logan y se dio cuenta de que tenía la mandíbula apretada. No parecía oírla, así que le dio un codazo–. ¿Esperabas que hubiera tanto?

–No. Esto es peor de lo que imaginaba.

–Vamos a tardar un año en revisarlo todo.

Logan se dio la vuelta y se puso frente a ella.

–Vamos no. Tienes que dejar que yo me encargue de esto. Es demasiado peligroso para ti.

–Tiberius me lo ha dejado a mí –su actitud dictatorial era un arma de doble filo. Le gustaba que se preocupara por ella, pero se había marchado de Los Ángeles porque estaba harta de que le dijeran lo que tenía que hacer–. Ni siquiera estarías aquí si no hubieras aparecido justo cuando el abogado de Tiberius se

marchaba de mi despacho.

Por un instante, Logan pareció lo suficiente molesto como para obligarla a volver al coche y enviarla de vuelta al hotel. Él tenía la llave y Scarlett no creía que pudiera quitársela. Lo mejor que podría hacer sería convencerlo de que necesitaban trabajar juntos.

–Entre los dos buscaremos más deprisa –dio un paso hacia delante e imaginó que él retrocedería. Al ver que no lo hacía, ella le apoyó las manos abiertas en las costillas y se acercó más–. Por favor, ¿no podemos trabajar juntos?

Sintió que, bajo las manos, los abdominales se le tensaban notablemente, pero Logan se quedó muy quieto.

–No hay manera de detenerte, ¿verdad?

–No, no la hay –le dirigió una sonrisa petulante y se dispuso a apartarse, pero él la agarró de los brazos, justo por encima de los codos, y la mantuvo allí.

–Juro que, si te ocurre algo por esto… –la besó con fuerza antes de terminar la frase. Silenció su grito de sorpresa e invadió su boca con la lengua. El beso fue ardiente, frenético y salvaje. Scarlett estaba paralizada por la confusión. Para cuando se recuperó lo suficiente como para reaccionar, Logan le deslizó los labios por la mejilla–. Nunca me lo perdonaría –le susurró al oído.

La soltó tan abruptamente que ella se tambaleó sobre sus tacones.

Logan se dio la vuelta con precisión militar y entró en el almacén sin mirar atrás. Scarlett tardó más de lo normal en recuperar la compostura, pero ningún hombre la había besado nunca con tanta desesperación.

Se pasó las manos por las caderas y se dirigió hacia los archivos ubicados en la pared opuesta a la que estaba registrando Logan. Los cajones estaban sin marcar, pero, cuando abrió el primero, examinó las carpetas y vio que estaban llenas de recortes de periódico, notas escritas a mano, copias de documentos y varias fotos. Cuando se detuvo a inspeccionar más detenidamente el contenido, observó que se trataba de información de diversos individuos asociados con el casino Sands, demolido hacía tiempo.

Parecía que Tiberius tenía algo de cada empleado desde la inauguración del casino. No todo era incriminatorio. Parte de la información consistía simplemente en impresiones que había grabado tras conocer a la persona. Pero había carpetas más gruesas sobre otras personas, incluyendo algunos artistas legendarios.

–Esto es asombroso –murmuró mientras se daba la vuelta con

un archivo en la mano–. Tiberius tiene aquí cosas suficientes para mantener ocupado a Grady durante décadas.

Grady Daniels era el hombre al que Scarlett había contratado para que le ayudase a crear la exposición Experiencia Mafiosa. Le encantaba la historia de Las Vegas. Había hecho la tesis doctoral sobre las mafias de chicago, pero, durante su investigación, había aprendido bastante sobre Las Vegas por las migraciones de mafiosos en los años cuarenta y cincuenta.

–Lucas tenía razón –murmuró Logan–. Tiberius era el J. Edgar Hoover de Las Vegas.

–¿Le has contado a tu hermano lo de los documentos?

–Él me lo contó a mí. Hace tiempo que sospechábamos que Tiberius estaba detrás de algo –a juzgar por su expresión, debía de saber más de lo que estaba contándole.

Scarlett decidió proceder con sutileza.

–Encontrar cualquier cosa resultará imposible a no ser que tengamos idea de lo que estamos buscando. O quién podría tener algo que ocultar.

–Y no vamos a encontrar nada esta noche.

–Dame media hora para saciar mi curiosidad, después podrás llevarme a mi suite y hacer lo que quieras conmigo.

La mirada indescifrable que Logan le dirigió indicó que no iba a dignarse en responder a su flirteo. Así que, tras soltar un suspiro, Scarlett siguió examinando el almacén. No le sorprendió descubrir mucha información sobre la mafia, pero resistió la tentación de llevarse algunos de los documentos. Algunas de las notas de Tiberius parecían sacadas de una antigua novela policíaca. Las historias eran fascinantes. Scarlett podría haberse pasado allí días enteros revisando los archivadores, pero Logan empezaba a impacientarse.

Al fin encontró el cajón que estaba buscando. Como era de esperar, había una carpeta bien gruesa sobre su padre. Sus maniobras eran conocidas en toda la ciudad. El archivo de su abuelo no estaba tan lleno como el de su hijo, pero aun así contenía muchos artículos de periódico, así como la historia de la empresa e investigaciones sobre Henry. Tardó menos de un minuto en encontrar otras dos carpetas. Una de su madre. Otra de Violet. Para su sorpresa, Tiberius tenía también una carpeta de la madre de Harper. ¿Qué podría resultarle interesante de una mujer de la alta sociedad neoyorquina?

Scarlett cerró el último armario y llevó su botín a una caja de cartón sin marcar que había junto a la entrada. Pensaba que estaba

vacía hasta que levantó la tapa, pero también contenía archivos. A juzgar por lo que vio, debían de ser algunos de los últimos en los que Tiberius estaba trabajando. Metió en la caja los archivos de su familia y la levantó.

Logan estaba fuera y la miró con impaciencia cuando salió.

–¿Qué es eso?

–Archivos sobre mi familia.

–¿Estás segura de que es buena idea llevártelos?

–Conoces a las madres de Harper y de Violet? Estoy segura de que no hay nada escandaloso en su pasado, además de nuestro padre. En cuanto a mi madre… –le entregó la caja y sacó una foto para enseñársela–. ¿A que era preciosa?

–Has heredado sus piernas.

–¿Te has fijado en mis piernas?

–Es difícil no hacerlo.

Sin saber si lo decía como un cumplido o como una mera información, Scarlett se dirigió hacia el coche sin responder. Logan era un enigma. La mayor parte del tiempo actuaba como si estar con ella agotara su paciencia, pero de pronto se comportaba como si realmente estuviera preocupado por ella. Y, para confundirla más aún, había adquirido la costumbre de besarla cuando le apetecía.

No le caía bien. No la respetaba como empresaria. Por otra parte, ella no era su responsabilidad, así que no tenía por qué preocuparse por su seguridad. Y sus besos asombrosos, confusos y contradictorios no eran el tipo de besos que un hombre le daba a una mujer a la que estuviera intentando seducir. ¿Qué pretendería?

Scarlett lo observó mientras regresaban al hotel. No era el clásico guapo. Tenía el típico atractivo duro y áspero. Musculoso. Al mando. El hombre al que recurrían los demás porque tenía todas las respuestas.

Tampoco era una buena elección para una mujer que solo se sentía segura con hombres a los que pudiera manipular. ¿Se sentiría atraída por el peligro que representaba? Le rompería el corazón en un segundo si le diese la oportunidad. Sería muy fácil. Si al menos a ella no le gustara tanto.

Logan giró la cabeza y la pilló mirándolo.

–¿Qué?

–Estaba pensando que eres un rompecorazones.

Él resopló.

–Creo que me has confundido contigo.

–Yo flirteo, pero no me comprometo. El corazón nunca está implicado. Tú eres completamente sincero. Podrías hacer que una mujer se enamorase de ti sin ni siquiera intentarlo. ¿Por qué no te has casado?

–Si se trata de otro de tus juegos…

–No es ningún juego. Soy muy curiosa. Creo que por eso Tiberius me ha dejado a mí los archivos. ¿Nunca ha aparecido la mujer adecuada?

–En una ocasión estuve prometido.

En vez de instarle a continuar, Scarlett guardó silencio.

–Rompió ella –agregó Logan con el ceño fruncido.

–Lo siento.

–Fue hace diez años –contestó él, como si el dolor fuese un recuerdo lejano, pero Scarlett sospechaba que la herida no estaba del todo curada.

–Eso no significa que deje de doler.

Logan no respondió. Cuando llegaron al hotel, ella le pidió que detuviera el coche en la entrada de empleados. Él intentó devolverle la llave, pero ella negó con la cabeza.

–Encuentra lo que sea que estés buscando.

–¿Por qué crees que voy buscando algo?

–No esperarás que crea que has venido esta noche conmigo porque disfrutas de mi compañía –Scarlett salió del coche y sacó del asiento trasero la caja con los archivos de su familia.

–Scarlett…

–Estaremos en contacto, Logan.

Después, antes de cometer el error de pedirle que subiera a su suite, cerró la puerta del coche y se dirigió a la entrada de personal del hotel.

Capítulo Cinco

Pasó una semana hasta que Logan admitió su derrota con respecto a los documentos de Tiberius. Scarlett tenía razón. Cualquiera podría pasarse décadas revisando todos aquellos datos. El dueño del hotel había acumulado miles de datos interesantes durante años.

El problema era que había tanta información que llevaría una eternidad lograr unir los puntos. Él no tenía el tiempo ni la paciencia necesarios para localizar la aguja escondida en el pajar. Si hubiera tenido idea de lo que buscaba, tal vez hubiera logrado desenmascarar al asesino de Tiberius. Pero, aunque los archivos contenían información incriminatoria, muchas de las personas implicadas llevaban años muertas.

La policía tampoco estaba interesada en revisar los archivos. Estaban vigilando a la esposa de un empresario local. Al parecer, la mujer había tenido una aventura y, tras encontrar un archivo sobre ella en su despacho, la policía tenía la teoría de que Tiberius estaba chantajeándola. Logan no se lo creía. Tiberius recopilaba información sobre la gente, pero no parecía utilizarla. De haberlo hecho, el dueño del casino no habría estado al borde de la bancarrota en el momento de su muerte.

A pesar de no haber tenido suerte, lo último que deseaba hacer era rendirse, pero Scarlett estaba ansiosa por examinar los documentos en busca de material para su exposición, que se inauguraría en pocas semanas. Logan podría haberle dado la llave a uno de sus empleados para que se la devolviera. De hecho eso habría tenido mucho más sentido. Estaba absorto en los datos que Lucas le había enviado desde Dubái. Necesitaban tener lista una propuesta en un par de días y había perdido mucho tiempo buscando en el almacén.

En vez de dejarle la llave a la ayudante de Scarlett, una rubia despampanante con un máster de Harvard, localizó a la propia Scarlett en el casino. La encontró charlando con uno de los supervisores de las mesas. Con el pelo suelto cayéndole por la espalda y un vestido sin mangas, parecía una ejecutiva de éxito. Sintió una presión en el pecho al ver su sonrisa. Siete días separado de ella deberían haber servido para calmar su atracción.

En su lugar, Scarlett había aparecido en sus pensamientos en los momentos más inoportunos.

Desearla había sido su talón de Aquiles durante algún tiempo ya, pero había logrado mantener el control al recordar que era, ante todo, una actriz y una mujer que disfrutaba manipulando a los hombres. Sin embargo, ahora sabía que era algo más que la devora hombres manipuladora que había pensado al principio. Aunque eso no hacía que fuese menos peligrosa. Más bien al contrario. Su fascinación por ella había aumentado considerablemente. Y no toda era sexual. Había disfrutado de su compañía durante la cena. Era una provocadora y disfrutaba poniendo a prueba sus barreras, pero también era una mujer culta y le había sorprendido con todo lo que sabía del pasado y el presente de Las Vegas.

Era más lista e intuitiva de lo que había pensado. Sabía cuáles eran sus límites y contrataba a personas expertas en su campo. Por eso su hotel iba tan bien, lo sabía tras ocho días escuchando a Madison hablar sin parar de lo lista que era Scarlett. Los primeros días, aquella admiración le había preocupado, pero su sobrina no había vuelto a mencionar Los Ángeles.

–Hola, Logan –Scarlett había terminado su conversación con el empleado y se dio cuenta de su presencia–. ¿Buscas a Madison?

–No –Logan tuvo que luchar contra el deseo que le invadió cuando ella se acercó y le permitió oler su perfume–. He venido a devolverte esto –le entregó un sobre con la llave dentro.

–Entonces, ¿has terminado allí? –preguntó ella mientras guardaba el sobre en una carpeta de cuero negra en la que llevaba sus notas–. ¿Has encontrado lo que necesitabas?

–He examinado los archivos de nuestro cliente y me he quedado con cualquier cosa de interés –hizo una pausa. Lucas se enfadaría con él por haber dicho aquello–. También he encontrado varios secretos que jamás deberían ver la luz del sol.

–Entonces así será.

–Eso no puedes garantizarlo.

–Algunos de esos archivos llevan ocultos más de cincuenta años –le recordó ella–. ¿Qué te hace pensar que no pueden seguir así otros cincuenta?

–Que Tiberius fue asesinado por algo que sabía.

–Eso no ha sido demostrado. Además, nadie salvo tú y yo sabe que yo tengo los archivos.

–Te olvidas de John Malcolm.

–Acuerdo de confidencialidad entre abogado y cliente. Él no va

a decir nada.

–Yo me sentiría mejor si los documentos se destruyeran.

–No puedo hacer eso. Grady está deseando empezar con ellos.

Logan notó la determinación en su voz y supo que estaba perdiendo el tiempo. Solo le quedaba la esperanza de que Lucas y él estuvieran equivocados al pensar que había relación entre los documentos y la muerte de Tiberius. Aun así, no podía dejar de pensar que iba a ocurrir algo malo.

–¿Tienes tiempo para una taza de té? –preguntó ella de pronto–. Tengo té verde de ese que os gusta a Violet y a ti.

Logan abrió la boca para rechazar la oferta, pensando que estaría flirteando con él, como siempre, pero entonces vio que hablaba en serio.

–Claro.

–¿Puedo invitarte a mi suite sin que saques conclusiones equivocadas?

–Difícilmente.

–Qué mente tan sucia tienes. Pero necesito tu consejo –entrelazó el brazo con el suyo y lo condujo hacia los ascensores.

–¿Mi consejo sobre qué?

–He descubierto algo en los documentos que me llevé del almacén, y no sé cómo manejarlo.

–¿Qué documentos?

–Los de mi familia. Me llevé el archivo de mi padre porque sentía curiosidad por un hombre del que mi madre apenas hablaba. Es una carpeta bastante gruesa y me llevó tres días revisarla. Tenía aventuras con muchas mujeres. No sé cómo lo soportó la madre de Harper.

–Tal como yo lo veo, dividía su tiempo entre Nueva York, los Hampton y su casa de invierno en Boca Ratón. No sé con qué frecuencia venía a Las Vegas.

–Eso es lo que he deducido yo viendo su archivo –Scarlett hizo una pausa cuando se acercaron al ascensor. Había más gente alrededor y obviamente no quería que nadie la oyera, así que cambió de tema–. ¿Qué tal tu semana? ¿Has tenido suerte?

Logan sabía que se refería a su búsqueda en el almacén.

–En absoluto –respondió–. Tu amigo va a tener mucho trabajo. Hay mucha historia ahí.

–Estará encantado.

–Siento no haber llamado en toda la semana. He tenido unos días muy ajetreados.

–No importa. Yo también tenía muchas cosas que hacer.

–Lucas y yo estamos desarrollando un sistema de seguridad para un jeque de Dubái. Tiene una gran colección de arte que quiere exponer y la logística está resultando ser muy compleja.

Scarlett lo miró con interés mientras hablaba.

–Suena fascinante –murmuró.

Cuando la pareja que iba con ellos en el ascensor se bajó en el duodécimo piso, el espacio pareció encogerse.

–No sé, pero es un desafío.

–Me encantaría saber más sobre lo que hace Seguridad Wolfe, además de encargarse de los casinos –dijo ella cuando las puertas volvieron a abrirse en el decimoquinto piso.

–Tal vez en otra ocasión –y Logan se dio cuenta de que habría otra ocasión. Se le había metido bajo la piel y temía que fuese cuestión de tiempo que se instalase allí de manera permanente–. Ahora, me gustaría saber qué has descubierto en el archivo de Ross.

Scarlett pasó su carpeta de cuero por la cerradura de su puerta. Todas las habitaciones de Fontaine Richesse tenían tarjetas de proximidad para abrir las puertas, en vez de bandas magnéticas. La radio frecuencia de las tarjetas era más difícil de copiar. Logan llevaba tres años sugiriendo que usaran ese método en los hoteles Fontaine porque era más seguro, pero ninguno de los ejecutivos quería actualizarse, hasta que llegó Scarlett y decidió que ese era el sistema que quería para su hotel. Ahora los demás hoteles usaban también tarjetas de proximidad en sus habitaciones.

Antes de entrar en la suite, Scarlett lo agarró del brazo.

–Logan, temo cómo pueda afectar esto a mi familia.

Scarlett entró en la suite y se dirigió a la cocina.

–Voy a poner el agua a calentar. Los archivos están en la mesa. He descubierto algo extraño sobre un viaje de negocios de mi padre.

Logan se sentó en el sofá y se inclinó hacia delante para ver el contenido del archivo. Tiberius había tomado algunas notas sobre los problemas de la cadena hotelera con sus casinos de Macao. Ross había viajado allí a investigar.

–¿Qué estoy mirando?

–¿Ves cuándo se marchó? En julio de 1980. Estuvo fuera cuatro meses.

–¿Y qué tiene eso de significativo?

–Harper nació en junio de 1981 –Scarlett alzó la voz por encima del silbido del hervidor–. Ahora mira el archivo de Penélope.

Penélope era la madre de Harper. Era la única hija del multimillonario Merle Sutton, que había ganado una fortuna con la refinería y los productos químicos, y su matrimonio con Ross Fontaine había supuesto un gran aporte económico para la cadena hotelera en una época en la que, sin saberlo su padre, Ross había adquirido unos terrenos sin los consiguientes permisos medioambientales. Al final no pudieron construir nada en ellos y perdieron varios millones en el proyecto.

Logan abrió el archivo y examinó el informe de un detective privado sobre la madre de Harper. Debajo había varias fotos en blanco y negro que dejaban poco a la imaginación.

–Tenía una aventura –murmuró–. Teniendo en cuenta el hombre con el que estaba casada, no la culpo.

–Al principio creí que Ross había encargado que la investigaran –dijo Scarlett mientras acercaba dos tazas y las dejaba sobre la mesita antes de sentarse junto a él–. Me parecía algo hipócrita por su parte hacer que investigaran a la madre de Harper, cuando él iba detrás de cualquier cosa que llevara falda. Pero no fue él.

–¿Estás segura? –Logan la miró y vio que daba un sorbo a su taza–. ¿Qué tal el té?

–Sabe a hierba podrida –contestó ella, pero dio otro trago–. He investigado al detective privado. Lleva muerto diez años, pero su socio no encontró el nombre de Ross en su lista de antiguos clientes.

–¿Fue Tiberius?

Scarlett negó con la cabeza.

–Puede que Ross estuviera pensando en divorciarse y acudiese a un abogado que, a su vez, contrató a un detective para obtener pruebas de la infidelidad de Penélope. Pero, cuando tuvo las pruebas, ¿por qué no inició divorcio? Y luego está esto –Scarlett abrió un segundo archivo y le mostró un documento–: Los padres de Harper no estaban en el mismo hemisferio cuando ella fue concebida.

–Puede que la concibieran en una breve visita, ya fuera en Macao o aquí, en Estados Unidos.

–Estoy de acuerdo, pero, si lo sumamos al hecho de que la madre de Harper tenía una aventura en d esa época, me parece mucho más probable que este tipo –dijo señalando la fotografía– sea el padre de Harper.

Scarlett observó el rostro impávido de Logan mientras esperaba

a que procesase la información.

–Y ese es el motivo por el que te he invitado a subir –dijo cuando el silencio empezó a hacerse insoportable–. ¿Qué debería hacer?

–¿Qué deseas hacer?

–Si no hago nada, Harper se convertirá en la próxima directora ejecutiva de la empresa.

Logan se recostó y estiró los brazos sobre el respaldo del sofá.

–Después de que tu padre muriera y antes de que a tu abuelo se le ocurriera lo del concurso, ella era la opción más lógica.

–Tiene la educación y la experiencia que hacen falta para suceder a mi abuelo. Pero Violet tiene conocimientos de marketing y más experiencia dirigiendo un hotel de Las Vegas.

–Si compartes lo que sabes, es probable que Harper quedara fuera del concurso y todo se decidiera entre Violet y tú.

–Eso no es lo que deseo.

–¿No deseas dirigir la cadena de hoteles?

¿Podría convencer a Logan de que tener dos hermanas que la quisieran era más importante que convertirse en directora ejecutiva de una empresa multimillonaria?

–Ambos sabemos que yo voy la última en esta carrera. Y, aunque no fuera así, nunca querría ganar si eso significara herir a Harper o a Violet.

–Entonces, ahí tienes tu respuesta.

–Pero no dejo de preguntarme una cosa. Si yo fuera Harper, ¿querría saber que estoy viviendo una mentira? Cuando mi abuelo se puso en contacto conmigo, me enfadé con mi madre por haberme ocultado la verdad sobre mi padre biológico. No sé si es justo hacerle pasar lo mismo a Harper.

–Por otra parte, si no lo hubieras descubierto, seguirías en Los Ángeles.

–Descubrir que era una Fontaine fue algo maravilloso. Gané una familia entera de la que antes no sabía nada. Si le cuento a Harper la verdad, ella perderá a toda su familia. Y la conozco lo suficiente como para saber que se retiraría del concurso y renunciaría a Fontaine Ciel. Y, si eso pasara, sería culpa mía.

–¿Y si su sueño no es dirigir la empresa?

–Ha estado preparándose toda su vida para eso.

–El hecho de que creas que tu vida va a ser de una manera concreta no significa que sea lo mejor para ti.

–¿Crees que debería decírselo?

–¿Qué deseas hacer?

–Cederle el problema a otro –sugirió ella–. ¿Te apetece ser portador de malas noticias?

–Yo no pienso implicarme. Tiberius te dejó a ti los archivos.

–Y yo te he pedido que me ayudes a tomar una decisión.

–Me has pedido consejo.

–Es lo mismo.

–En realidad no, pero, ya que me lo pides con tanta amabilidad, te diré que creo que ser sincera con Harper es la mejor opción. Dale el archivo, no le digas lo que contiene y deja que ella decida lo que quiera.

Su consejo no le quitó aquel peso de los hombros.

–No quiero ocultarle nada importante a Harper. Y podría estar sacando conclusiones precipitadas. Es posible que Harper sí sea hija de Ross –aunque en el fondo creía que llevaba razón y que decirle a su hermana lo que sospechaba le causaría más daño que otra cosa–. Me has dado mucho en lo que pensar –colocó la mano sobre la suya–. Gracias.

Durante unos segundos Logan se quedó quieto. Después, se puso en pie abruptamente.

–Tengo mucho trabajo en el despacho –dijo–. Gracias por el té.

–Si no te lo has bebido. Logan… –no llegó antes de que saliera por la puerta, pero su voz hizo que él se detuviera– ¿quieres cenar conmigo mañana por la noche?

–No creo que sea buena idea.

Scarlett estaba preparada para su respuesta.

–Oh, no en ese sentido –contestó riéndose–. Desde luego, te lo tienes muy creído. Pensaba que podríamos hablar de lo que vamos a hacer para la fiesta de cumpleaños de Madison. Solo se cumple dieciocho años una vez y, sin sus padres aquí, pensaba que podríamos hacer algo especial.

–¿Qué tenías pensado?

–Cena conmigo mañana y te lo contaré.

–¿No puedes contármelo ahora?

–No tengo aquí las notas y tengo que prepararme para una videoconferencia dentro de media hora. ¿Mañana a las ocho? Reservaré mesa en Chez Roberto.

–A las ocho.

Logan asintió secamente, pero no se marchó. Ella contuvo la respiración mientras esperaba a que se moviese o dijese algo. Él le recorrió el cuerpo con la mirada antes de fijarse en sus labios.

A lo largo de la semana había revivido sus besos una y otra vez. Había intentado entender lo que sentía por ella, cuando lo

más probable era que fuese simple lujuria. ¿Acaso su ausencia de los últimos días no demostraba su falta de interés?

Estaba volviéndose loca.

Por eso se había inventado la excusa para cenar al día siguiente. Era capaz de preparar una fiesta de cumpleaños para Madison sin ayuda. Simplemente deseaba pasar más tiempo con Logan.

Para su sorpresa, Logan le colocó la palma de la mano en la mejilla. Hipnotizada por aquel gesto, Scarlett se agarró al marco de la puerta para no caerse mientras él se agachaba para besarla.

–A las ocho –repitió Logan cuando se apartó. Un segundo más tarde se alejó por el pasillo y la dejó allí, con las rodillas temblorosas.

Había vuelto a hacerlo. Logan entró en su casa y tiró las llaves del coche sobre la encimera. Era incapaz de marcharse sin hacer nada. Había estado a punto de lograrlo hasta que Scarlett le había detenido. Debería haber puesto una excusa y haber salido de allí. En vez de eso, se había quedado y había accedido a cenar con ella de nuevo. ¿Por qué? Para poder hablar de la fiesta de cumpleaños de Madison. Le daba la impresión de que ella ya lo tenía todo planeado. Se trataba de una excusa para atormentarlo con otro postre de chocolate.

Y había accedido. Como si no supiera lo que se proponía. Y peor aún, había sucumbido a la necesidad de volver a besarla. Aprovechaba cualquier excusa para hacerlo.

Madison estaba sentada en el sofá de la sala de estar cuando él paso por delante. Junto a ella estaba el chico al que tanto veía últimamente. Trent algo, hijo de uno de los gerentes del restaurante de Scarlett. Ella había hecho que los adolescentes se conocieran, lo que hacía que Logan desconfiara del chico. Pero había llamado a uno de sus empleados y había obtenido información de Trent que hacía que no estuviese muy preocupado.

Estaban los dos sentados mirando el portátil que tenía el chico en su regazo. Era la primera vez que veía a Madison sonreír de felicidad en aquella casa.

–Hola, tío Logan.

–Hola, Madison. Trent –saludó al chico con un movimiento de cabeza–. Madison, ¿piensas quedarte a cenar?

–Sí. ¿Te importa que Trent cene con nosotros?

–Cuantos más mejor.

Logan los dejó y se fue al dormitorio principal. Por mucho que deseara saber qué estarían mirando en la pantalla del ordenador, no se lo preguntó. Trent era un buen chico. Pasar tiempo con él mejoraba la actitud de Madison.

Tras pasar media hora nadando en la piscina, se duchó y se dirigió a la cocina. Para su sorpresa, Madison había decidido cenar en el comedor. Había hecho que la señora Sánchez, el ama de llaves, pusiera la mesa con la porcelana y la mejor vajilla.

Logan se sentó presidiendo la mesa y esperó a que los adolescentes se hubieran sentado también antes de comenzar con el interrogatorio.

–Madison me ha dicho que el próximo otoño empezarás segundo en la universidad –le dijo a Trent–. ¿A qué universidad vas?

–Estudio en Duke.

Logan se volvió hacia Madison.

–¿No me dijo tu madre que te habían dado plaza en Duke? –tal vez aquel chico le gustara lo suficiente como para seguirlo hasta la universidad en Carolina del Norte. Sus padres estarían encantados.

–Sí –contestó su sobrina con una mirada de advertencia–. También me han admitido en Brown, en Cornell y en el alma máter de mi madre, Amherst.

–Vaya –dijo Trent con admiración–. Eso es impresionante.

–Supongo –estaba tan triste con el tema que, por primera vez, Logan sintió pena por ella.

–¿Supones? –preguntó Trent–. Yo pedí plaza en Brown y en Cornell y no me admitieron.

–Lo que quiero decir es que esas no eran las universidades en las que quería entrar. No me admitieron en la que más me gustaba.

–¿Qué universidad podría rechazarte?

Logan se quedó muy quieto, con la esperanza de que Madison se olvidara de que estaba allí y siguiese hablando.

–No importa. No me admitieron y no me interesa entrar en ninguna de las universidades a las que mis padres quieren que vaya.

Trent era lo suficiente listo para darse cuenta de que era un tema delicado, así que, en vez de seguir insistiendo, se llevó el tenedor a la boca y masticó con placer. Madison se dedicó a jugar con la ternera de su plato. Parecía absorta en sus pensamientos.

Logan cenó mientras reflexionaba sobre lo que había descubierto aquella noche. Madison no se oponía a ir a la

universidad, simplemente no quería ir a las que querían sus padres. Y se había quedado decepcionada tras poner todas sus esperanzas en la misma cesta.

Tal vez, si Paula y Ran le permitiesen tomar sus propias decisiones, acabaría por ir a la universidad en otoño. Llamaría a Paula por la mañana para hablarlo con ella.

Scarlett estaba sentada en el sillón de su dormitorio, con los pies recogidos y mirando por la ventana, que tenía vistas a las montañas que rodeaban Las Vegas.

Faltaba una hora para su cita con Logan y aún tenía que ducharse y vestirse. Había terminado de trabajar a las seis para tener tiempo suficiente para prepararse, pero llevaba una hora allí sentada, fantaseando.

No. Eso no era cierto. Estaba esperando. Esperando a que Logan llamase y cancelase la cita.

Miró el reloj de la mesilla de noche y frunció el ceño. Logan no era de los que dejaban plantada a una chica en el último momento. ¿Sería posible que no fuese a cancelar después de todo? Se puso en pie de un salto. Solo tenía una hora para prepararse. ¿Cómo se le había ocurrido esperar tanto?

Le sonó el móvil cuando llegó a la puerta del cuarto de baño. Regresó a la cómoda y agarró el teléfono. Para su tranquilidad, no era Logan.

–¡Bobby! –exclamó. No había hablado con el productor de televisión en más de seis meses–. Qué sorpresa tan agradable.

–Scarlett, Los Ángeles te echa de menos, debes volver a casa.

–Ahora mi casa está en Las Vegas.

–Tonterías. Tú eres actriz, no directora de hotel.

–Antes era actriz. Al menos cuando me salía trabajo, que no era muy a menudo.

–Eres una actriz maravillosa. Simplemente no te ofrecían los papeles adecuados. Y por eso te llamo. Tengo algo que sería perfecto para ti.

Scarlett suspiró. Ya había oído eso antes. Bobby le había ofrecido numerosas oportunidades, pero los directores no pensaban lo mismo de su talento que Bobby.

–Estoy muy feliz aquí, Bobby.

–Tonterías. Eres actriz. Necesitas actuar. Al menos ven a Los Ángeles para una reunión.

–Me he comprometido a quedarme aquí y dirigir el hotel –no le

explicó lo del concurso de su abuelo ni el orgullo que sentía por todo lo que había logrado en los últimos cinco años–. Pero eres un encanto por pensar en mí.

–Voy a enviarte el guion –continuó Bobby–. No tomes ninguna decisión hasta haberlo leído.

–Estaré encantada de leerlo, pero no puedo prometer nada.

–Podrás cuando hayas terminado. Tengo que colgar. Te quiero.

Se duchó y se vistió a toda velocidad. A las ocho menos cuarto llamaron a la puerta. Aún tenía los bigudíes en el pelo y no había terminado de maquillarse. Maldijo a Logan por llegar antes de tiempo, se quitó los bigudíes y se agitó la melena.

–Llegas pronto –declaró mientras abría. Pero no era Logan quien se encontraba al otro lado, sino un hombre con un pasamontañas–. ¿Quién…?

Antes de que pudiera terminar la frase, recibió un puñetazo en la mandíbula. Vio las estrellas. Después, la oscuridad.

Capítulo Seis

A cada hora que pasaba, Logan iba impacientándose más por la velada que le esperaba. A las seis y media ya estaba de mal humor, o al menos eso fue lo que le había dicho su ayudante. Después Madison también se había quejado de su mal humor al llegar a casa.

Ahora, mientras conducía hacia Fontaine Richesse, se daba cuenta de que su estado de ánimo mejoraba de manera alarmante. Estaba deseando pasar la velada con ella.

Cuando llegó al hotel, eran las ocho y cinco. Llamó a Scarlett al móvil, pero ella no respondió. Al acercarse a la puerta de la suite, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. Al verla tirada en el suelo, corrió hasta ella. Entró en la suite justo cuando ella se llevaba una mano a la mandíbula y abría los ojos. Se arrodilló a su lado y Scarlett soltó un grito de dolor.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó.

–He abierto la puerta y un hombre me ha golpeado.

–¿Cómo era?

–Llevaba un pasamontañas. Solo recuerdo que me ha pegado y después todo se ha quedado a oscuras.

–¿Hace cuánto tiempo? –preguntó Logan mientras llamaba a la seguridad del hotel.

–Eran las ocho menos cuarto. Alguien llamó. Pensé que serías tú. Estaba enfadada contigo por llegar temprano. No había terminado de arreglarme el pelo ni de maquillarme.

–Estás preciosa –respondió él bruscamente.

Contestaron al teléfono y explicó brevemente la situación. Seguridad llamaría a la policía y se centraría en localizar al tipo. Sería todo un desafío encontrar a un hombre con cazadora negra y vaqueros en un hotel tan grande como aquel.

Nada más colgar el teléfono, tomó en brazos a Scarlett y la llevó al dormitorio.

–¡No! –exclamó ella tirándole de la chaqueta para llamar su atención–. Ahí no…

–No tengo pensado aprovecharme de ti.

–No sabía qué ponerme esta noche, así que… –se quedó mirándolo de pronto–. Logan Wolfe, ¿acabas de hacer un chiste?

Él arqueó las cejas como respuesta.

–¿Dónde quieres que te deje?

–En el sofá. Y después, si no te importa, tráeme el paquete de judías de lima que hay en el congelador.

–¿Judías de lima? –preguntó él mientras la dejaba en el sofá y le colocaba un cojín detrás de la cabeza.

–Resulta que me gustan las judías de lima.

–A nadie le gustan las judías de lima.

–¿Ni siquiera a alguien tan sano como tú?

–Ni siquiera a mí –le acercó el paquete de judías congeladas y se lo puso con cuidado en la mandíbula–. ¿Dónde tienes ibuprofeno?

–En el armario de la cocina, a la derecha del fregadero.

Fue a por las pastillas y le llevó un vaso de agua. Después agarró una manta que había en una silla y se la extendió por las piernas. Una parte de él se daba cuenta de que estaba exagerando, pero necesitaba actuar.

–No parece que se hayan llevado nada. ¿Tienes tus cosas de valor bajo llave?

–Tengo una caja fuerte para las joyas. No hay muchas más cosas de valor aquí –miró entonces hacia la mesa del comedor–. Los archivos.

–¿Los que te llevaste del almacén? –desde donde se encontraba, Logan veía que la caja seguía sobre la mesa, pero el número de archivos parecía menor–. Faltan algunos.

–¿Cuáles?

Scarlett bajó los pies del sofá y empezó a levantarse. Antes de poder incorporarse del todo, se tambaleó. Logan la agarró por la cintura y la estrechó contra su cuerpo. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

–Más despacio –susurró él mientras le recorría la espalda con la mano.

–Tengo que saber cuáles faltan. ¿Y si se descubre la información de Harper? Tengo que contarle lo que he descubierto.

–Ahora mismo no podemos hacer nada al respecto. Has perdido el conocimiento por el golpe. Creo que deberías ir al hospital.

–No es necesario.

Antes de que Logan pudiera protestar, llamaron a la puerta.

–Siéntate. Hablaremos de lo del hospital en cuanto testifiques ante la policía y los de seguridad.

Para cuando hubo testificado y hubieron buscado huellas en la suite, Scarlett estaba bastante agitada. La presencia de Logan ayudaba a calmar su ansiedad al ver que invadían su intimidad de esa forma. El paquete de judías había ayudado a aliviar el dolor de la mandíbula, pero nada lograba hacer que dejara de preocuparse por los archivos desaparecidos.

El ladrón se había llevado los archivos de Harper, de su madre, de su abuelo y el suyo también. Además, aunque Scarlett aún no había examinado los archivos que había en la caja originariamente, pensaba que también faltaban dos de esos.

–No podría haber hecho esto sin ti –le dijo a Logan cuando los agentes se marcharon.

–Me necesitabas y aquí estaba.

Y en cambio ahora parecía como si deseara estar en cualquier otra parte.

–Supongo que tienes que irte a casa.

–He llamado a Madison para decirle dónde estaba y he enviado a uno de mis hombres para que la vigile.

–Seguro que eso le encantará –respondió Scarlett, y utilizó su tono escéptico para disimular la necesidad de acurrucarse contra su pecho y sentir el consuelo de sus brazos rodeándola.

–Vigilará la casa desde la carretera. Ella no se dará cuenta.

–¿Crees que está en peligro?

–No.

–No te creo –respondió ella al verle el ceño fruncido.

–Hasta que sepamos qué sucede, prefiero no correr riesgos.

–Probablemente deberíamos contarles a Violet y a Harper lo que ha pasado.

–Ya está hecho –había estado ocupado mientras ella prestaba declaración a la policía–. Te llamarán mañana.

–Entonces supongo que no me queda nada por hacer –la frase quedó suspendida en el aire entre ellos. Necesitaba que Logan se quedara, pero no podía admitirlo.

–No creo que sea buena idea que te quedes sola aquí esta noche.

El estómago le dio un vuelco. Normalmente él no ofrecía su ayuda igual que ella no la pedía. Aquel cambio en su actitud hacía que fuese más peligroso que cien enmascarados juntos.

–Estoy segura de que no me pasará nada si no dejo entrar a nadie –intentó dirigirle una sonrisa tranquilizadora, aunque no lo logró.

–Da igual –respondió él con determinación–. Voy a quedarme.

Ya le había permitido tomar el control de la situación. De hecho, había disfrutado teniéndolo al mando. Pero dejar que supiera lo mucho que deseaba su compañía podría darle ventaja en el futuro.

–De acuerdo –dijo ella–. De todas formas no tengo fuerzas para echarte.

–De nada.

–La habitación de invitados está preparada, por si quieres usarla el resto de la noche.

–El sofá me parece bien.

–¿No quieres acomodarte demasiado en mi suite?

–Si vuelve alguien, entrará por esa puerta –señaló por encima del hombro hacia la puerta del pasillo.

Scarlett se estremeció. La idea de que el ladrón pudiera volver le daba miedo. De pronto le costaba respirar. Empezó a sentirse mareada y tuvo que apoyar la frente en las rodillas.

–Scarlett –Logan se arrodilló a su lado y le puso una mano en el hombro–. ¿Estás bien?

–Sí –se incorporó de nuevo y se secó las lágrimas.

–¿Quieres dejar de hacer como si no pasara nada cuando es evidente que estás disgustada?

–Claro que estoy disgustada. ¿Acaso no debería estarlo? Me han atacado, y lo que se ha llevado el ladrón podría tener consecuencias fatales para mi familia.

–Lo que necesitas ahora es dormir –dijo él ofreciéndole una mano.

Su sugerencia tenía sentido, pero ella no se movió. Era mucho más agradable estar en la misma habitación que él, pero no podía decírselo.

–¿Me estás mandando a la cama? –dejó que la levantara y se obligó a sonreír–. La mayoría de los hombres me acompañarían hasta ella.

–Entonces la mayoría de los hombres son imbéciles por aprovecharse de ti en un estado tan vulnerable.

–La mayoría de los hombres no pueden contenerse. Me encuentran irresistible.

–Es un sentimiento muy poderoso para ti, ¿verdad?

–¿Qué tiene de malo sentirse poderosa?

–Nada. A no ser que tengas que ser así todo el tiempo.

–No tengo que serlo. No hay nada que haga bien a tus ojos, ¿verdad?

Se dio la vuelta antes de que el deseo de lanzarse a sus brazos

fuese demasiado fuerte. Sentía que le pesaban los pies mientras atravesaba el salón. A cada paso que daba, los latidos de su corazón iban calmándose. Esperaba que él fuera tras ella, que la tomara en brazos y la llevase hasta la cama. Al ver que eso no ocurría, cerró la puerta de su dormitorio y fue dejando un rastro de ropa tras de sí. Desnuda, se dejó caer sobre la cama.

Pero el cansancio de su cuerpo no se correspondía con el estado de su mente. Se quedó tumbada boca arriba, mirando al techo, dando vueltas en su cabeza al robo de los archivos. ¿El ladrón se los habría llevado sin ver lo que eran porque tenía prisa? ¿O habría entrado allí específicamente porque buscaba algo que había en ellos?

Scarlett había repasado los archivos de su familia una docena de veces. El único dato dañino era que el padre de Harper no fuese Ross Fontaine, y Scarlett no imaginaba que Penélope pudiera contratar a alguien para que robase los archivos. Tenía que ser otra cosa. ¿Qué estaría pasando por alto?

Cerró los ojos y repasó mentalmente el contenido del archivo de su padre, pero lo único que logró fue que le aumentase el dolor de cabeza. Ross había sido un mal marido, pero eso no era ningún secreto. Prefería buscarse mujeres jóvenes y solteras para que no hubiese maridos celosos. Y su gestión de la cadena hotelera había sido más torpe que despiadada, así que era improbable que se hubiera creado enemigos entre los demás propietarios de hoteles en Las Vegas.

Scarlett no entendía por qué el ladrón podría querer los archivos. Y entonces recordó el resto de cosas que había en la caja. Absorta por el drama que rodeaba a su familia, solo había mirado esos otros archivos una vez.

Casi todo el material era sobre Preston Rhodes, el cuñado de Tiberius, actual presidente ejecutivo de Propiedades Stone, que tenía sus oficinas centrales en Miami, Florida. Igual que la cadena Fontaine, Propiedades Stone poseía hoteles y complejos turísticos por todo el mundo.

En una ocasión, ella le había preguntado a Tiberius por qué no trabajaba para la compañía que había fundado su padre, y descubrió que su cuñado había urdido un plan para echarlo del negocio familiar y así poder quedarse él al mando.

No era de extrañar, por tanto, que Preston nunca hubiese puesto un pie en Las Vegas. Propiedades Stone tenía un hotel en la ciudad: Titanium. El director era J. T. Stone, sobrino y tocayo de Tiberius. El hotel, de cinco estrellas, se encontraba ubicado a

varias manzanas de los tres hoteles Fontaine.

Pasó una hora, pero no podía dormirse. La presencia de Logan en el salón hacía que estuviese nerviosa. Finalmente, se levantó, se puso un chándal rosa chillón y se quedó unos minutos con la mano en el picaporte, pensando en qué excusa utilizar para desear su compañía. Al final dio igual porque, cuando llegó al salón, Logan no estaba allí.

Le resultó difícil ignorar su decepción mientras se dirigía a la cocina a por una botella de agua. En vez de bebérsela, se la puso contra la mandíbula magullada. Sintió el frío y, sin previo aviso, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Cuando las lágrimas comenzaron a resbalarle por las mejillas, se abrió la puerta de la suite. El corazón le dio un vuelco, pero se quedó paralizada por el pánico. Al ver a Logan, respiró aliviada.

–Has vuelto.

–Nunca me he ido.

–No estabas cuando he salido a por agua.

–He salido al pasillo para hablar con Lucas. No quería molestarte –mientras hablaba, se acercó a ella–. ¿Sigue doliéndote la mandíbula?

Se había acercado demasiado y, antes de que pudiera cuestionar sus acciones, Scarlett se pegó a su cuerpo. Le rodeó la cintura con los brazos y sintió que se tensaba. Pero, cuando él le puso las manos en los hombros, no fue para apartarla, sino para acercarla más.

–No te preocupes –le dijo–. Estás a salvo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, supo que era cierto. Dejar que alguien cuidara de ella no era cómodo para Scarlett. Había aprendido a desconfiar al llegar a la pubertad. El hermano mayor de uno de sus compañeros de reparto la había acorralado en un camerino y le había metido la lengua hasta la garganta. Después había amenazado con decir que ella se le había insinuado si le contaba a alguien lo sucedido. Ella tenía doce años y empezaba a comprender lo que significaba ser mujer.

–No siempre soy fuerte –le dijo a Logan–. A veces me aterroriza pensar que lo que hago está mal.

Logan le acarició el pelo.

–A mí has conseguido engañarme.

–Esa era la idea.

Logan condujo a Scarlett al sofá. Se sentaron juntos en el

centro, Scarlett se acurrucó a su lado y sonrió cuando él le pasó un brazo por los hombros. Fue un momento tranquilo, íntimo, muy distinto de sus habituales encuentros tempestuosos. La intrusión en su casa había roto una armadura.

Por primera vez, Logan no se cuestionaba si su miedo era real o fingido para hacer que sintiera compasión por ella.

–Es difícil saber lo que piensas, Scarlett Fontaine.

Aquella noche la había visto más alterada que nunca. Tanto que no se atrevía a decirle que tenía miedo.

–Odio admitirlo, pero sacas lo peor de mí.

–¿Por qué?

–Supongo que deseo demasiado gustarte.

Su declaración le pilló por sorpresa. ¿Habría recuperado las fuerzas? ¿Se trataba de una actuación?

–¿Por qué te importa lo que yo piense?

–Porque me gustas y sé que no apruebas mi manera de ser.

Logan no podía creerse lo que estaba oyendo.

–¿Por qué te importa lo que yo piense?

–No hay mucha gente a la que yo no le guste. Sé que eso suena mal, pero siempre se me ha dado bien ganarme a la gente.

–Te he visto en acción muchas veces.

–Lo noto en tu voz. No apruebas mi manera de comportarme.

–¿Te has parado a pensar lo ridículo que resulta decir que deseas gustarme cuando te has mostrado provocadora y difícil siempre que has podido?

–Simplemente respondo a tu desprecio. Llámalo instinto de supervivencia.

¿Acaso él no la había provocado a ella también?

–¿Declaramos una tregua?

–¿Has perdido el interés en mí porque las cosas se han vuelto aburridas entre nosotros? –sus ojos verdes habían recuperado su brillo perverso–. Parte de la razón por la que me encuentras tan atractiva es que siempre te hago dudar.

–¿Estás segura de que te encuentro atractiva?

Nada más terminar de lanzar el desafío, Scarlett le colocó una mano en el muslo. Los músculos se le tensaron en respuesta y ella sonrió. El hecho de que estuviera tocándolo solo para demostrar algo fue la única razón que le impidió recostarla en el sofá.

–Si supieras todos mis secretos –dijo Scarlett–, te resultaría increíblemente aburrida.

–No creo que eso sea posible.

Al diablo con su decisión de no aprovecharse de ella en un

estado vulnerable. Había un máximo que un hombre podía soportar. Y la presión que sentía bajo el pantalón exigía que se rindiese.

Se inclinó y le dio un beso lento. Ella gimió y se retorció hasta que empezó a deslizarse hacia atrás. Logan, que no quería separarse de ella ni un segundo, dejó de besarla un instante, le puso las manos bajo las nalgas y la recolocó en el sofá.

–¿Estás bien? –preguntó él cuando se colocó encima y vio su ceño fruncido. Le apartó el pelo de la cara y vio donde le habían golpeado–. Si te duele la mandíbula, deberíamos parar.

–No te preocupes por eso.

–Está un poco hinchada.

–Estoy bien.

–¿De verdad?

–Cállate y bésame.

Por mucho que la deseara, Logan no pensaba precipitar el momento con el que llevaba semanas fantaseando. Pensaba explorar cada centímetro de su piel, saborear cada suspiro, absorber por completo su rendición.

Empezó a darle besos suaves en los labios y ella le alentó con sus murmullos. Aprisionada bajo su cuerpo, no podría retorcerse ni volverle loco con movimientos provocativos, pero tenía las manos libres y las usó a su favor.

Tras revolverle el pelo y recorrerle la espalda, le agarró de la camisa y se la sacó de los pantalones. Logan se preparó para sentir el primer contacto de su piel contra la de ella y siguió seduciéndola lentamente con los labios y con la lengua. Ella suspiró al colocar las manos en sus lumbares. Logan no pudo evitar el escalofrío que le atravesó el cuerpo cuando ella le recorrió los costados con las uñas.

Ignoró el calor que crecía entre ellos, le puso una mano en la mejilla y le lamió los labios. Sintió que estaba sonriendo. La besó en la nariz y sonrió también al oír su suspiro.

–¿Por qué estás tan impaciente? –le preguntó antes de morderle el labio inferior con suavidad.

Ella le clavó las uñas en la espalda.

–Porque cinco años de preliminares son mucho tiempo.

–¿Cinco años? –preguntó él mientras le acariciaba con la nariz la piel de detrás de la oreja–. ¿Es eso lo que hemos estado haciendo todo este tiempo?

–Por supuesto –contestó ella, y ladeó la cabeza para que pudiera acceder mejor a su cuello.

–¿Cómo lo sabes?

–No pensarás que toda esa enemistad entre nosotros era algo más que energía sexual frustrada, ¿verdad?

–¿Estás diciendo que me has deseado todo este tiempo?

Intentó que su voz sonara sorprendida, pero terminó conteniendo un gemido cuando ella logró liberar su pierna izquierda. Al doblar la rodilla, pudo aprisionar sus caderas entre sus muslos.

–Por supuesto.

La creyó porque, cada vez que se tocaban, el mundo se tambaleaba. En aquel lugar en el que se decían la verdad tanto con palabras como con sus cuerpos, corría el peligro de precipitarse al vacío.

¿Sería esa la razón por la que había dudado de ella todos esos años? ¿Porque sospechaba que, si tenían una conversación civilizada, tendría que asumir que estaba loco por ella?

–Hazme el amor, Logan –le rogó ella cuando el silencio se alargó demasiado–. No me hagas esperar más.

–Es lo que más deseo –admitió él–. Pero vayamos con calma.

–¿Con calma?

–Con calma –confirmó–. Merece la pena saborearte. Relájate –volvió a reclamar sus labios y la calmó con besos suaves y románticos–. Tenemos toda la noche.

Scarlett dejó a un lado su impaciencia y permitió que Logan marcase el ritmo. El roce de sus labios resultaba tranquilizador, y la niebla del deseo se disipó de su mente y le ofreció la oportunidad de disfrutar del tacto de su cuerpo fuerte. Se concentró en relajarse y en ignorar el ansia. Logan tenía razón, habían esperado mucho. ¿Por qué precipitarse ahora?

–¿Por qué sonríes? –le preguntó Logan.

–Nunca me había besado con alguien en el sofá de esta manera.

–¿Nunca? Me cuesta creerlo.

–Es cierto. Besuquearse es algo que haces con tu novio en el sofá de tus padres o en el asiento trasero del coche de tu novio.

–A mí me parece que tenías acceso a un novio y a un coche o a un sofá.

–No fui una adolescente normal. Para empezar, no fui a una escuela normal. Tenía tutores y estudiaba entre escenas. Para continuar, a mi novio de aquella época le gustaba ir de fiesta con sus amigos a clubes.

–Ah, cierto. Por entonces salías con el chico de aquella banda.

–Empezamos a salir cuando teníamos quince años. Cuando me

echaron de *Es nuestra Hilary* porque mi imagen estaba volviéndose demasiado sexy y solo me ofrecían papeles de chica mala, intenté limpiar mi imagen y recurrí al voto de castidad hasta que me casara –los paparazzi habían disfrutado con aquella historia. Will, sin embargo, había reaccionado como lo haría cualquier chico normal de dieciocho años y la había dejado.

–¿Eres virgen? –preguntó Logan intentando no reírse.

–No seas absurdo –para castigarlo, movió las caderas y frotó la pelvis contra su erección–. Cuando Will y yo rompimos, descubrí que el celibato no era todo lo que se suponía que debía ser.

–Así que nunca te habías besuqueado en un sofá –dijo él–. ¿Algo más que debería saber?

–Una confesión por día es lo único que vas a obtener.

–A este ritmo, tardaré el resto de mi vida en conocerte.

–No se me había ocurrido pensar que fueses a dejar pasar tanto tiempo. Eres muy impaciente a la hora de obtener respuestas.

–Merece la pena esperar por algunas cosas.

No era propio de Logan ser críptico, pero Scarlett no pudo seguir interrogándole. Volvió a besarla con más intensidad y ella supo que había llegado la hora de la verdad.

Cuando se había vestido, no había planeado que Logan fuese a recorrer sus curvas con las manos, pero ahora se alegraba de no haberse puesto ropa interior. Se dio cuenta del instante en que los dedos de Logan descubrieron su secreto.

–Scarlett –murmuró él al sentir que su pezón ponía duro bajo la palma de su mano–. Qué cosas me haces.

Scarlett arqueó la espalda y dejó al descubierto su cuello. Tras deslizar los labios por su clavícula, empezó a darle besos en el hueco del hombro. Después le acarició con la barbilla el borde de la ropa mientras le besaba el esternón y se acercaba al escote.

La cremallera de su chaqueta cedió bajo la presión de los dedos de Logan. Se estremeció al sentir el aire frío en su piel desnuda, pero él le cubrió de besos las costillas y la calentó una vez más. El deseo le recorrió el cuerpo cuando Logan terminó de desabrocharle la chaqueta y empezó a besarle el abdomen.

Sintió la impaciencia consumirle por dentro, pero Logan se negaba a ir a la velocidad que ella buscaba. Ahora, en vez de besarle los labios y el cuello, prestaba atención a su vientre, a sus costillas y al punto situado justo encima del hueso de la cadera.

–Logan, hay otras partes de mi cuerpo que ansían tus atenciones –tiró de su camisa para que dejara de ignorar sus pechos.

–¿Ah, sí? –preguntó él mientras iba subiendo con besos–. ¿Y cuáles son esas partes?

–Mis pechos se sienten muy solos –se los agarró con las manos para ofrecérselos.

Él sonrió y le lamió un pezón.

–Son preciosos. Estaba reservándolos para más tarde.

–Para más tarde no –insistió ella mientras él volvió a lamerle el pezón–. Ahora.

–Lo que tú digas.

Scarlett gimió cuando él se metió el pezón en la boca y succionó. Le hundió los dedos en el pelo negro y se agarró con fuerza mientras se dejaba llevar por el placer.

–Más –ordenó ella mientras Logan se centraba en su otro pecho–. Necesito más.

–Enseguida.

Pero el deseo aumentaba muy deprisa y llevaban los dos demasiada ropa. Le agarró el cinturón y tiró para llamar su atención.

–Esto te lo quitas.

Metió los dedos bajo la cinturilla de los pantalones y se los bajó. Sabía que no podría quitárselos del todo, pero esperaba que él captara la indirecta y la ayudara.

–Aún no.

Pero, cuando Logan estiró el brazo para apartarle la mano, ella aprovechó el momento y le puso los dedos en el pubis.

–Sí –murmuró mientras separaba más los muslos para alentarle a explorar. Fue recompensada al sentir su dedo en su lugar más húmedo–. Justo ahí.

Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y centró toda su atención en la lengua de Logan, en su pecho y en las caricias de sus dedos entre las piernas. Sintió la tensión en sus músculos y supo que lo que él había querido prolongar avanzaba a su propio ritmo, ganando velocidad y llevándolos a su destino.

Su propio cuerpo también iba tensándose. Sonrió al sentir de nuevo los besos de Logan bajando por su cuerpo. En esa ocasión no se detuvo en su vientre, sino que continuó lentamente hacia el lugar que más le quemaba.

Logan le bajó los pantalones. La sangre le palpitaba con fuerza y le nublaba la visión. Parpadeó. Necesitaba concentrarse en aquel cuerpo exquisito que iba desnudando poco a poco; esos pechos

grandes, esa cintura estrecha y aquel vientre plano. Era absolutamente perfecta. Y toda suya.

Terminó de quitarle los pantalones, se acomodó entre sus muslos y le agarró las nalgas con las manos. Scarlett abrió los ojos cuando le puso la lengua en la piel y empezó a beber de su esencia. Exigente como se había mostrado unos segundos antes, ahora se derretía como si fuera mantequilla con sus besos. Le agarró con los dedos la camisa y tiró con tanta fuerza que le rasgó las costuras.

Logan abrió los ojos y vio cómo se deshacía. Mientras se aproximaba al clímax, él experimentó un profundo sentimiento de gratitud por estar allí, dándole placer. Scarlett abrió la boca, tensó el cuerpo y pronunció su nombre con un gemido.

Mientras ella regresaba a la tierra, Logan se incorporó y se quitó la ropa. Sacó un preservativo de su cartera y se lo puso. Se olvidó de su determinación de tomarse su tiempo y ver sus muslos abiertos y sus brazos extendidos. Volvió a tumbarse y colocó las caderas de forma que la punta de su erección quedara a la entrada de sus pliegues húmedos. Ella le rodeó el cuello con los brazos y jugueteó con su pelo.

–Necesito sentirte dentro de mí –murmuró antes de darle un beso en la barbilla.

Él agachó la cabeza y le dio un beso suave en los labios. Al sentir su lengua batallando, la penetró con un movimiento suave y gimió. Ella apretó las piernas con fuerza y la sensación fue indescriptible.

Moverse dentro de Scarlett era la cosa más increíble que había experimentado jamás. Ella sabía cómo levantar las caderas para conseguir el punto ideal de fricción. Sus risas compartidas mientras intentaban mantener el equilibrio y se esforzaban por complacerse mutuamente hicieron que el momento fuera perfecto y absolutamente suyo.

Logan nunca había imaginado que podría sentir una conexión tan fuerte con ninguna mujer, y mucho menos con alguien con quien llevaba cinco años discutiendo. Tal vez ella tuviera razón: frustración sexual. Cuando quedaran satisfechos, podrían separarse y no volver a provocarse más.

Pero la idea de no volver a pasar otra noche con Scarlett le provocó angustia.

Aceleró el ritmo a medida que iba perdiendo el control y se acercaban los dos al clímax. Cuando ella estaba a punto de alcanzar el orgasmo, abrió los ojos y lo miró. La sonrisa que

iluminó sus labios le llegó directa al corazón. Fue una sonrisa cargada de esperanza y de optimismo.

Logan hundió la cara en su cuello para escapar de lo que había visto, pero la imagen le acompañó mientras sentía que su cuerpo empezaba a vibrar. Las uñas de Scarlett clavadas en su espalda desencadenaron su propio orgasmo. Con los músculos temblorosos, la embistió con fuerza y se dejó llevar. Alcanzaron el clímax a la vez y sus voces se mezclaron en una armonía perfecta.

Se quedaron los dos abrazados. Logan tomó aire y Scarlett le deslizó los dedos por la espalda suavemente.

–Dame un segundo y me moveré –murmuró él con la voz rasgada.

–Tómate tu tiempo –respondió ella–. Disfruto sintiendo todos tus músculos.

Mientras el corazón le latía descontrolado, Logan le dio un beso en la mejilla y en la comisura de los labios.

–¿Por qué sonríes?

–¿Me tomas el pelo? ¿Cuándo fue la última vez que le arrancaste la ropa a alguien e hiciste el amor en un sofá? Y no te atrevas a decirme que fue la semana pasada.

–No te he arrancado la ropa.

–No –convino ella–. Has tardado demasiado en quitármela –le rodeó la cara con las manos y le obligó a mirarla–. ¿Estás bien?

–Yo soy el hombre –le recordó Logan, y giró la cabeza para poder besarle la mano–. Soy yo quien debería preguntar eso.

–Pues pregúntamelo.

–¿Estás bien?

–Nunca había estado mejor.

Logan la besó en los labios.

–¿Sabes? Creo que deberíamos levantarnos del sofá.

–Ni te atrevas –respondió ella rodeándole el cuello con un brazo–. Me gusta estar aquí.

–Al menos deja que… –se incorporó, se recostó y la dejó atrapada de costado entre su cuerpo y el respaldo del sofá–. Eso está mejor –añadió mientras tapaba sus cuerpos con la manta.

–Es agradable.

Con la mejilla de Scarlett apoyada en su hombro, Logan cerró los ojos y se preguntó cuándo había disfrutado de tanta alegría. Normalmente trabajaba de sol a sol. Pasaba casi todos los días supervisando las operaciones de su empresa en Las Vegas y las noches pensando en nuevos desarrollos tecnológicos para garantizar la seguridad de sus clientes.

Su vida personal nunca había sido una prioridad. Sí, tenía citas, pero no solía quedarse mucho después de la cena y el sexo.

Aquella experiencia con Scarlett era muy diferente. Estaba en paz. Encantado de estrecharla entre sus brazos hasta que saliera el sol. ¿Acaso no era una locura que discutieran por todo y encajaran a la perfección cuando se besaban? Tal vez sus puntos de vista opuestos acabaran por afectar al sexo.

No era de extrañar que ya estuviera pensando en el final. Siempre se metía en una relación pensando en cómo y cuándo terminaría. Tal vez no fuera justo para las mujeres que percibiera el tiempo que pasaban juntos como algo finito, pero su perspectiva era realista. Incluso las relaciones de nueve años terminaban. Que su prometida hubiera elegido su carrera antes que a él había sido un duro golpe. Un golpe que no estaba dispuesto a volver a recibir.

Y tenía que tener más cuidado que nunca, porque quedándose dormida junto a él estaba la primera mujer desde Elle que tenía la capacidad de pillarle con la guardia baja.

Capítulo Siete

Tarareando feliz, Scarlett se zambulló en la piscina privada ubicada en el mismo piso que su suite. Le encantaba nadar y trataba de pasar media hora haciendo largos cada mañana. Si tenía algo más de tiempo, se dejaba llevar por el agua y disfrutaba de la frondosa vegetación que rodeaba la piscina.

Le dolía todo el cuerpo. Despertarse con los besos suaves de Logan y su erección había sido una agradable sorpresa.

No solo se había despertado excitado. También se había mostrado juguetón. E inesperadamente romántico. Para una mujer acostumbrada a que la trataran como a un trofeo, que Logan insistiera en prepararle café y darle gajos de naranja para desayunar, le había hecho albergar la esperanza de que no fuera una simple conquista.

Siguió de buen humor el resto de la mañana. A mediodía se fue a su despacho, donde se encontró con la realidad. El guion que Bobby había prometido enviarle estaba sobre su mesa. Abrió el paquete y leyó la breve nota que había incluido.

Aunque no tuviera intención de volver a Hollywood, leyó el guion dos veces. Era bueno. La historia era fresca y atrevida. La clase de interpretación que siempre había querido hacer.

Al terminar de leerlo por segunda vez, recibió una llamada de Bobby.

–¿Y bien? –preguntó productor–. ¿A que eres perfecta?

–No sé si soy perfecta –respondió ella intentando no sonar entusiasmada–. Pero es un guion maravilloso y va a ser una gran serie.

–¿Entonces vendrás a hacer la prueba?

–No puedo. Ahora vivo en Las Vegas. Soy responsable de este hotel. No puedo abandonarlo todo y fugarme a Los Ángeles por un gran papel.

–El director es un viejo amigo tuyo.

–¿A quién has elegido?

–A Chase Reynolds.

Por muy bueno que fuera Chase delante de la cámara, el antiguo actor había resultado ser mejor aún detrás de ella.

–Hará un gran trabajo.

–Y tú también.

–Bobby…

–Tengo que colgar, Scarlett. Te llamaré a lo largo de la semana.

Colgó el teléfono antes de que Scarlett pudiera decir nada más. Echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando al techo. Tampoco era que fuera imprescindible en el hotel. Había contratado a gente muy competente para las cosas más importantes. Ella solo era la representante. Así la veía Logan.

Logan.

Ahora que habían llevado las cosas al siguiente nivel, sería un momento terrible para separarse de él. Pero nunca antes había permitido que un hombre se interpusiera entre su trabajo y ella. Claro que tampoco había tenido nunca a un hombre como Logan Wolfe. Un hombre así bien merecía un pequeño sacrificio. Un pequeño sacrificio, quizá, pero se trataba de un papel fabuloso en una serie nueva. Una serie que podría darle a su carrera un gran empujón.

Si realmente seguía queriendo ser actriz.

Se puso en pie y salió del despacho. Con los nervios del guion, se había olvidado de su otro problema. Decirle a Violet y a Harper que Tiberius había recopilado archivos sobre ellas. Y que esos archivos habían sido robados. Empezaría con Violet. Tal vez ella le diese alguna pista de cómo abordar el tema con Harper.

Le envió un mensaje a Violet para saber dónde encontrarse y después llamó a Madison.

–Siento avisarte en el último minuto –le dijo a la joven aspirante a actriz–, pero voy a tener que cancelar la cena de esta noche. De hecho, ¿por qué no te tomas el resto de la noche libre?

–¿Estás segura?

–¿No me habías hablado de una fiesta que daba uno de tus amigos?

Preocupada porque Madison no pasara mucho tiempo con chicos de su edad, le había presentado a varios adolescentes que iban a ir a la universidad. Chicos sensatos de buena familia, ansiosos por comenzar la universidad, y a Madison se le había pegado parte de ese entusiasmo. Un par de semanas más con ellos y la sobrina de Logan estaría lista para retomar el camino académico.

–Trent va a invitar a algunos amigos.

–Entonces deberías ir. Has trabajado duro toda la semana. Es

hora de divertirse un poco.

–Le diré al tío Logan que has dicho eso.

–Oh, por favor, no.

–¿Por qué no? Le gustas mucho.

–¿De verdad? –Scarlett llegó al Fontaine Chic y aminoró el paso.

–Claro. Igual que a ti te gusta él.

¿Por qué resistirse?

–A mí me gusta mucho tu tío. Y estamos empezando a llevarnos bien. No quiero arriesgarme a molestarle.

Madison se rio.

–Después de ver cómo sonreía esta mañana, no creo que tengas nada de qué preocuparte. Te veré mañana.

Scarlett se quedó pensando en el buen humor de Logan y no se dio cuenta de que se había cruzado con Violet hasta que su hermana la agarró del brazo y la zarandeó.

–Estabas con la mente en otra parte –dijo Violet con una sonrisa curiosa–. ¿Pensabas en alguien en particular?

–No es nada de eso.

–Mira qué barbilla –murmuró Violet–. ¿Te duele?

–Sobreviviré. Pero tenía que hablar contigo del incidente de anoche.

–Parece serio.

–Vamos a tu despacho para que no nos molesten.

–Ese es el peor lugar al que podríamos ir. ¿Y si nos vamos a Lalique?

El punto fuerte del hotel de Violet era una enorme lámpara de araña de cristal de tres pisos que albergaba en su interior un elegante bar de dos pisos. Había costado tres millones de dólares y marcaba el tono de la decoración. Igual que el azul cielo era el tono de Fontaine Ciel, el cristal era la marca de Violet.

Tras sentarse a una mesa tranquila situada en un rincón, Violet pidió dos vasos de agua con gas y un entrante de paté de aceitunas para compartir. Después se volvió hacia su hermana.

–Obviamente algo te preocupa –comentó.

Scarlett tomó aliento y comenzó.

–Ya te dije que Tiberius me había dejado sus archivos.

–Sí. ¿Has tenido ocasión de examinarlos? ¿Qué clase de información turbia tenía?

–No he tenido tiempo de examinar más que un par de ellos. Había archivos de nuestro padre, de Harper, de ti y de mí.

Violet no pareció sorprenderse.

–Puedo imaginarme lo que tenía sobre Ross –al contrario que Scarlett, Violet había sabido desde su tierna infancia que era la hija ilegítima de Ross Fontaine.

–Bastante. Pero nada de eso era comprometido. Quiero decir que todos sabemos que era un hombre infiel, pero a Tiberius le interesaba más saber cómo llevaba el negocio.

–Entonces, ¿la razón por la que estás preocupada no tiene nada que ver con Ross?

–No directamente.

–Suéltalo ya.

–Anoche robaron los archivos.

–¿Eso es lo que buscaba el ladrón?

–No lo sé con seguridad. También se llevó otros archivos. Algunos que no tenían nada que ver con nosotras. Tiberius también tenía controlado a su cuñado. Casi la mitad de la caja estaba llena de cosas sobre Propiedades Stone. Datos financieros. Sus empleados. Simplemente eché un vistazo.

–Tiberius odiaba a Preston por cómo había tratado a su hermana. Le culpaba de su muerte.

–¿Por qué? –preguntó Scarlett.

–La prioridad de Preston era la empresa de la que se hizo cargo al morir su suegro. No era buen padre ni buen marido. Por desgracia, Fiona Stone adoraba a su marido y no pudo soportar que no le hiciera caso. Cayó en las drogas y en el alcohol y murió de sobredosis cuando J. T. tenía unos doce años.

J. T. Stone llevaba las operaciones de la familia en Las vegas. Era un hombre guapo y enigmático que no se relacionaba con las hermanas Fontaine, pero Violet había llegado a conocerlo un poco porque era el sobrino de Tiberius.

–Qué horrible debió de ser perder a su madre tan joven –comentó Scarlett–. En cualquier caso, además de esos archivos, el ladrón se llevó las nuestros –observó que Violet no se sorprendía–. ¿Lo sabías?

–Lo sospechaba. ¿Había algo interesante?

–Había muchas cosas sobre los años que pasé en Los Ángeles. Nada escandaloso. Tuve ocupados a los paparazzi durante varios años en mi periodo oscuro. Tu archivo era el menos voluminoso.

–Soy una aburrida –respondió Violet con un suspiro.

–Deberías hacer algo para solucionar eso –bromeó Scarlett antes de ponerse seria de nuevo–. Pero, volviendo al problema. Anoche el ladrón robó todos nuestros archivos. Incluyendo el que me llevé de la madre de Harper.

–Si los archivos no contenían gran cosa, ¿por qué iba a arriesgarse a que le pillaran robándolos?

–Puede que estuviera buscando información. No sé si fue allí buscando otros archivos y agarró lo que pudo o si fue buscando específicamente los archivos sobre nuestra familia.

–Pero has dicho que no contenían ningún dato de interés. ¿Qué es lo que no me has contado?

–No es sobre ti. Es sobre Harper.

–¿Harper? Si hay alguien que no tenga secretos, esa es ella.

–En realidad tiene que ver con su madre. Y lo que descubrí en los archivos podría cambiar el mundo de Harper por completo.

–Si es tan malo, no quiero preguntar qué es lo que descubriste.

Scarlett se sintió aliviada al ver que Violet no insistía. No tenía por qué compartir el secreto con ella. Si se lo contaba a Harper y a ella no le importaba que Violet lo supiera, eso sería diferente.

–¿Se lo cuento? –le preguntó a su hermana–. ¿Tú querrías saberlo?

–No puedo hablar por Harper, pero creo que yo no querría saberlo. Tal vez sea ingenuo por mi parte pensar que algo que ha estado enterrado todo este tiempo deba seguir escondido.

–Y eso es lo que pensaba yo antes de que robaran los archivos. Pero, ¿y si el ladrón adivina lo mismo que adiviné yo y la información se destapa? Harper se verá acorralada. Al menos, si se lo digo, puede prepararse.

–¿Es algo para lo que deba prepararse? –preguntó Violet–. En ese caso, creo que no puedo decirte lo que has de hacer. Por un lado, merece saber la verdad. Por otro lado, la verdad podría echarlo todo a perder.

Logan entró en su casa y dejó el maletín en la mesa del recibidor. Se aflojó la corbata y fue a la cocina a por una cerveza. Había pasado casi toda la tarde reunido con un nuevo cliente discutiendo una propuesta millonaria.

Cerveza en mano, se dirigió al dormitorio principal con la intención de darse una ducha y cambiarse. Después, volvería al almacén de Tiberius. Llevaba tiempo dándole vueltas a algo relacionado con el robo de la noche anterior. Tal vez, si volvía a revisar los archivos, le llegaría la inspiración.

Aminoró el paso al acercarse a la habitación de Madison.

–Has llegado temprano –comentó al verla tirada en la cama.

Su sobrina apartó la mirada de lo que estaba leyendo y se

volvió hacia él.

–Scarlett me ha dado la noche libre. Dijo que tenía que hacer algo. ¿Piensas pasar la noche fuera otra vez? –preguntó Madison con una sonrisa pícara.

Logan ignoró su pregunta y le hizo otra.

–¿Qué estás leyendo?

–El guion de una nueva serie de televisión. Es magnífico. Hay un papel para el que sería perfecta.

–¿De dónde lo has sacado?

–Lo he encontrado en el despacho de Scarlett. Lo devolveré antes de que se dé cuenta de que me lo he llevado.

Así que Scarlett estaba leyendo guiones. Y no cualquier guion, sino uno en el que aparecían chicas adolescentes.

–Dame el guion –dijo entrando en la habitación.

Madison se incorporó y se lo entregó.

–Sé que debería haberle dicho que quería leerlo, pero parecía tan distraída cuando hablamos que no pensé que fuese a darse cuenta.

–Estoy seguro de que, si se lo hubieras pedido, te habría dejado leerlo.

–Tienes razón. Debería habérselo pedido –Madison cruzó las piernas y le dirigió su expresión más solemne–. Cuando se lo devuelvas, dile que lo siento.

Logan llegó a su habitación. Se duchó y se vistió en tiempo récord y volvió a salir. El guion, situado en el asiento del copiloto, hizo que su enfado se mantuviese. Scarlett le había asegurado que ya no quería tener nada que ver con Hollywood. ¿Por qué se molestaba entonces en leer un guion?

Antes de salir de casa, le había escrito un mensaje y había descubierto que iba a regresar a su despacho tras reunirse con Violet.

Saludó con la cabeza a los empleados mientras se dirigía hacia el despacho de Scarlett. Estaba sentada detrás de su escritorio, concentrada en el ordenador, cuando él entró.

–Logan –dijo con una sonrisa al verlo–, no esperaba verte esta noche.

Logan se sentó frente a ella y dejó caer el guion sobre la mesa.

–¿De dónde has sacado eso? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Lo tenía Madison.

–¿Madison? –actuando como si no tuviera importancia, Scarlett agarró el guion y lo tiró a la basura–. Debió de venir cuando yo estaba con Violet.

–¿Por qué tienes un guion, Scarlett?

Scarlett se levantó de su silla, rodeó el escritorio y se apoyó en el borde.

–Me lo ha enviado un productor amigo mío.

–Déjame adivinarlo. Conoces a una adolescente que sería perfecta para su nueva serie de televisión.

–¿Qué? No. Claro que no. ¿Es eso lo que piensas?

–¿Qué otra cosa debería pensar?

–Que tal vez me ofrecieron el papel a mí. Un buen papel. Algo para lo que yo sería perfecta.

–Creí que ya no querías saber nada de Hollywood.

Scarlett vaciló un instante antes de contestar:

–Así es.

Pero aquella pausa fue muy significativa.

–No quiero saber nada –insistió con más convicción–. Tengo una vida aquí, en Las Vegas.

–Pero, si esta oportunidad te hubiera surgido hace cinco años y hubieras podido elegir, ¿qué vida habrías elegido?

–Esa pregunta no es justa.

–Habrías preferido quedarte en Los Ángeles.

–Probablemente. Pero porque lo único que sabía hacer era actuar. No fue fácil para mí tomar la decisión de mudarme aquí y dirigir este hotel. No tenía experiencia. Francamente, me aterrorizaba cometer un error.

–Todo el mundo comete errores.

–Sí, ¿pero los errores de todo el mundo pueden costar millones de dólares? Estas especulaciones son una pérdida de tiempo. Lo que hubiera elegido hace cinco años no tiene nada que ver con lo que hago hoy en día.

Logan se sintió aliviado. No iba a abandonar Las Vegas. A abandonarlo a él.

–Supongo que he sacado conclusiones equivocadas.

–¿Eso ha sido una disculpa?

–No –dijo mientras la sentaba en su regazo–. Esto es una disculpa.

La besó para hacerle sentir su frustración y su deseo. ¿Cómo podía desconfiar de ella y desearla tanto?

–¿Te apetece que llamemos al servicio de habitaciones desde mi suite? –preguntó ella cuando le permitió tomar aire.

—Quizá más tarde. Quiero ir a ver los archivos del almacén.

—No están allí.

—¿Dónde están?

—Hice que los trasladaran a un almacén más seguro esta mañana.

—Me gustaría que me hubieras dicho que era eso lo que estabas haciendo.

—¿Por qué? Están a salvo. Grady estaba ansioso por ponerse a trabajar y me siento mejor teniéndolos en un lugar seguro.

—No creo que quedarte con ellos sea buena idea.

—No puedo separarme de ellos hasta que alguien en quien confío no lo haya revisado todo. Además, no podremos calcular su valor histórico hasta que no sepamos lo que contienen.

—¿Lo de anoche no te ha demostrado lo peligrosos que pueden ser para ti? Tiberius vivía muy bien para ser un hombre cuyo casino apenas lograba salir de los números rojos.

—¿Qué quieres decir?

—Si esto fuera la trama de una serie de televisión, ¿qué deducirías?

—¿Que Tiberius estaba chantajeando a la gente?

—Puede que fuera eso lo que le mató.

—Incluso aunque tuviera idea de lo que buscar, no pienso chantajear a nadie.

—Puede que no…

—¿Puede que no? —le interrumpió escandalizada—. Desde luego que no.

—Muy bien. Desde luego que no. Pero el hecho de que tú y yo sepamos eso no significa que las víctimas de Tiberius lo sepan también.

—Entonces supongo que lo más inteligente por mi parte sería reunirme con un abogado y asegurarme de que, si me ocurre algo, los archivos salgan a la luz.

Su determinación tranquila le impresionó. Aquella no era una mujer asustada que necesitaba ayuda. Era una mujer que sobrevivía gracias a su inteligencia además de a su belleza.

—Entonces, creo que, hasta que te reúnas con un abogado, debería mantenerme pegado a ti —dijo él rodeándola por la cintura.

—¿Veinticuatro horas al día, todos los días de la semana?

—Lo que haga falta.

Scarlett había decidido celebrar la fiesta de cumpleaños de Madison en Caprice, el club del Fontaine Chic que había junto a la piscina.

Todo saldría bien. Tenía que salir bien. Le había dado su palabra a Logan. Por esa razón estaba asegurándose de todo antes de la fiesta. Quería que los camareros supieran que todos los chicos eran menores de edad y que no deberían consumir alcohol por muchos carnés que pudieran mostrarles.

Tras pasar la tarde en la piscina, Scarlett les había conseguido una suite en el Fontaine Richesse. Habría buena comida, una tarta de cumpleaños a las diez y después los chicos volverían a su casa en limusina. Las chicas se quedarían para hacer una fiesta de pijamas.

Scarlett estaba de pie a la entrada del club cuando llegaron los primeros invitados de Madison. Dos chicas y el chico con el que Madison llevaba dos semanas saliendo. Trent era alto y delgado, con la mirada seria. Había sido capitán del equipo de baloncesto en el instituto y tercero de su clase. Influida por él, Madison hablaba cada vez más de ir a la universidad en otoño.

–Parece que estáis preparados para la diversión –les dijo Scarlett–. Os he reservado la cabaña cuatro.

–¿Madison ha llegado ya? –preguntó Trent.

–Está comiendo con su tío –respondió ella–. Supongo que llegará en cualquier momento.

–Cree que eres la mejor por hacer todo esto por su cumpleaños.

–Estoy encantada de hacerlo. Solo se cumplen dieciocho una vez.

Scarlett se quedó mirándolos cuando entraron y recordó su decimoctavo cumpleaños. El año anterior se lo había pasado de fiesta. La gente con la que se movía en Hollywood tenía dinero y hacía lo que le venía en gana. Se quedó contemplando a los amigos de Madison e intentó recordar la última vez que había experimentado un placer tan inocuo.

Otros cuatro invitados se presentaron antes de que la chica del cumpleaños hiciera su aparición. Scarlett les condujo hacia el resto de sus amigos y se preguntó por qué Madison tardaría tanto.

Entonces el teléfono empezó a sonar. Era su ayudante.

–Chase Reynolds ha estado aquí.

–¿Ha estado allí? ¿Quieres decir que se ha ido? ¿Adónde?

–Logan y Madison han venido a buscarte y se ha marchado con

ellos.

El estómago le dio un vuelco.

–¿Iba alguien más con Chase?

–Un hombre mayor. Calvo. Bobby no sé qué.

–Bobby McDermott –Scarlett no esperó a que Sandy se lo confirmara–. ¿Dijeron dónde iban?

–A buscarte.

–Gracias por avisarme –le dijo a su ayudante antes de colgar.

Se imaginó que Bobby le habría explicado a Logan la razón de su visita y le habría hablado de la serie de televisión. Los músculos se le tensaron al pensar en lo decepcionado que se sentiría Logan con ella. Se imaginaría lo peor; que le había mentido al decirle que no estaba interesada en el papel.

Estaba al borde de un ataque de nervios cuando Madison emergió del ascensor embobada con la cara de Chase Reynolds.

Scarlett se fijó después en Logan y el corazón le dio un vuelco. Apartó la mirada de la expresión reprobadora de Logan y saludó a Bobby.

–Hola. ¿Qué estáis haciendo aquí?

–Bueno, si Mahoma no va a la montaña… –respondió Bobby–. Estás fabulosa, como siempre –agregó antes de darle un beso en la mejilla.

Por el rabillo del ojo, Scarlett vio que la expresión de Logan se volvía de hielo. Ignoró el nudo en el estómago y se volvió con una sonrisa hacia Chase.

–Hola, Chase. Me alegra volver a verte.

–Ha pasado mucho tiempo –contestó Chase dándole un fuerte abrazo–. Y Bobby tiene razón, estás fantástica.

–Las Vegas me sienta bien. Veo que ya conocéis a Logan Wolfe y a su sobrina, Madison.

–Sí –respondió Bobby–. Nos ha contado que hoy cumple dieciocho años y que has planeado un día de diversión para sus amigos y para ella.

–Sí, y están todos esperándola en el club –Scarlett no sabía si Madison la había oído, porque la chica tenía toda su atención puesta en Chase–. No deberías hacerles esperar.

–Oh, seguro que no les importa.

–Pero eres la invitada de honor. Logan, ¿por qué no acompañas a Madison a la cabaña cuatro y te aseguras de que te parecen bien todos los preparativos?

Hizo hincapié en la última palabra con la esperanza de que captara su mensaje. Para tranquilizar a Logan, había accedido a

que cuatro de sus empleados, dos hombres y dos mujeres, vigilaran la fiesta. Para pasar inadvertidos, irían en bañador. Los chicos estarían vigilados y nunca lo sabrían.

–Pero… –Madison parecía preferir morirse antes que dejar que su tío apareciese en la fiesta, pero Chase habló antes de que pudiera protestar.

–Yo también iré –dijo el actor–. He oído que el Caprice es un club magnífico.

–Es fabuloso –convino Madison, lo agarró del brazo y lo condujo hacia la piscina.

–Es una chica preciosa –dijo Bobby mientras Madison entraba en el club escoltada por Chase y por Logan–. Me ha dicho que es actriz.

–No es lo que sus padres quieren que haga –respondió Scarlett.

–Me parece bastante decidida.

–No tienes ni idea.

–Podría ser la hija de nuestro personaje principal.

Al ver que el productor no bromeaba, Scarlett le agarró del brazo.

–Por favor, no le metas esa idea en la cabeza. Se supone que tengo que pasar el verano convenciéndola para que vaya a la universidad. Si en vez de eso se marcha a Hollywood y su tío piensa que he tenido algo que ver, me matará.

–Bueno, si es tan importante para ti, por supuesto que no diré nada.

–Gracias.

–Parece que ahora estás muy ocupada –continuó Bobby–. Tal vez podamos quedar a tomar algo más tarde.

–Eso sería fantástico. Le diré a mi ayudante que os consiga una suite a Chase y a ti –mientras llamaba a Sandy, Scarlett vio que Logan y Chase se dirigían hacia ella. Fuera cual fuera el tema de su conversación, Logan no parecía muy satisfecho.

–Chase me ha dicho que vais a hacer una serie juntos –dijo cuando se detuvo junto a ella.

–Eso no es del todo cierto –respondió ella.

–¿No? ¿Y qué es cierto?

–Le he dicho a Bobby que no –contestó mirando al productor con una mirada de disculpa.

–Si eso es cierto, ¿por qué están aquí entonces?

–Para convencerla y que cambie de opinión –explicó Chase–. El papel podría haber sido escrito especialmente para ella, y lo sabe.

–Entonces tal vez deba volver a Hollywood y aceptarlo –su

tono amistoso no se correspondía con la rigidez de su boca.

–No voy a ninguna parte –se apresuró a desmentir ella–. Mi vida está aquí. Me encanta lo que hago –¿por qué no le daba el beneficio de la duda?

–Pero tú eres actriz –insistió Bobby–. Una actriz muy buena.

–¿Queréis dejar de aliaros contra mí? –les dijo Scarlett a Chase y a Bobby, los agarró del brazo y los orientó hacia la puerta–. Id a ganar un poco de dinero. Yo os veré en un par de horas.

Tras deshacerse de ellos, Scarlett se volvió a su siguiente problema, pero, antes de que pudiera defenderse de las acusaciones que veía en los ojos de Logan, sintió unos brazos que le rodeaban el cuello en señal de agradecimiento.

–Eres la mejor. No puedo creer que Chase haya venido a conocer a mis amigos. Es increíble.

–Así es Chase. Siempre dispuesto a hacer nuevos amigos –cuando se liberó del abrazo, Scarlett le dirigió una sonrisa a Madison.

–No puedo creer que antes salierais juntos.

Scarlett miró a Logan, pero él estaba escribiendo a alguien en el móvil. Ojalá no lo hubiera oído.

–Bueno, sí. Fue hace mucho tiempo. Ahora espero que el resto del día no sea una decepción. No tengo nada que supere eso.

–No te preocupes. Todo es fabuloso. Me alegra que el tío Logan me deje pasar el verano contigo.

–Puedes mostrar tu agradecimiento yendo a la universidad en otoño –contestó Scarlett dándole una palmadita en el brazo.

Madison puso los ojos en blanco, pero sonrió alegremente y le lanzó un beso a su tío antes de volver con sus invitados.

–Volveré sobre las cinco para llevaros al Richesse –le dijo Scarlett mientras se alejaba. Después volvió a mirar a Logan–. Puedes dejar de mirarme con esa cara. Por muy bueno que sea el papel, no voy a aceptarlo.

A Logan no le gustaba sentir que Scarlett se iba alejando cada vez más de él.

–¿Estás segura de que es buena idea? Si han venido hasta aquí para verte, deben de tener muchas ganas de trabajar contigo. Tal vez estés cometiendo un error al rechazarlo.

–Pareces ansioso por librarte de mí –señaló Scarlett–. ¿Qué sucede, Logan? ¿Te da miedo acostumbrarte a tenerme cerca?

Logan le dio la mano y la sacó del club.

–Ya me he acostumbrado a tenerte cerca –le dijo.

–Entonces, ¿por qué…?

–¿Qué quieres que te diga? –preguntó–. ¿Que no quiero que te vayas?

–Eso sería un detalle.

–No puedo decirte eso.

–¿Por qué no?

–Porque tienes que decidir tú sola lo que vas a hacer con tu futuro –se arrepintió de decir aquello nada más pronunciar las palabras. ¿No había perdido ya a una mujer porque su orgullo le había impedido pedirle que se quedara?

–Tal vez quiera alguna aportación por tu parte. Pensaba que entre nosotros había algo. ¿Estaba equivocada?

Al ver que no respondía de inmediato, Scarlett se dio la vuelta y se alejó sin mirar atrás para ver si la seguía. Cosa que, por supuesto, él hizo. La alcanzó en cuestión de segundos.

–Siento no poder darte lo que necesitas. Si decides quedarte por algo que crees que hay entre nosotros, ¿cuáles serán tus expectativas para el futuro?

–No lo sé. ¿Qué intentas decir?

–Somos muy diferentes. Discutimos todo el tiempo. ¿Crees que esto que hay entre nosotros va a alguna parte?

–Evidentemente tú no lo crees.

No importaba lo que desearan, porque la realidad era que sus personalidades chocaban. ¿Cuánto tiempo tardaría la pasión en acabarse y dejar tras de sí una larga lista de reproches?

A Logan le gustaba demasiado como para acabar con rencor entre ellos.

–Háblame del papel de Hollywood.

–No sé por qué están tan empeñados en que acepte. Se me ocurren una docena de actrices que serían igual de buenas o mejores.

–Tal vez todas ellas hayan rechazado el papel.

–Sorprendentemente, soy la primera persona a la que se lo han ofrecido –contestó ella con ironía.

–No quería insinuar que fueses su última opción. Basándome en lo que dices sobre estar comprometida con el hotel, pensaba que querrías que creyera que habías dejado atrás tu carrera en Hollywood.

–Y la he dejado atrás… Casi por completo.

–Pero te ha seguido hasta aquí.

–Es difícil decirle que no a Bobby.

–Supongo que depende de lo sincera que seas –¿por qué no admitía que se sentía intrigada por la oferta?

–No pensarás realmente que renunciaría a mi vida aquí –dijo ella, y se quedó mirándolo fijamente–. Mi familia está aquí. Tengo un trabajo que me gusta y las cosas… se han vuelto muy excitantes.

Logan la agarró del brazo.

–¿Qué tipo de cosas? –no quería sonar tan intenso, pero necesitaba oírle decir lo que sentía por él.

–El asesinato de Tiberius. Sus archivos. Mi ataque.

–Son todas buenas razones para dejar Las Vegas y aceptar el papel.

Scarlett negó con la cabeza y se quedó mirándolo.

–¿Por qué es tan importante para ti que acepte la oferta de Bobby?

–Se te da bien buscar problemas. Solo quiero saber cuándo volverá mi vida a la normalidad.

Capítulo Ocho

Scarlett estuvo enfadada con Logan desde que se separaron. Intentaba que sus ganas de librarse de ella no le hirieran el orgullo, pero ver cómo de pronto apoyaba su carrera había supuesto un golpe para su corazón. ¿Cómo había podido malinterpretar de ese modo lo que había entre ellos?

Logan era difícil y fascinante. Podría pasarse la vida entera con él y no cansarse nunca.

¿Cuándo había empezado a pensar en una vida entera con Logan? ¿Realmente deseaba pasar el resto de su vida con un hombre tan intratable?

La respuesta era sí, si ese hombre era Logan Wolfe.

Era el único hombre al que nunca había conseguido manipular. Aquello resultaba liberador y aterrador. Dejarle ver sus defectos y sus vulnerabilidades significaba que en cualquier momento podría usar sus debilidades en su contra. ¿Lo haría?

Y ella le había acusado de no confiar en la gente. Podía contar con los dedos de una mano las personas en las que confiaba. La primera era su madre. Las otras dos eran sus hermanas. La cuarta era la persona con la que iba a tomarse una copa. Se quedó mirando el pulgar de su mano. ¿Podía considerar a Logan un aliado?

–Hola, Bobby –dijo al sentarse frente al productor–. ¿Chase va a venir?

–No. Está en racha con los dados y no quería marcharse.

–¿Y qué me dices de ti? ¿Has tenido suerte en las mesas?

–Un poco. Ahora, hablemos de negocios. Te conozco, Scarlett. Quieres ese papel.

–Es una oportunidad fabulosa.

–Pues ven a Los Ángeles y haz la prueba.

–De verdad, agradezco lo que estás intentando hacer por mí –le dijo al productor–. Pero no estoy interesada.

–Eres actriz, no directora de hotel.

Sonó como si se dedicara al tráfico de drogas.

–No rechazo tu oferta por el puesto que tengo aquí –explicó ella–. Tengo una vida. Una vida que me gusta mucho.

–¿Y si pudiéramos grabar todas tus escenas en un solo día? No

tendrías que trasladarte a Hollywood. Solo ir y venir. Aún tienes tu casa, ¿no?

Tenía una casa en la playa de Malibú que se había comprado poco después de cumplir los dieciocho.

–Hace siete años que no hago algo que sea más que una breve aparición. ¿Y si se me da mal?

–Eso no es posible.

Scarlett le estrechó la mano a Bobby con cariño.

–Hace cinco años tampoco es que estuvieran llamando a mi puerta con insistencia –le recordó–. Tenía que haber una buena razón.

–Rechazabas los papeles que te ofrecían.

–Porque deseaba hacer algo más que ser guapa y sexy.

–Aquí está tu oportunidad.

–No me extraña que seas el productor con más éxito de Hollywood.

–Sé lo que deseo.

–Y no paras hasta que lo consigues.

–Entonces, ¿vendrás a hacer la prueba?

Si Logan le hubiera pedido que se quedara, ¿estaría tan tentada por la fe que Bobby tenía en ella? Nunca había permitido que un hombre alterara sus decisiones. ¿Por qué estaba haciéndolo ahora?

–Deja que lo hable con mis hermanas. Te daré una respuesta antes de que te marches mañana.

–Perfecto –contestó Bobby con una sonrisa triunfal.

–Ahora, si me disculpas –dijo ella poniéndose en pie–. Tengo que supervisar una fiesta. Sandy te ha hecho una reserva esta noche a las ocho y media en Le Taillevent. La cena corre de mi cuenta.

–Como siempre, eres la anfitriona perfecta –Bobby se levantó también y se inclinó para darle un beso en la mejilla–. Chase y yo nos vamos mañana a la una. ¿Podrás comer con nosotros antes de que nos vayamos?

–¿Por qué no me paso por vuestra suite a las once y media?

–Te veré entonces.

Tras instalar a Madison y a sus amigos en la suite del hotel, Scarlett organizó una cena rápida con sus hermanas en su suite. Cuando se sentaron a cenar, les contó lo que tenía en mente.

–Me han hecho una oferta para salir en una serie de televisión –dijo antes de dar un trago a su copa de vino blanco.

Como de costumbre, Harper fue la primera en reaccionar.

–Creí que habías dejado atrás la interpretación.

–Así era. Quiero decir que eso es lo que pensaba.

–¿Es un papel interesante? –intervino Violet.

–El mejor que me han ofrecido nunca.

–¿Protagonista? –Harper era de las que se centraba en el premio gordo y no prestaba atención a lo demás.

–No. Es un papel secundario, pero el personaje es complejo e interesante –se quedó mirando a sus dos hermanas–. Hace cinco años, incluso dos, no habría dudado en volver a Los Ángeles para aceptar el papel.

–¿Y ahora? –preguntó Violet–. ¿Ha cambiado algo?

–Realmente siento que le he pillado el ritmo al hotel. Y además estáis vosotras. Me encanta ser vuestra hermana y no quiero vivir lejos de vosotras.

–Es muy bonito que digas eso –contestó Harper–. Pero, ¿has olvidado que somos tus competidoras en el concurso de nuestro abuelo?

–No pensarás que tengo oportunidades de ganar, porque yo estoy convencida de que no.

–Eso no lo sabes –insistió Violet–. El Fontaine Richesse ha mejorado mucho bajo tu dirección. El abuelo podría haberte elegido.

–No tengo la experiencia ni la educación necesarias para dirigir la empresa. Vosotras sois las opciones. Yo solo me alegro de que me haya dado la oportunidad.

–¿Le has dicho a Logan que estás pensando en volver a Los Ángeles? –preguntó Violet.

–¿Logan? –intervino Harper antes de que Scarlett pudiera responder–. ¿Por qué iba a decírselo?

–Porque llevan un tiempo viéndose –contestó Violet con exasperación–. ¿Es que no te das cuenta de nada de lo que ocurre fuera de tu hotel?

–En las últimas tres semanas no –respondió Harper antes de volverse hacia Scarlett–. ¿Vais en serio?

–Podría ser cualquier cosa. No lo sé. Le cuesta mucho expresar sus sentimientos.

–He de decir que no lo había visto venir –confesó Harper–. Sois como el agua y el aceite.

–Más bien como la gasolina y las cerillas –matizó Violet–. Toda esa animosidad entre vosotros tenía que ocultar una pasión desgarradora.

Scarlett no dijo nada, pero no pudo evitar sonrojarse.

–¿Pasión desgarradora? –repitió Harper–. ¿Qué me he perdido exactamente?

–Muchas cosas –contestó Violet–. ¿Cuántas noches ha pasado contigo en las últimas dos semanas?

–Ninguna –le gusta estar en casa cuando Madison se levanta por las mañanas.

–Entonces, ¿cuántas noches ha vuelto a casa a altas horas de la madrugada?

–Bastantes.

–Entonces, ¿es serio? –preguntó Harper.

–Me está alentando para que vuelva a Los Ángeles y acepte el papel. Eso indica que no es muy serio.

–Pero sí ardiente –intervino Violet.

Tanto Harper como Scarlett la ignoraron.

–Tal vez sepa lo importante que es para ti la interpretación y quiera que seas feliz –sugirió Harper.

–Pero le dije que había dejado atrás la interpretación.

–Pero a nosotras nos estás diciendo que no.

–Eso es lo que pensaba. Ha pasado un año desde la última vez que me ofrecieron algo. Y me parecía bien. Estaba satisfecha aquí. Había dejado Los Ángeles atrás. Ya le he dicho que no a Bobby tres veces, pero no acepta un «no» por respuesta y, después de que Logan me dijera que me fuera, me pregunto por qué dudo.

–¿Por qué dudas? –preguntó Harper.

–Vais a pensar que soy idiota.

–Te prometo que no –respondió Violet.

–Logan está en contra de mi pasado como actriz y yo no quería hacer nada que pusiera en peligro nuestra relación. Pero hoy se ha comportado como si no hubiera nada entre nosotros. Empiezo a pensar que me he inventado nuestra relación porque estoy loca por él.

–¿Lo estás? –Violet pareció sorprendida–. ¿Cómo de loca?

–Hasta el punto de acabar con el corazón roto. Tal vez deba volver a Los Ángeles y retomar mi carrera.

–Te echaríamos de menos –le dijo Violet.

–Sin duda.

–Gracias –contestó Scarlett.

–Apuesto a que Logan también te echaría de menos –añadió Violet con brillo en la mirada–. Tal vez esté animándote a que te vayas porque le da miedo sufrir si te pierde.

–Logan Wolfe no le tiene miedo a nada –declaró Scarlett–. Y

menos a perderme a mí.

–Todo el mundo le tiene miedo a algo –dijo Harper–. Tendrás que averiguar si le da más miedo tenerte cerca o dejarte marchar.

Logan daba vueltas de un lado a otro del salón, consciente de que parecía un oso enjaulado y de mal humor. Se asomó a la ventana, pero no vio el descapotable rojo de Scarlett acercándose a su casa. Miró el reloj por décima vez en media hora. Las manecillas habían avanzado solo un par de minutos. Eran las doce y veintitrés del mediodía y Madison debía haber vuelto de su fiesta de cumpleaños hacía casi dos horas.

Si le había ocurrido algo…

Un coche circulaba por el camino que conducía hacia la casa, pero no era el de Scarlett. Cuando el vehículo se acercó, Logan vio a su sobrina sentada en el asiento del copiloto y reconoció a la ayudante de Scarlett al volante. Molesto por el cambio de planes, Logan salió por la puerta y se dirigió al coche.

–Hola, tío Logan –dijo Madison mientras salía del coche con su bolsa colgada del hombro. Se estiró y bostezó con aire dramático al acercarse a él–. Qué fiesta de cumpleaños. Me lo he pasado mejor que nunca –se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla–. Gracias por dejar que Scarlett organizara la fiesta.

–¿Dónde está? Se suponía que debía traerte a casa.

–Tenía una reunión con Bobby y con Chase, así que Sandy me ha traído a casa. No puedes tener nada en contra de Sandy, tío Logan. Tiene treinta y cinco años y nunca le han puesto una multa. No ha superado el límite de velocidad en todo el camino.

Logan ignoró la respuesta de Madison y se centró en lo que realmente le molestaba.

–Así que ahora son Bobby y Chase, ¿no? ¿Cuándo has tomado tanta confianza con ellos?

–No tengo confianza con ellos –respondió su sobrina–. Solo estaban siendo amables. Bobby me ha dado su tarjeta y Chase me ha dicho que fuese a verle cuando llegase a Los Ángeles.

–¿Qué quieres decir con cuando llegues a Los Ángeles? Vas a ir a la universidad en otoño.

–Sé que mis padres me enviaron aquí para que me convencieras para ir a la universidad, y te aseguro que Scarlett no ha parado de repetírmelo una y otra vez, pero realmente creo que mi futuro está en Hollywood –se puso una mano en la cadera y levantó la barbilla–. Ahora tengo dieciocho años. Puedo hacer lo

que quiera.

–Puede que tengas dieciocho años, pero siempre has dependido del dinero de tus padres.

–Conseguiré trabajo de camarera o algo así y saldré adelante hasta que me salga un trabajo como actriz.

–¿De verdad crees que será tan fácil? ¿Y dónde vas a vivir?

–Puedo quedarme con Scarlett.

–¿Va a volver a Los Ángeles definitivamente?

–Por supuesto. ¿Por qué iba a rechazar un papel que relanzaría su carrera?

La idea de perderla le produjo un vuelco en el estómago. Había sido un tonto al permitirle pensar que no le importaría que se fuera.

–¿Te ha invitado a quedarte con ella?

–No con esas palabras, pero sé que hará lo que pueda para ayudarme a empezar.

¿No había hecho ya suficiente? Logan sacó del bolsillo las llaves del coche. Scarlett y él iban a tener una conversación cara a cara.

–Seguiremos hablando de esto cuando regrese.

–¿Adónde vas?

–A hablar con Scarlett.

–¿Qué vas a decirle?

–Que no vas a irte a Los Ángeles, así que puede ir olvidándose de tenerte como compañera de piso.

–No servirá de nada. Estaba encantada de que Bobby quisiera ayudarme.

–¿Por qué no llamas a tus padres y les cuentas qué tal la fiesta? Estoy seguro de que les encantará saber cómo has pasado tu cumpleaños.

Estaba alejándose de la casa en su coche cuando sonó el teléfono, así que conectó el Bluetooth.

–Jefe, soy Evan. Querías que te avisara cuando termináramos con la evaluación de Schaefer. Jeb y yo terminamos hace media hora. El informe está sobre tu mesa.

–Gracias.

Preocupado como estaba con las problemáticas mujeres de su vida, se había olvidado por completo de la propuesta multimillonaria para el sistema de seguridad de Industrias Schaefer. El plazo para la entrega eran las cuatro de la tarde de ese mismo día. Tenía que echar un vistazo a las cifras y asegurarse de que no había fisuras en la estrategia que habían ideado. Scarlett

tendría que esperar.

El enorme armario lleno de disfraces no le produjo a Scarlett el habitual efecto relajante. No se sentía con el carisma suficiente para ponerse el vestido verde que llevaba Cyd Charisse para bailar con Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*. Sentía que le pesaba demasiado el corazón para interpretar a su tocaya, Scarlett O'Hara, y nunca sería capaz de reunir la fuerza de Cleopatra.

Su seguridad en sí misma había ido mermando desde que le comunicara a Bobby su decisión acerca de la serie de televisión. La lógica le decía que había elegido correctamente, pero no podía dejar de pensar que había cerrado para siempre la puerta porque le daba miedo exponerse de nuevo y ser rechazada.

Se encontró con el vestido negro de Holly Golightly en la escena inicial de *Desayuno con diamantes* y lo sacó del armario. Perfecto. La mezcla de inocencia y destreza de Holly siempre le había gustado. Muchos días se sentía así. Dura por fuera y frágil por dentro.

Scarlett se puso el vestido negro y un collar de perlas. Se miró en el espejo. Con la peluca estilo años sesenta, los guantes negros y la boquilla para el cigarrillo, se parecía bastante a Audrey Hepburn. Y convertirse en Holly Golightly le hizo olvidarse por un momento de sus preocupaciones.

Era lo que le gustaba de la interpretación. Convertirse en otra persona era como tomarse unas vacaciones sin ir a ninguna parte. Durante doce o catorce horas seguidas, se transportaba a una casa de las afueras, donde sus padres se reían por malentendidos al preparar la cena y sus hermanos se metían en problemas en el colegio. Complicaciones sencillas que se resolvían en veintidós minutos.

El placer que le provocaron aquellos recuerdos le hizo admitir que en el fondo era actriz. Era algo que siempre se interpondría entre Logan y ella. A él le gustaban las cosas directas y realistas. Estaba segura de que no era de los que querían que su mujer se disfrazara de colegiala traviesa, de animadora o de princesa Leia. Lo cual era una pena, porque tenía en su armario una réplica del atuendo de esclava de Leia.

Al terminar de ponerse los guantes, oyó que llamaban a la puerta. El corazón se le puso en la garganta mientras corría por el salón. Miró por la mirilla y vio a Logan en el pasillo. No habían hablado en todo el día. Abrió la puerta con la respiración

entrecortada y él entró directamente en la suite.

–Hola, Logan.

Logan pasó junto a ella sin responder y empezó a dar vueltas por la habitación.

–No te vayas.

–Claro. No importará si no aparezco en el casino esta noche –respondió ella, y su cuerpo reaccionó con deseo al acercarse a él–. ¿Qué tenías en mente?

–No me refiero a esta noche. Me refiero a en general.

Scarlett estiró el brazo y le colocó la mano en el hombro.

–Logan, estoy al frente del hotel. No puedo dejar de aparecer en mi propio casino.

Logan le rodeó la cintura con un brazo y la estrechó contra su cuerpo.

–No hablo del casino, cariño. No te vayas a Los Ángeles.

–Pero dijiste que… –dejó de hablar cuando le deslizó una mano por el cuello y la posó en su nuca.

–Sé lo que dije –se inclinó y la besó en la boca.

–No voy a aceptar el papel –dijo ella cuando sus labios se separaron–. No me voy a Los Ángeles –añadió antes de darle un beso en la frente.

–Madison me ha dicho que ibas a aceptar el papel.

–Yo nunca he dicho eso. No sé de dónde se ha sacado esa idea.

Ha dicho que ibas a desayunar con el productor.

–Y así lo he hecho. Le he dicho a Bobby definitivamente que no iba a aceptar el papel.

–Pero deseabas hacerlo –Logan le agarró una mano y comenzó a quitarle el guante.

El roce de la tela le produjo un escalofrío.

–Durante diecisiete años, mi identidad ha estado ligada a ser actriz.

Logan metió el dedo bajo el collar de perlas y le acarició el cuello.

–No veo que haya cambiado nada en ese aspecto.

Sonrió cuando Logan empezó a quitarle el otro guante. Le encantaba dejar que la desnudara. A veces su deseo se volvía demasiado intenso para los preliminares, pero generalmente disfrutaba mucho con cada aspecto del sexo, desde quitarle la ropa hasta abrazarla después de hacer el amor.

–Creo que en el fondo siempre seré actriz –le aseguró–. Pero ya no es lo único que soy. Dirigir este hotel me ha demostrado que también soy buena empresaria –le enredó los dedos en el pelo y le

tiró de la cabeza hacia ella–. Me alegra que no quisieras que me fuera, porque yo no quería dejarte.

En esa ocasión, cuando se besaron, él le dejó llevar la iniciativa. Scarlett comprendió por qué al sentir que le bajaba la cremallera del vestido. Dejó que cayera al suelo y la dejó solo con el collar, un sujetador sin tirantes, las bragas y los zapatos negros. Recorrió su piel desnuda con la mirada.

Scarlett se quitó el collar y la peluca y se despojó así de los últimos restos de Holly Golightly. El personaje era una mujer con muchos amantes, pero sin amor. Era un ser salvaje que ansiaba la libertad aunque, en el fondo, deseaba un lugar al que pertenecer.

Scarlett no tenía esos conflictos. Sabía exactamente lo que deseaba, igual que sabía cuál era su lugar. Los brazos de Logan. Fingir ser otra persona no podía compararse con la realidad de ser quien era y de estar enamorada de él. Se le cerró la garganta al darse cuenta de por qué había rechazado el papel. No era solo porque le gustase su nueva vida como directora del hotel. Era porque amaba a Logan Wolfe.

Se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso en la boca.

–Llévame a la cama, grandullón.

–Tus deseos son órdenes.

Logan la tomó en brazos y se dirigió hacia su dormitorio, satisfecho de haber seguido su instinto y haber ido a buscarla esa noche. Las seis horas que habían pasado desde que se enteró de que había decidido volver a Los Ángeles habían sido un infierno y no tenía intención de revivirlo.

¿Hasta dónde la habría seguido si se hubiera mostrado decidida a abandonar Las Vegas? En una ocasión había dejado marchar a Elle y nunca había dejado de arrepentirse del todo. Lo que había entre Scarlett y él no tenía la duración ni la profundidad de lo que había compartido con su exprometida, pero se sentía tan implicado como si llevaran años juntos.

Dejó a Scarlett sobre la cama y comenzó a desabrocharse la camisa. Ella no hizo intención de quitarse el sujetador ni las bragas, pues sabía que prefería desnudarla él. Lo único que hizo fue soltarse el pelo y quitarse los zapatos.

Se incorporó sobre un codo y se retorció un mechón de pelo mientras le veía quitarse la camisa y los pantalones.

Después, Logan le deslizó las puntas de los dedos por el muslo y sintió sus escalofríos cuando le acarició las bragas con el pulgar. Con una media sonrisa, utilizó ambas manos para memorizar cada

curva de su cuerpo. Daban igual las veces que la tocara, siempre encontraba algo nuevo que le fascinaba.

Le agarró la mano y le besó la parte interna de la muñeca para sentir su pulso acelerado. Había catalogado unas cien partes ultrasensibles de su cuerpo y disfrutaba visitándolas cada vez que hacían el amor. La parte interior del codo le daba cosquillas, y le gustaban las caricias suaves en los brazos. Eso fue lo que hizo en ese instante, y fue recompensado con un murmullo de placer.

A Scarlett le había llevado un tiempo darse cuenta de que no le gustaba precipitarse en el sexo con ella. Incluso cuando estaban los dos demasiado consumidos por la pasión como para detenerse en los preliminares, se aseguraba de excitarla con palabras, además de con las manos y con la boca.

Se inclinó para besarla en la boca y aprisionarla contra las almohadas. Estuvieron besándose largo rato, disfrutando de la fusión de sus alientos, del baile de sus lenguas. Logan deslizó las manos bajo su cuerpo y se giró para que ella quedara sentada a horcajadas.

Logan le deslizó las manos por las costillas hasta llegar a la parte inferior de sus pechos. Con los párpados entornados, Scarlett observó mientras se los agarraba a través del encaje del sujetador y empezaba a masajearlos.

Ella se llevó las manos a la espalda, se desabrochó el sujetador y la prenda cayó entre sus manos. Él la echó a un lado y recorrió el contorno de sus pechos con las puntas de los dedos. Rodeó sus pezones erectos y advirtió que ella movía las caderas al ritmo de sus caricias.

Su erección palpitó al sentir sus movimientos. Por mucho que ansiara penetrarla, el placer que obtenía viendo su deseo crecer hacía que la espera mereciese la pena.

Scarlett le colocó una mano en el pecho, se inclinó hacia delante, le dio un beso apasionado en la boca y mostró su placer con la invasión de su lengua.

Logan le agarró las nalgas con ambas manos.

–Vamos a quitarte esto, ¿quieres?

–Sí, por favor.

Entre los dos le bajaron las bragas por los muslos. Cuando él terminó de quitárselas, ella sacó un preservativo y utilizó los dientes para abrir el paquete. Logan se preparó para el delicioso placer que vendría después y apretó la mandíbula cuando ella colocó el profiláctico sobre la cabeza de su miembro y, con movimientos lentos, comenzó a deslizarlo hacia abajo. Logan soltó

un gemido cuando terminó, pero ella no le dio oportunidad de recuperarse antes de sentarse encima.

Al sentirse dentro de ella sin previo aviso, él arqueó las caderas. Scarlett respondió a aquel movimiento con una sonrisa y la rotación de su pelvis.

–Dios, Scarlett –murmuró él mientras se secaba el sudor de la frente–. Avísame antes.

–¿Qué tiene eso de divertido?

Y diversión era lo que quería. Dejar que hiciera con él lo que quisiera era casi tan entretenido como hacer que se retorciera de placer. Parte de su placer se debía a ver cómo exploraba su pecho y sus abdominales con las manos mientras mantenía ese delicioso ritmo de sus caderas. Era una auténtica diosa y Logan no podía quitarle los ojos de encima.

Pero la química entre ellos era incontrolable y, a los pocos segundos, estaban ambos envueltos en un frenesí de movimientos que les acercaba cada vez más al clímax. Logan deseaba verla llegar al orgasmo, así que metió la mano entre ellos y le acarició el clítoris. Ella abrió los ojos desmesuradamente, lo que indicaba que empezaba a alcanzar el éxtasis. Apretó los muslos, lo cual aumentó la fricción, y él se lanzó al vacío de placer.

Con un profundo suspiro, Scarlett se dejó caer hacia delante y hundió la cara en su cuello. Logan no tenía aliento para explicar lo mucho que había disfrutado de aquello, así que se conformó con darle un abrazo y un beso en el hombro.

–Voy a asegurarme de que no te arrepientas de haber rechazado ese papel –le dijo cuando al fin recuperó la voz.

–Me gusta cómo suena eso. ¿Podemos empezar ya?

–No puedo quedarme. Le prometí a Madison que, cuando regresara, hablaríamos de lo de mudarse a Los Ángeles.

–¿Qué? Pero si ayer hablaba de ir a la universidad.

–Al parecer ha cambiado de idea tras conocer a Chase Reynolds y a tu amigo el productor.

–Bobby es un hombre con recursos y Chase es encantador. Entiendo que hayan reavivado sus sueños de irse a Los Ángeles. Pero ella y yo ya hablamos de lo importante que era para tu familia que fuera a la universidad. Accedió a sacarse un título y después, si seguía decidida a ser actriz, irse a Los Ángeles.

–Al parecer Bobby le ha dado su tarjeta. Madison creía que, como tú ibas a retomar tu carrera como actriz, le ofrecerías un lugar donde quedarse.

–Siento que se hiciera una idea equivocada de lo que pretendía

hacer. En cuanto a Bobby, sé que le gustó mucho –admitió ella en voz baja–. Incluso me dijo que podría tener un papel para ella en una nueva serie. Yo le pedí que no le dijera nada. Supongo que debería haber sido más clara y haberle dicho que no la alentara en absoluto.

–Habría sido buena idea.

–La llamaré mañana y la convenceré de que vaya a la universidad. Tal vez simplemente esté impaciente por empezar a vivir su sueño –sugirió Scarlett–. No la culpo por querer perseguir lo que desea. Pero conseguiré que vuelva a plantearse lo de la universidad.

–¿Estás segura de que puedes hacer eso?

–¿Acaso no he hecho un gran trabajo hasta ahora? Al menos hasta ayer, quiero decir.

–Es cierto.

–¿Logan Wolfe halagando mi trabajo? Qué emoción.

Logan soltó un gruñido, le dio un beso rápido en la boca y se giró adonde había dejado su ropa.

–¿Tienes que irte? –Scarlett se quedó tumbada boca abajo y agitó lentamente las piernas por el aire–. Si te quedas a pasar la noche, haré que merezca la pena.

Logan se detuvo con los boxers en una mano y la camisa en la otra.

–¿Cómo?

–Vamos a ver –dijo ella golpeándose la barbilla con un dedo–. Puedo prepararte el desayuno.

–Te refieres a llamar al servicio de habitaciones.

–Escucharé con interés cuando me hables de tu trabajo.

–Estarías roncando en cinco minutos.

–Yo no ronco –apretó los labios y frunció el ceño como si estuviera pensando–. Y siempre nos queda el sexo de por la mañana. Tengo mucha energía después de una buena noche de sueño.

Logan dejó caer la ropa al suelo.

–¿Cómo puede ser si no vas a dormir en absoluto?

–Ponme a prueba –le retó Scarlett rodeándole el cuello con los brazos para darle un beso–. Y descúbrelo.

Capítulo Nueve

–¿Ves? –preguntó Scarlett con voz de sueño–. Ya te dije que merecía la pena quedarse por el sexo de por la mañana.

Logan le deslizó una mano por la espalda y ella colocó la mejilla sobre su pecho. Él le apartó un mechón de pelo de la frente húmeda y le dio un beso.

–No dudé de ti ni por un segundo –Logan la tumbó boca arriba y le dio un beso largo y lento.

El cielo que se veía por la ventana era de un azul intenso. Como no quería ser un mal ejemplo para Madison, Logan nunca se había quedado a pasar la noche con Scarlett.

Pero la noche anterior marcharse había sido imposible, así que había llamado al empleado que vigilaba a Madison y le había dicho que se quedara hasta por la mañana.

–Lo de anoche fue increíble –dijo ella mientras hundía la cara en su cuello para que no pudiera ver su expresión–. Me alegro mucho de que vinieras.

–Yo me alegro de que decidieras quedarte en Las Vegas.

–Estabas bastante seguro de que tenía que marcharme.

–Quería que mi vida volviese a la normalidad.

–¿Y eso ha cambiado?

–No –Logan se tumbó boca arriba con las manos detrás de la cabeza. Se quedó mirando al techo y se debatió qué debería contarle–. Pero creo que ya no reconozco lo que es normal.

Ella se puso de medio lado y apoyó la cabeza en la palma de su mano.

–¿Qué significa eso?

–Te has inquietado desde la primera vez que te vi. Siempre que estamos en la misma habitación, es como si mis sentidos se agudizaran. Puedo distinguir tu voz entre una docena más. Tu perfume parece pegárseme a la ropa y colarse en mis pulmones. Y, cuando cierro los ojos, veo tu cara, tus ojos y tu cuerpo. En resumen, llevo obsesionado contigo cinco años.

–¿Eras de esos niños que empujaban y gritaban a la niña que les gustaba porque no querían que se burlasen de él por gustarle?

–No me acuerdo. Era Lucas el que tenía éxito con las chicas desde que cumplió los seis años. Siempre estaba saliendo con

alguien. Casi todas sus relaciones no duraban más de un par de meses, y entonces empezaba con otra.

–No pretenderás hacerme creer que tú eras un monje.

–Un monje no. Tuve una novia formal desde que cumplí los catorce. Salimos durante el instituto y la universidad.

–¿Catorce? ¿Qué ocurrió después?

Esa era la parte de la que no le gustaba hablar. Después de diez años, aún le dolía.

–Eligió su trabajo antes que a mí y se fue a vivir a Londres.

–¿Por qué no fuiste con ella?

Porque había sido demasiado testarudo y arrogante para darse cuenta de que estaba perdiendo lo mejor que le había ocurrido en la vida.

–Mi vida estaba aquí. Fundé una empresa de seguridad informática y no pensaba renunciar a todo aquello.

–Entonces no debía de ser tan serio.

–Estuvimos saliendo casi nueve años. Y tres años prometidos.

–Pero ninguno de los dos había dado el paso. Quizá se trataba más de lo cómodo y fácil que era que de que estuvierais enamorados.

–Tú no estabas allí –había pasado años queriendo a Elle. Renunciar al futuro con ella no había sido fácil–. No puedes saber lo que teníamos.

–Claro que no –respondió ella–. Simplemente digo que, si lo hubiera sido todo para ti, habríais encontrado la manera de seguir juntos.

Elle y él habían pasado nueve años juntos y la había dejado marchar sin pelear. Igual que había estado a punto de dejar marchar a Scarlett. Pero en esa ocasión había entrado en razón y le había pedido que se quedase. No había hecho lo mismo con Elle. Decidida a marcharse, le había pedido que se fuese con ella, pero él no le había pedido que rechazara el trabajo. ¿Habría estado esperando a que se lo pidiera?

–A juzgar por tu expresión, creo que se te ha ocurrido algo–dijo Scarlett–. ¿Quieres decirme qué es?

–Puede que tengas razón. Tal vez lo que nos mantuvo juntos durante los años de estudiantes fuese que seguíamos el mismo camino.

–A veces eso es lo único que mantiene unida a la gente. Renunciar a tu sueño para que otro pueda vivir el suyo no es un sacrificio que muchos estén dispuestos a hacer.

–Cuando llegué aquí anoche, estabas disfrazada. No importa lo

entregada que estés a la dirección de este hotel y a competir contra tus hermanas para dirigir la empresa, porque en el fondo eres actriz. ¿Estás sacrificando lo que realmente deseas por quedarte aquí?

–He tomado una decisión entre dos cosas que deseaba de corazón –respondió ella con una sonrisa–. Y nunca voy a replanteármelo –tras estirarse con languidez, puso los pies en el suelo y se levantó–. Voy a ducharme. ¿Quieres venir conmigo?

Después de comer, Logan se fue a Seguridad Wolfe y Scarlett bajó las escaleras hasta su despacho. Se sentó tras el escritorio, se quedó contemplando el paisaje y rezó para que no surgiera ninguna emergencia mientras se encontrara en aquel estado de felicidad, porque sería incapaz de resolverlas.

EL móvil le sonó poco después de las dos. Era Grady.

–Scarlett, creo que querrás venir aquí para ver lo que he descubierto en los archivos de Tiberius.

–¿No puedes decirme qué es?

–Preferiría no hacerlo. Querrás verlo por ti misma.

Inquieta por la cautela de Grady, Scarlett agarró las llaves del coche y se dirigió a la puerta.

–Voy al almacén MyVault –le dijo a Sandy al salir–. Volveré a las cuatro para la reunión de personal.

Durante el trayecto se preguntó qué habría podido encontrar Grady. El hecho de que no hubiera querido contárselo por teléfono resultaba raro. ¿Pensaría que podría haber alguien escuchando?

Utilizó su llave para entrar en el edificio. El guardia de seguridad del vestíbulo la reconoció cuando firmó. Había cámaras observándola desde tres puntos diferentes.

Recorrió un largo pasillo y se detuvo frente a la puerta con el número 23. Volvió a usar su llave para acceder. Grady se dio la vuelta cuando entró.

–¿Has comido? –preguntó ella mientras levantaba una bolsa con comida china y refrescos.

–No. Iba a salir a por algo cuando encontré esto –le ofreció un archivo y aceptó la bolsa de comida.

Lo que le mostró fue una foto antigua en la que aparecía un grupo de adolescentes. Uno de ellos le resultaba familiar, pero no sabía de qué.

–Esta foto es de alguien llamado George Barnes y sus amigos –Grady dio la vuelta a la foto y le mostró los nombres garabateados

allí–. Hay un viejo informe policial de 1969 que menciona a George Barnes así como a algunos de los que aparecen aquí, y los relaciona con algunos robos en el vecindario, aunque nunca hubo pruebas concluyentes como para arrestarlos.

–Así que Barnes era un chico malo.

–En otro archivo encontré este recorte de periódico sobre un ahogamiento accidental durante una tormenta. Un chico de la zona llamado George Barnes había muerto. Un chico de California de dieciocho años había intentado salvarlo. Un chico huérfano y con dinero llamado Preston Rhodes.

–¿Preston Rhodes? ¿El cuñado de Tiberius y actual presidente de Propiedades Stone? Eso explica por qué Tiberius había recopilado información sobre George Barnes. Pero, ¿qué significa?

–El artículo dice que Preston viajaba atravesando el país para ir a la universidad en la Costa Este. Pensó en salir de excursión.

–Creo que no entiendo qué tiene de importante esta información.

–Mira más detenidamente a George Barnes. ¿Te recuerda a alguien?

–No. Sí. No estoy segura.

–Se parece a J. T. Stone.

–¿Qué? –Scarlett miró con atención y las piezas encajaron–. Tienes razón. ¿Qué estás pensando? ¿Que ese tal George Barnes y la familia Stone tienen algún parentesco?

–No –contestó Grady–. Creo que Barnes y Preston Rhodes son la misma persona.

–¿Cómo es posible? ¿Crees que George Barnes le robó la identidad a Preston Rhodes?

–¿Por qué no? El archivo de Barnes lo describe como un chico sin futuro. La madre, una prostituta. El padre, probablemente uno de sus clientes. Estuvo un tiempo entrando y saliendo de los servicios de acogida. Incluso estuvo en el reformatorio. Tres de sus amigos de la foto están en la cárcel. Entonces conoce a Preston Rhodes, un chico de su edad con dinero y sin familia, y que está atravesando el país para ir a la universidad. ¿Quién iba a saber nada si George Barnes metía su cartera en el bolsillo del chico muerto y adoptaba la identidad de Preston?

–Y, cuando Tiberius lo descubrió... –Scarlett se quedó sin aliento al darse cuenta de las implicaciones–. Crees que por eso fue asesinado.

–Es un buen motivo.

Desde luego que lo era. Tal vez fuera el momento de informar

a la policía de lo que habían descubierto.

***

A Logan le sonó el móvil cuando estaba aparcando frente a su casa. Era Scarlett.

–Logan, no vas a creer lo que hemos descubierto Grady y yo en los archivos de Tiberius. Puede que hayamos descubierto quién lo mató.

Logan entró en la casa y fue directo al dormitorio de Madison. A primera hora de la tarde le había llamado su hermana. Madison no había llamado a sus padres, y tampoco respondía al teléfono. Darle el verano para hacerle cambiar de opinión sobre la universidad no estaba funcionando. Era hora de que regresara a casa.

–La policía ya tiene a un sospechoso bajo custodia. Un detective amigo mío me tiene al tanto del caso y me ha llamado para contármelo a mediodía.

La habitación de Madison estaba vacía, como si nadie viviera allí. Sin ropa acumulada en la silla junto a la ventana. La cómoda no estaba plagada de joyas ni de botes de cosméticos. Al acercarse al armario, su instinto le dijo lo que encontraría. Nada. Su sobrina se había ido.

–¿Están seguros de que tiene al tipo correcto? –preguntó Scarlett.

–Segurísimos –regresó sobre sus pasos y encontró un papel doblado sobre la barra del desayuno–. Ha confesado que le contrató el concejal Scott Worth para silenciar a Tiberius y apoderarse de algunos documentos que demostraban que estaba malversando fondos para la campaña.

–¿Eso es lo que robó de mi suite?

–Y se llevó otros documentos más al azar para ocultar su verdadero objetivo.

Madison se había fugado a Los Ángeles, otra vez.

–Oh, bien. Bueno –Scarlett parecía menos entusiasmada de lo que debería.

–¿Has hablado con Madison?

–No. Iba a hacerlo y entonces me llamó Grady. ¿Has probado a llamarla al móvil?

–No responde. Se ha fugado a Los Ángeles.

–No –le aseguró Scarlett–. Ella no haría eso. No sin hablar primero conmigo.

–Pues lo ha hecho.

–Maldita sea. Realmente pensaba que me había hecho caso.

–Y eso ha hecho –dijo Logan–. Pero no con el tema de la universidad. Desde que tu amigo el productor llegó a la ciudad, Madison no ha tenido más que estrellas en los ojos. Y tú no has hecho nada para disuadirla –sabía que era injusto culparla a ella–. ¿Puedes intentar llamarla? A su madre y a mí no nos contesta. Tal vez a ti sí.

–Claro –contestó ella–. Y después llamaré a Bobby para ver si sabe algo de ella.

–¿Es de fiar?

–Desde luego. No se meterá en problemas con él.

–¿Y el resto de personas a las que conocerá?

–Es una chica lista, Logan. Tendrá cuidado.

–Es ambiciosa y demasiado optimista.

–Le dije claramente lo difícil que es ese mundo –respondió Scarlett–. No es tan ingenua como piensas.

–Solo tiene dieciocho años.

–Entiendo que estés preocupado por ella, Logan.

–¿Lo entiendes? Esperaba quedarse contigo en Los Ángeles. ¿Dónde va a ir si tú no estás allí?

–No es la primera vez que va a Los Ángeles. Sé que tiene amigos allí con los que ha mantenido contacto. Probablemente se quede a dormir con alguno. Deja que intente llamarla. Te diré algo en un par de minutos si consigo localizarla.

Mientras esperaba a que Scarlett le devolviera la llamada, Logan se quedó mirando por la puerta de cristal hacia la piscina, donde a Madison le encantaba pasar el rato.

El móvil le sonó tras lo que le pareció una eternidad, aunque solo habían pasado diez minutos.

–Debe de tener el teléfono apagado. Salta el buzón de voz –explicó Scarlett–. Así que he llamado a Bobby. No sabe nada de ella, pero ha prometido llamarme en cuanto sepa algo.

–Gracias.

–Estaba decidida a irse a Los Ángeles, Logan. Puede que nos hayamos estado engañando al pensar que iba a ir a la universidad en otoño. Cuando Madison desea algo, va tras ello. Deberíais estar orgullosos de ella. Ojalá hubiera tenido yo esa seguridad en mí misma a su edad.

–¿Pretendes que esté orgulloso? –preguntó él–. Se ha fugado sin decírselo a nadie.

–Tal vez sea la única manera de hacer lo que desea.

–¿Y qué pasará cuando lo de la interpretación no funcione?

–Siempre podrá ir a la universidad.

–¿Como hiciste tú?

–Madison y yo crecimos de manera muy distinta. Yo empecé a actuar cuando tenía nueve años. Era lo único que sabía hacer. No tuve la oportunidad de elegir lo que deseaba hacer a los dieciocho. Para entonces ya había sido una estrella con todo lo que eso conlleva. Tal vez si hubiera crecido rodeada de niños normales, si hubiera ido a clase, si solo me hubieran hablado de ir a la universidad y conseguir un trabajo normal, quizá habría acabado siendo una empresaria avispada como Violet o como Harper. O quizá hubiera acabado igual que Madison, presionada por lo que los demás querían que fuera.

–¿Crees que Madison se siente presionada por las expectativas de sus padres?

–Y por las tuyas. Eres un hombre difícil de complacer, Logan.

–¿Es eso lo que has estado intentando hacer? ¿Complacerme? Porque, si es así, no has hecho muy buen trabajo.

–Pensé que nuestras diferencias habían quedado atrás, pero ahora me doy cuenta de que eso nunca pasará –sonaba triste–. Sabía que lo nuestro sería corto, pero ha sido mucho más divertido de lo que había imaginado.

–Scarlett, esta no es la conversación que deberíamos tener en este momento.

–¿Por qué no? No tiene sentido alargar las cosas cuando es evidente que me culpas de que Madison se haya ido a Los Ángeles. Me doy cuenta de que siempre haré algo que no te parezca bien. Y necesito a alguien que tenga fe en mí –estaba intentando sonar tranquila, pero Logan oía la emoción en su voz–. Tengo que colgar. Me espera algo importante. Te llamaré si sé algo de Bobby o de Madison. Adiós.

Y colgó. Y él se quedó maldiciéndose a sí mismo por haberla tratado mal cuando ella solo deseaba ayudar.

Lo primero era lo primero. Tenía que encontrar a Madison antes de que se metiera en un lío.

Cuando solucionara eso, entonces podría ver qué hacía con Scarlett.

Sin saber cómo había pasado de caminar por las nubes aquella mañana a rebozarse en el fango por la tarde, Scarlett devolvió su atención a las fotos que Grady había descubierto. Había enviado a

su ayudante a casa a ducharse, a comer y a dormir hacía una hora.

Sabía que debía dejar el tema. Preston Rhodes no era el tipo de hombre al que una podía acusar de actividades criminales sin tener pruebas concluyentes. Y ella no las tenía.

Scarlett metió todo en la carpeta que tenía el nombre de George Barnes. Grapada a la carpeta había una tarjeta de una periodista de Los Ángeles llamada Charity Rimes. Scarlett se guardó la tarjeta por impulso. El hecho de que hubieran atrapado al asesino de Tiberius no significaba que ella tuviera que dejar el misterio de Preston Rhodes y de George Barnes.

Después abandonó el almacén y se dirigió al coche pensando en su pelea con Logan. ¿En qué estaba pensando para ahuyentarlo de ese modo? Cierto, había pagado su frustración con ella, pero no era la primera vez. Ahora, gracias a su impulsividad, probablemente sería la última.

Mientras regresaba al hotel, le preocupaba el hecho de tener pocas respuestas y demasiadas preguntas. Madison. Logan. Los archivos de Tiberius. Los pensamientos volaban por su cabeza, cada vez con más rapidez, pero sin llegar a ninguna parte.

En vez de regresar directa a su hotel, se acercó hasta el hotel de Violet para contagiarse un poco del optimismo de su hermana.

La encontró en mitad del casino del Fontaine Chic.

–¿Tienes un segundo? –le preguntó al acercarse–. Necesito hablar contigo. La he fastidiado con Logan y no sé cómo arreglarlo.

–Ven conmigo mientras superviso las cosas en el Baccarat –se refería al elegante bar que daba a la avenida principal–. Nos sentaremos y podrás contarme qué ha ocurrido.

Scarlett se acomodó en un rincón tranquilo del bar mientras Violet iba a hablar con el camarero. Mientras esperaba a que regresara su hermana, examinó a la clientela con la mirada. El hotel de Violet solía hospedar a turistas de veintitantos años venidos de Los Ángeles, nueva York y Miami.

Había un hombre que destacaba entre los demás clientes del bar. Scarlett dio un respingo al reconocerlo. J. T. Stone, el sobrino de Tiberius. ¿Qué estaría haciendo allí? Scarlett siguió la dirección de su mirada. Estaba mirando a Violet, eso era lo que hacía allí.

–Ese es J. T. Stone –le dijo a Violet cuando esta se sentó en el sofá junto a ella–. Me sorprende que esté aquí.

–Viene casi todas las noches sobre esta hora.

–Sabes que está mirándote, ¿verdad?

–Es su manera de decirme que está enfadado porque le robé a

Rick –Violet señaló con la cabeza al camarero, que estaba preparando uno de sus cócteles legendarios.

–No me parece enfadado. Me parece que tiene hambre –contestó Scarlett–. Hambre de ti.

Violet le quitó importancia al comentario con un movimiento de la mano.

–¿Por qué no me cuentas qué ha pasado con Logan?

A pesar de la luz tenue del bar, Scarlett vio el rubor en las mejillas de Violet, pero decidió no atormentar a su hermana con más preguntas.

–Madison se ha fugado a Los Ángeles y Logan me culpa a mí –Scarlett hizo una pausa mientras la camarera les servía las bebidas. Ansiosa por ver lo que Rick les había preparado, dio un sorbo. Era una mezcla especiada de jalapeño y lima con un toque dulce–. Delicioso.

–Ya habíais discutido antes –le recordó Violet.

–Así no. Me ha dicho cosas. Yo he dicho cosas –Scarlett sintió lágrimas en los ojos–. Creo que le he dicho que se acabó.

–¿Crees que se lo has dicho?

–No le he dicho exactamente que no quiera volver a hablar con él.

–¿Y qué has dicho exactamente?

–Creo que le he dicho que necesito a alguien que tenga fe en mí. Hace que sienta que todo lo que hago está mal.

–Tenéis maneras muy distintas de abordar las cosas –contestó Violet dándole una palmadita en la mano–. ¿Qué ha dicho él?

–Nada. Le he dado la oportunidad de decirme que creía en mí, o que no todo lo que hago está mal, pero no ha dicho nada. Así que he colgado el teléfono.

–No me parece que hayáis terminado.

–A mí sí me lo parece. No me imagino un futuro con un hombre que no puede amarme, con mis defectos y todo.

–Dale un poco de tiempo para que se calme. Por lo que has dicho, estar al cargo de Madison ha sido muy estresante para él. Seguro que ha reaccionado exageradamente al hecho de que se haya marchado a Los Ángeles sin avisar.

Scarlett deseaba que Violet llevara razón, pero no sabía si creerse sus palabras.

–Gracias por escucharme –le dijo, y se obligó a sonreír a pesar del dolor–. Ahora deja que te dé un consejo. Llévale a J. T. uno de estos –levantó la copa y miró a su hermana por encima del borde–. A no ser, claro, que creas que ya está suficientemente caliente.

Violet frunció el ceño, pero volvió a sonrojarse. Con una carcajada, Scarlett se terminó el cóctel y se despidió de su hermana.

Regresó a su hotel y se fue directa al despacho. Normalmente se pasaría a ver cómo iba todo en el casino, pero esa noche necesitaba tiempo para examinar las revelaciones del día.

Al ver la luz parpadeante del teléfono del despacho, el corazón le dio un vuelco. Tal vez Madison le hubiera devuelto la llamada. Pero era Logan quien había dejado el mensaje. Se marchaba a Los Ángeles a buscar a su sobrina.

Frustrada, se dejó caer en la silla del escritorio. No podía dejar de pensar que, si hubiera llamado a Madison aquel día, tal vez la adolescente no se hubiera ido a Los Ángeles. Tampoco le gustaba la idea de quedarse allí sentada esperando a que la situación se resolviese sola. Lo que tenía que hacer era irse a Los Ángeles y encontrar a Madison. La convencería para que dejase la interpretación y fuese a la universidad. Logan vería entonces que tal vez ella cometiera errores, pero sabía solucionarlos también.

Tras tomar la decisión, reservó un billete para la mañana siguiente y llamó a Sandy para decirle que se iba. Después llamó a su segundo al mando y le puso a cargo del hotel hasta que regresara.

Capítulo Diez

Montada en un taxi camino del aeropuerto, Scarlett se preguntó si debía llamar a Logan para decirle que iba. Al final decidió no darle la oportunidad de rechazar su ayuda. Por otra parte, no era un hombre al que le gustaran las sorpresas. Si ella encontraba a Madison y él no sabía que estaba en Los Ángeles buscándola, se enfadaría. Tenía que ser abierta y sincera con él. Aunque no fuera con su naturaleza.

Como era de esperar, saltó el buzón de voz. Tras dejar el mensaje diciendo que iba de camino, se recostó en el asiento y esperó la explosión. Cuando sonó el teléfono, era Chase.

–Madison ha decidido fugarse a Los Ángeles –explicó ella–. Ahora voy hacia allá. Esperaba que supieras algo de ella.

–Y yo que pensaba que querías que volviéramos a estar juntos por los viejos tiempos.

–Estoy segura de que tienes mejores cosas que hacer –contestó ella–. ¿Te ha llamado Madison?

–Le di mi número, pero no he sabido nada de ella.

–Si te llama, ¿me lo dirás? Estamos todos preocupados por ella.

–Claro. Y llámame más tarde, si quieres tomar algo.

–Gracias por la oferta, pero ahora mismo tengo demasiadas cosas entre manos.

–¿Ese tal Wolfe?

–De hecho, sí.

–Lo imaginé a juzgar por cómo te miraba embobado y cómo me miraba a mí con odio. Si no te trata como mereces, házmelo saber. Le daré una paliza.

–Gracias, Chase. Eres un amigo –colgó el teléfono cuando los auxiliares de vuelo anunciaban que debían apagar todos los aparatos electrónicos. Logan no había llamado y eso la ponía más nerviosa aún. Iba a ser una hora muy larga hasta que el avión aterrizase en Los Ángeles.

Sentado tras el volante de su coche alquilado y atrapado en el

tráfico de la autopista 110, Logan decidió que ir a Los Ángeles había sido una idea impulsiva y precipitada. Todo lo que había hecho aquel día podría haberlo hecho desde su despacho en Las Vegas.

Randolph le había puesto en contacto con el detective privado que habían contratado la última vez para localizar a Madison y se había reunido con él una hora después de aterrizar.

Ahora se dirigía de vuelta al aeropuerto. No para regresar a Las Vegas, sino para recibir a Scarlett cuando llegara. Al dejarle el mensaje la noche anterior, había albergado la esperanza de que ella se subiera a un avión y fuera también a Los Ángeles. Se alegraba de que lo hubiera hecho.

Era difícil para un soltero testarudo como él darse cuenta de que la ausencia de Scarlett le provocaba un dolor físico y emocional.

En las últimas doce horas, se había dado cuenta de que lo que florecía entre ellos no era solo sexual. Su corazón palpitaba con emociones demasiado fuertes para contenerlas y demasiado nuevas para entenderlas. Pero tenía que intentarlo.

De pie junto a la puerta de salida, Logan no podía ignorar el ardor de su estómago. Estaba ansioso por verla. Ansioso por disculparse.

Y entonces la vio acercarse. Acostumbrado a su energía vibrante, le sorprendió ver lo pálida y preocupada que parecía.

–No te enfades conmigo por venir –dijo ella antes de que él pudiera saludarla–. Estoy tan preocupada por Madison como tú y sé que es culpa mía que esté aquí.

–Hice mal al culparte. Madison es muy testaruda y, cuando se le mete algo en la cabeza, no hay manera de sacárselo. Con respecto a nuestra última conversación…

–No hasta que encontremos a Madison –contestó ella, y le interrumpió cuando Logan se dispuso a protestar–. Prométemelo. Tenemos que centrarnos en ella.

–De acuerdo –respondió él, le agarró la barbilla con la mano y se quedó mirando sus hermosos ojos–. Pero me alegro.

–No esperaba que te alegrases.

Logan le quitó la bolsa de viaje y le dio la mano.

–El coche está por aquí.

–¿Has tenido suerte con Madison?

–No. He llamado al chico al que vino a ver aquí la primavera pasada y me he puesto en contacto con el detective que mi cuñado contrató, pero no ha habido suerte.

–No deberías haber dejado que me acercara a ella –dijo Scarlett–. Si hubiera trabajado con Violet o con Harper, no habría conocido a Bobby ni se habría sentido alentada.

–Quizá. O quizá nos haya estado engañando a todos este verano y nunca tuviera intención de ir a la universidad.

–Pero dijo que… –Scarlett se quedó callada y frunció el ceño–. Si tienes razón, es mejor actriz de lo que yo nunca fui.

–Sé que eso no es cierto.

–Nunca me has visto actuar –contestó ella riéndose.

–He visto todo lo que has hecho.

–Eso es imposible.

Logan sintió el peso de su incredulidad mientras abría las puertas del coche para que entrara. Antes de cerrar su puerta, la miró a los ojos.

–¿Qué puedo decir? Soy un admirador.

–¿Desde cuándo? –preguntó ella en cuanto puso el coche en marcha.

–Creo que te vi por primera vez cuando protagonizabas *Es nuestra Hilary*.

–No me digas que veías eso.

–Yo no. Mi hermana Paula. Lucas, ella y yo nos peleábamos para ver quién veía qué. Nosotros éramos más, pero ella era un año mayor y siempre elegía primero. Acabé odiando aquella serie. Lucas pensaba que estabas buena.

–Creía que habías dicho que eres un admirador.

–Estuviste asombrosa en *A veces para siempre*.

–¿De verdad esperas que me crea que veías esa serie? No te pega. Y no hubo más que ocho episodios. No llegó a salir en DVD.

–Cuando llegaste a Las Vegas, por mucho que nos provocáramos, no podía dejar de pensar en ti. Encontré y vi todo lo que habías hecho porque te tenía encasillada como una mujer que leía las frases que otros habían escrito. Me inquietaba no solo que fueras guapa y fascinante en cualquier cosa que hicieras, sino que también otorgabas gran profundidad a tus personajes.

–Pero, desde que te conozco, no has hecho más que criticar mi carrera. ¿Por qué, si pensabas eso?

–Porque puede que sea capaz de ver el conjunto y las posibilidades en un programa informático o en un sistema de seguridad, pero, en lo referente a la gente, soy estrecho de miras.

–¿Es tu manera de decirme que sientes haberme juzgado tan mal?

–¿Sentirlo? No sé si llegaría a tanto –al ver que ella abría los

labios para reprenderle, Logan le puso la palma de la mano en la mejilla y se inclinó hacia ella para que viese la sinceridad de su mirada–. Haces que quiera ser un hombre mejor.

–Creo que ya eres fantástico.

–Debes de estar enamorada de mí –declaró él antes de darle un beso en la nariz.

–¿Por qué dices eso?

–Porque solo una mujer enamorada pensaría que soy fantástico después de haber descargado con ella mi ansiedad y mi exasperación.

–Ah, eso. Estoy acostumbrada a tus malos modales –murmuró mientras le estrechaba la mano.

El silencio se apoderó de ellos mientras conducían por la autopista hacia el norte.

–Ya no me quedan ideas de dónde buscar a Madison –comentó él.

–Llamé a Chase antes de despegar en Las Vegas, pero no sabía nada de ella.

–No creería que le hubiese llamado a él.

–¿Por qué no? –preguntó Scarlett–. Puede que Chase sea una gran estrella, pero también es un gran tipo. Nunca se ha olvidado de toda la ayuda que recibió cuando no era nadie y dona gran parte de su tiempo a organizaciones benéficas. Le gusta darse a los demás. Y conectó bien con Madison.

–También parece conectar contigo.

–Hemos trabajado juntos.

–Me parece que hay más confianza de la que habría entre dos compañeros.

–Puede que saliésemos durante un tiempo.

–¿Fue serio?

–Éramos jóvenes –contestó ella mirando por la ventanilla. Su teléfono empezó a sonar antes de que Logan pudiera preguntar más–. Es Madison.

Logan vio la cara sonriente de su sobrina en la pantalla del móvil de Scarlett y se sintió aliviado.

–Madison, gracias a Dios –dijo Scarlett tras conectar el altavoz–. ¿Estás bien?

–Sí. Se me olvidó el cargador cuando hice la maleta y me quedé sin batería. Por fin he podido comprarme otro.

–Bueno, me alegra que lo hicieras. Logan está aquí conmigo. Estábamos preocupados. ¿Por qué no nos dijiste que te ibas a Los Ángeles?

–Le dejé una nota a Logan.

–Ojalá hubieras hablado conmigo en vez de eso –intervino Logan.

–Tú no hablas –se quejó Madison–. Tú ordenas.

–En eso tengo que estar de acuerdo –murmuró Scarlett–. ¿Pero no pensaste que podías decirme a mí lo que pasaba?

–Debería haberlo hecho, pero estaba tan enfadada con el tío Logan, y vosotros estáis tan unidos últimamente… Además, quería sorprenderos cuando hubiera terminado todo.

–¿Cuando hubiera terminado qué? –preguntó Logan.

–Voy a ir a UCLA en otoño.

–¿A UCLA? –preguntó Scarlett–. Eso es maravilloso. ¿Cómo es que no mencionaste que te habían admitido allí?

–Porque no lo sabía. No recibí carta de admisión y di por hecho que me habían rechazado.

–¿Y no lo hicieron?

–No. Resulta que mis padres interceptaron la carta y no me dijeron que me habían admitido. Era mi primera elección porque está en Los Ángeles y tienen una gran escuela de teatro, de cine y de televisión. Me quedé destrozada cuando no recibí su carta en marzo.

–¿Y cómo has descubierto que te habían admitido? –preguntó Scarlett.

–También publicaron las admisiones en Internet. Estaba tan triste con lo de la carta que se me olvidó que podía verlo en su página web, hasta que ayer estaba borrando correos antiguos y descubrí mi nombre de usuario y la contraseña.

–Me alegro mucho por ti –dijo Scarlett–. Entonces, ¿has venido a Los Ángeles a…?

–A ver el campus y las residencias.

–Claro. ¿Dónde estás? Pasaremos a buscarte y te llevaremos a cenar para celebrarlo.

–¿Estáis en Los Ángeles?

–Logan y yo habíamos venido a buscarte.

–Sí que estabais preocupados. Lo siento, pero no puedo ir a cenar. Ya tengo planes con algunas de las personas que conocí la última vez que estuve aquí.

–¿Dónde te alojas?

–Con ellos. Me dejarán en la terminal mañana después de desayunar para poder tomar el autobús y volver a Las Vegas.

–Podríamos ir a buscarte. Y que vuelvas a Las Vegas en avión con nosotros.

–¿Por qué nos os quedáis Logan y tú unos días en Los Ángeles? Yo estaré bien.

–Hablaremos mañana y te comunicaremos nuestros planes. Diviértete.

Tras colgar el teléfono, se volvió hacia Logan.

–Supongo que a sus padres no les hará mucha ilusión que vaya a UCLA.

–Al infierno con ellos –contestó Logan con un gruñido–. Van a obtener lo que quieren. Va a ir a la universidad. Lo menos que podrían hacer es dejarle ir a la que ella desee.

–Algún día serás un padre maravilloso –declaró ella con una amplia sonrisa–. Por mucho que gruñas y te quejes de ella, has estado apoyándola desde el principio. Puede que ella no te lo diga, pero sé que agradece que no le des órdenes como hacían sus padres y que estuvieras dispuesto a apoyarla con la universidad que escogiera. Tiene suerte por tenerte.

–Gracias –Logan le agarró la mano y le dio un beso en la palma–. Ahora que hemos cumplido con nuestra misión, ¿dónde deberíamos ir a celebrarlo?

–¿Por qué no nos vamos a Malibú? Tengo una casa en la playa.

–¿Tienes una casa aquí?

–Es lo primero que compré cuando cumplí dieciocho años. Sé que no tiene sentido mantener una propiedad de tres millones de dólares vacía, pero me gusta demasiado como para venderla.

–Lo entiendo. Yo tengo una casa en Aspen a la que no voy mucho, pero no soporto la idea de renunciar al esquí.

–Oh, un baño caliente tras un día en las pistas. Suena maravilloso.

–Tendremos que ir este invierno.

–Me encantaría –dijo ella–. Pero…

Logan la miró y le sorprendió ver su cara de preocupación.

–¿Hora de hablar?

–Esperemos hasta que lleguemos a mi casa.

Apenas hablaron hasta que llegaron a la autovía de la costa del Pacífico. Scarlett sabía que Logan tenía muchas cosas en la cabeza, pero por una vez no le interesaba saber qué cosas eran.

–Espero que te guste –le dijo mientras abría la puerta principal de su casa y entraba en el amplio salón con vistas al océano–. Llamé antes para que la empresa que gestiona la propiedad llenara la nevera. Pensaba que podríamos cenar y dar un paseo por la

playa.

–Suena bien –respondió él–. ¿Dónde quieres que deje las bolsas?

–Sería fácil decirte que en el dormitorio principal –dijo ella–. Hay muchas cosas mal entre nosotros, pero la química sexual no es una de ellas.

Scarlett abrió las puertas correderas de la terraza y dejó entrar el viento.

–Ayer dijiste que necesitabas a alguien que tuviera fe en ti –dijo Logan colocándose tras ella.

–Y te di la oportunidad de decir que tú la tenías.

Logan le dio la vuelta para que lo mirase.

–Nunca te he dado razones para que me dieras otra oportunidad, pero ojalá me la dieras.

Scarlett no podía creer lo que estaba oyendo.

–No sé por qué lo preguntas. No importa lo mucho que intente no molestarte, al final haré algo y te enfadarás.

–¿Me creerías si te dijera que me gusta estar enfadado contigo?

–No.

–¿Y si te dijera que me has hecho ser más feliz de lo que he sido nunca?

–Entonces creo que mi trabajo aquí ha terminado.

–No hablas en serio.

–No, pero, a juzgar por cómo están las cosas entre nosotros, nuestro futuro sería una larga discusión.

–Si esto es por haberme acusado de no creer en ti, no es cierto.

–Solo hablo basándome en lo que has dicho y en cómo te has comportado.

–¿Incluyendo la noche en la que aparecí en tu habitación diciéndote que te quedaras en Las Vegas?

–Sí. Y recuerdo que, menos de veinticuatro horas más tarde, estabas furioso conmigo. Y que el día anterior estabas deseando saber cuándo volvería tu vida a la normalidad.

–Eso era cuando pensaba que te ibas. No quería que te fueras, pero no podía pedirte que te quedaras.

–¿Así que me ahuyentaste?

–Es así como reacciono cuando me siento vulnerable. Hice lo mismo con Elle hace años. Deseaba que me eligiera a mí, pero fui demasiado orgulloso para pedírselo. Me equivoqué y he estado a punto de cometer el mismo error contigo.

–Pero tú estabas enamorado de Elle.

–Y estoy enamorado de ti.

–No es posib…

Logan silenció sus palabras con un beso.

–Cásate conmigo.

Scarlett no respondió, pues temía haber oído mal. El corazón le latía con tanta fuerza que creía que iba a explotarle el pecho.

–Lo siento –dijo al fin–. Creo que no te he oído bien.

–Te he pedido que te cases conmigo.

–Ahora sí que no puedo haberte oído bien.

–Deja de convertir este momento romántico en una comedia.

–Bueno, perdona si me has pillado un poco por sorpresa –a pesar de su tono, no podía dejar de sonreír–. Claro que me casaré contigo.

–Eso es genial –le dijo él–. Porque te quiero y no creo que pueda vivir sin ti.

–¿No crees? ¿O sabes que no puedes?

–Estoy muy seguro de que voy a ser muy feliz pasando el resto de mi vida enfadándome contigo de la mejor y de la peor manera.

–Ese es mi chico –murmuró ella antes de darle un beso con todo el amor de su corazón–. Yo también estoy embelesada contigo.

–¿Lo suficiente para hacer la prueba para el proyecto que Bobby te sugirió?

Scarlett se apartó lo suficiente para mirarlo fijamente.

–Creí que entendías que había decidido no hacerlo.

–Entiendo que te encanta actuar. Entiendo que el papel es perfecto para ti. Lo que no entiendo es por qué decidiste rechazarlo cuando Bobby estaba dispuesto a hacer lo que fuera para acomodarse a tus horarios.

–Tengo miedo.

–¿De qué?

–De no ser lo suficientemente buena. Temo que, si no le presto toda mi atención al hotel, ocurrirá algo malo. Y te perderé.

–No pasará nada. Tienes el hotel mejor dirigido de Las Vegas. En cuanto a lo de perderme, eso nunca ocurrirá. Eres la cosa más asombrosa que me ha pasado jamás.

Acurrucada entre sus brazos, Scarlett se atrevió a pensar si podría tener las dos cosas que más quería en el mundo.

–Supongo que podría llamar a Bobby por la mañana y ver si podemos reunirnos con él para hablar de los horarios –le rodeó la cara con ambas manos y lo miró a los ojos–. Mientras entiendas que para mí siempre serás mi prioridad. Puedo vivir sin actuar. Pero no puedo vivir sin ti.

–Por eso no tienes que preocuparte –le prometió él–. Nunca te dejaré marchar.

